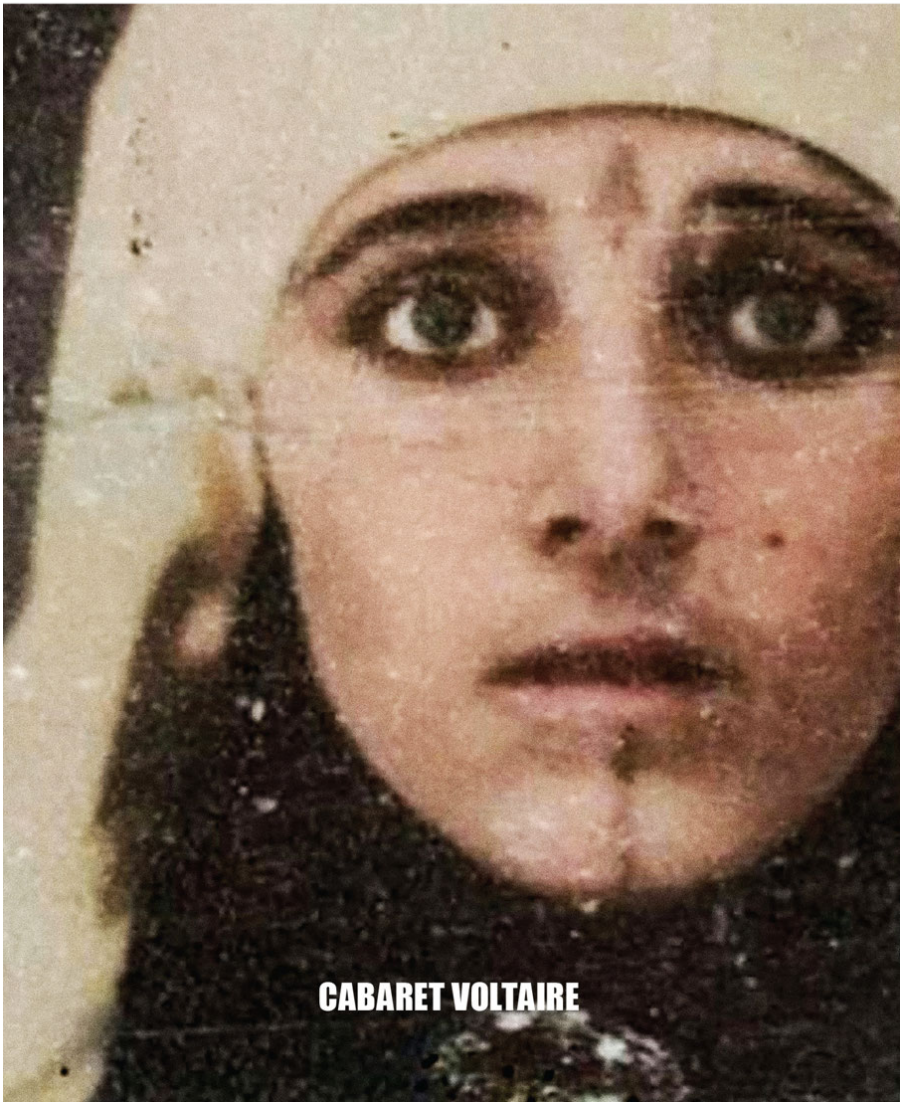
Abdelá Taia
Vivir a tu luz



VIVIR A TU LUZ

ABDELÁ TAIA

VIVIR A TU LUZ

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE
2023

PRIMERA EDICIÓN septiembre 2023
TÍTULO ORIGINAL Vivre à ta lumière

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2022 Éditions du Seuil
©de la traducción, 2023 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2023 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-18-2
Producción del ePub: booqlab

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Fotografías
Cubierta: retrato de la madre de Abdelá Taia ©Abdelá Taia
Guarda: Abdelá Taia ©Abderrahim Annag

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA
Lectura infinita

«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte»

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mi madre: M'Barka Allali (1930-2010).

Este libro viene enteramente de ti.

Su heroína, Malika, habla y grita con tu voz.

1

BENI MELAL

Todo el amor de esta tierra.

Todo el amor que hay en esta tierra no me bastará y no me ayudará a soportar lo que me sucede después de ti, Allal.

Te has ido tan lejos, a un mundo del que no sé nada. Y no volverás.

En adelante, solo me quedarán el recuerdo, la ausencia, el amor sin ti.

Tú me miraste durante meses y meses cuando iba al zoco con mi padre. No le tenías miedo y dejabas que tus ojos me hablaran, me siguieran, me penetraran y decidieran por mí lo que vendría, lo que sucedería después. Ser, contigo. Ser tuya. Ser tu mujer. Tus ojos no me decían que yo era guapa ni que tú estabas enamorado de mí. No, nada de eso. Tus ojos retozaban, bailaban y me invitaban a hacer lo mismo. A bailar contigo en público, en el zoco. Eso era lo que querías, lo que te excitaba. Ver cómo iba a reaccionar yo, lo que iba a mostrar de mí. Mi respuesta a tus miradas, mientras mi padre estaba justo ahí, al lado. Llevamos la cesta llena de verduras entre los dos, él y yo. Somos gente respetable. ¿No se da cuenta de nada, mi padre? No creo. Se hace el tonto. Pero es cariñoso. Cariñoso y sumiso con su segunda mujer. Solo en ese zoco, una vez a la semana, puedo tenerlo para mí sola. Solo ahí se atreve a mostrarme algo de afecto y a comprarme buñuelos con azúcar.

Tú habías preparado bien tu estrategia, Allal. Te lanzaste y hablaste. No conmigo. No. Con mi padre, que llevaba ya bastante tiempo queriendo librarse de mí. De mí, Malika, su hija. Ya no podía soportar ver cómo su segunda esposa me humillaba a diario sin poder decir nada.

Mi padre no decía nada. Ella lo había hechizado, embrujado. Hacía mucho tiempo que su voluntad no le pertenecía. Se dejaba manejar, dirigir. Yo era su punto débil. La hija de su primer matrimonio.

La pequeña Malika ha crecido. Diecisiete años. Parece una mujer. Toda una mujer. Hay que entregarla a alguien. Encontrarle un hombre. Hay para dar y tomar en esa población demasiado extensa donde todo el mundo vigila a todo el mundo.

Puedo ayudarte a llevar la segunda cesta, tío mío. Así nos abordaste, Allal. Pesa demasiado para ti y tu hija, tío mío.

De acuerdo, hijo mío. Que Dios te abra los caminos del paraíso,

hijo mío.

Tú caminabas al otro lado. Mi padre estaba entre tú y yo. Os hacíais los hombres, hablabais de cosechas, del cielo generoso con la lluvia ese año y de los franceses, que se empeñaban en no marcharse de Marruecos. Hablabais de cosas de la vida que yo aún no conocía. Y, de repente, mi padre se detiene y dice:

Tú eres el hijo de Saleh, ¿no es así?

¿Cómo lo había adivinado? Nunca lo sabré.

Soy el hijo menor de Saleh, sí. Soy Allal, tío mío.

Allal. Eso es. El pequeño Allal. ¡Cuánto has crecido! ¿No te acuerdas de él, Malika? Mira. Es Allal. Estréchale la mano, salúdalo. Allal es como un primo para ti. Estréchale la mano. No seas tímida. Allal es de los nuestros, de la misma gran familia que nosotros. Sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne. Míralo. Yo estoy aquí contigo, Malika. Mira a Allal. Está hecho un hombre. Más alto que yo. Míralo.

Más tarde, entendí que mi padre se había fijado en mis pequeñas artimañas. Lo había visto todo. Cómo bailaba para ti. Las miradas que me lanzabas. Cómo me devorabas con los ojos.

Era mi padre, Baba, quien insistía en llevarme con él al zoco y era él quien se empeñaba en comprarme los buñuelos con azúcar en el tenderete de aquella vieja, justo al lado de un pequeño café al aire libre. El tuyo, Allal.

Tú estabas ahí, en ese café. Siempre estabas ahí.

Estoy plantada junto al puesto de la vieja vendedora. Estoy sola. Baba me había dicho que volvería en diez minutos. Me como los buñuelos muy despacio. Me tomo mi tiempo. Dejo que me mires a tu aire. Mi cuerpo. Mi carácter. Mi historia. Soy fuerte. Eso es lo que va a gustarte de mí. Una mujer fuerte que te arrope entero. No una mujer de una noche. No. Yo soy una mujer para las cosas serias, ya lo ves, una mujer para afrontar con ella y junto a ella el zeman, el tiempo que transcurre y que acaba con todos nosotros. Soy Malika. Tengo una salud de hierro. No soy vaga. Siempre acabo lo que empiezo. Tengo buena dentadura. Mi cabello es muy negro. Tengo muslos poderosos. El pecho tiene que crecerme aún, no te preocupes. Mi vientre es ancho. Y mi tatuaje bereber entre los ojos tiene un único sentido: soy fiel. Fiel y, te seré franca, también maliciosa. Pero me imagino que eso de que sea maliciosa no te da miedo. Sigues mirándome, no me juzgas. Te gusto. Te gusto. Lo sé. Mira, Allal. Mírame. Me he terminado el segundo buñuelo. Empiezo el tercero. Quiero que veas que tengo buen apetito. Como. Como. Me gusta comer, me gusta comer de todo. Soy una mujer a la que no le avergüenza comer. Malika. Malika, Allal. Es para ti. Ven. Ven. ¿Cuándo vas a acercarte?

Tú caminas junto a nosotros. Por el mismo camino. Nos ayudas, a

Baba y a mí. Llevas la segunda cesta. Y hablas. Tienes muchas cosas que decir. Apenas las escucho. Me dejo mecer por el sonido de tu voz. Penetro en esa voz y en su mundo. Mi padre está encantado. Ha entendido que eras un hombre que no tenía miedo. Un hombre lleno de palabras que suenan sinceras y de historias importantes que compartir. Un hombre que se revela de golpe, que se abre, que dice: Aquí está mi corazón.

Existe la esperanza. Con tu cuerpo, Allal, en tu corazón, Allal, voy a encontrar otro camino. Huir, por fin, de mi madrastra y de su maldad. Sortear el destino. Atrapar la esperanza y reafirmarla.

Voy a vivir.

De repente, Baba te hace una pregunta, directa, demasiado directa:

¿Qué posees en la vida, Allal, hijo mío?

Tú contestas con franqueza. Ni siquiera te paras a pensar.

Solo tengo ese café al aire libre, tío mío. Lo llevo conmigo de zoco en zoco, de mausoleo en mausoleo. No es gran cosa, ya lo sé. Pero vivo bien, muy bien, incluso, durante el verano, gracias a ese café. He conseguido ahorrar algo de dinero. Vivo con mis padres. En su casa. Y tengo dos hermanos menores. Tengo veintisiete años, tío mío. Ha llegado la hora de casarme. Tengo primos más jóvenes que yo y que ya son padres. Quiero casarme.

Sueño despierta. Te miro los pies, Allal. Esos pies calzados con unas sandalias de cuero. Tienes los pies sucios. Grandes y sucios. Y, de repente, me entran ganas de agarrarte ahí mismo esos pies. De lavártelos lenta, suavemente, muy suavemente. Y, después, masajeártelos con un poco de aceite de oliva. Sé cómo hacerlo. Practico a menudo con los pies de mi padre cuando vuelve por la noche del trabajo en el campo. ¿A que sí, Baba? Dile a Allal que sé hacer masajes de pies. Dile. Díselo. Es un detalle importante. Los pies de los hombres. Los pies de Allal. Empezaré siempre por tus pies, Allal. Y, después, todo resultará fácil. El amor. El amor.

El sueño del amor.

Hemos llegado a nuestra casa. Estamos delante de la puerta. Dejas la cesta en el suelo. Mi padre te invita a tomar un té con menta. Dices que tienes que volver al zoco y recoger el café. Baba insiste:

Por lo menos un vaso de agua, Allal.

Aceptas.

Tráele un vaso de agua, Malika, hija mía.

Nos hemos quedado solos, tú y yo. Baba se ha metido dentro de la casa para dejar las cestas. Va a volver de un momento a otro.

Bebes agua. Tienes mucha sed. Te miro mientras te bebes el vaso entero de un trago. Tienes los ojos cerrados. La cabeza inclinada hacia atrás. Veo tu cuello fuerte. Lo veo todo, todo, y de muy cerca. Un fuego se apodera de mí. Los pelos negros de tu barbita. Tu nariz larga

y afilada. Tus labios, del color de esta tierra: ocre rojizo. Tus orejas inmensas y extrañas. Tu cráneo rapado casi por completo, como el de los ladrones. Creo que nunca te has dejado crecer el pelo. ¿Por qué?

Me entran ganas de alargar la mano y acariciarte la cabeza.

Eres un hombre. Eres guapo. Me pareces guapo. Te lo digo con el corazón. Eres muy guapo, Allal.

¿Me has oído?

Eres guapo. No eres rico, pero eres guapo.

Respiro el olor de tu cuerpo, Allal. El cuerpo de un hombre castigado durante años y años por el sol, quemado por el sol, casi negro debido al sol. Un cuerpo que transpira y que suda. Está caliente. Está frío. Está ardiendo.

Vienes hacia mí, Allal. Abre las piernas, me dices. Ábrelas. Ábrete, Malika.

Me abro de piernas. Inmediatamente. Para ti. Llevo tanto tiempo esperando. Tengo diecisiete años. Es el momento adecuado. Entregarme a ti, Allal. Acogerte dentro de mí, mezclar nuestros olores y nuestro sudor. Nuestros caminos.

Y nuestros sueños.

Has dejado de beber agua, Allal. No haces ningún gesto maleducado o impropio. Estás delante de la casa de Baba. Salgo de mi ensoñación junto a tu cuerpo. Bajo la vista. Me devuelves el vaso. Tu mano toca mi mano. Dura tres o cuatro segundos. Tu calor, Allal. El calor de tu piel. Entra en mí y lo atraviesa todo dentro de mí, de la cabeza a los pies. Dices adiós. Beslama, Malika. Beslama, Allal. Te vas. Justo después. Yo te observo mientras te marchas. Caminas. Caminas rápido. Eres tan ligero. Eres delgado. Eres frágil. Eres un pajarillo. Yo soy más fuerte que tú.

Has girado a la izquierda. Has desaparecido de mi vista. Pero sigues aquí, en el aire. Te veo. Tu rastro. Tu recuerdo. Tu tierna virilidad.

Baba reaparece.

Entra en casa, Malika. Entra, hijita mía. Me gusta mucho Allal. Ahora todo está en manos de Dios.

Volviste a vernos un mes más tarde para pedir mi mano. Tu padre y tu madre venían contigo. Y tu mejor amigo también: Marzuk. Es como un hermano para mí, más que un hermano, te oí decirle a mi padre cuando le presentaste a Marzuk. A veces, un amigo es mucho mejor que un hermano, tienes razón, Allal.

Marzuk estaba sentado a tu lado, pegado a ti. Cuando entré en la gran sala de nuestra casa para servir el té con menta a todo el mundo, Marzuk dijo:

Su hija tiene suerte.

Baba no pidió demasiado dinero como dote. Casi nada. Pero a tus

padres, Allal, les habló con el corazón:

Malika será vuestra hija. Os la doy. No la vendo. Os la confío. No la obligo a nada. Ella es vuestra hija. La vida va a sonreírle con vosotros y con vuestro hijo Allal. Por fin la vida va a premiarla. Cuento con vosotros.

Al oír esas palabras, mi suegra se levantó y salió de la gran sala. Quería mostrar así su desacuerdo con las palabras de Baba y con lo que estas entrañaban. Voy a ver si el cuscús está ya hecho o aún le falta.

Baba siguió con su discurso.

Mi hija Malika perdió a su madre muy pronto. Yo no podía criarla solo. En esta vida, un hombre no puede aguantar sin una mujer. Volví a casarme. No tenía elección.

Entonces tu padre tomó la palabra.

Tu hija Malika será nuestra hija. No te preocupes. Y nuestro hijo Allal es tu hijo. Dios nos ayudará a seguir por este camino como buenos musulmanes, con el corazón puro. Pero…, pero…

Pero ¿qué?

La dote es demasiado elevada para mi hijo.

¿Cuánto dinero podéis darme por mi hija?

No es cuestión de dinero. La confianza ante todo…

¿Cuánto?

Vosotros veréis. Nuestro hijo es un buen hijo. No le tiene miedo al trabajo. Es…

¿Cuánto?

La mitad de lo que has dicho.

Baba se volvió hacia mí. Tomó mi mano en su mano.

Malika, hija mía, has oído lo que se acaba de decir. ¿Estás de acuerdo? No te obligo a nada. ¿Quieres casarte con Allal en esas condiciones? ¿No vendrás luego a decirme que te vendí por nada? Allal está aquí, delante de ti. Sus padres están aquí, delante de ti. Has oído todo lo que han dicho. Su propuesta. El dinero no lo es todo en la vida, pero…, pero a veces hay que saber…

Estoy de acuerdo, Baba. Quiero casarme con Allal. Acepto lo que proponen sus padres.

Habéis oído todos. Mi hija Malika está de acuerdo. Ahora es vuestra hija. Es vuestra. Es tuya, Allal, hijo mío. Celebraremos la boda dentro de un mes. Leamos ahora la sura Al-Fatiha, puesto que estamos todos de acuerdo.

Al escuchar aquellas palabras, te miré, Allal.

Tú no me miraste en ese momento, Allal.

Te volviste hacia tu amigo Marzuk y os abrazasteis efusivamente. Dos amigos. Dos hermanos.

Y entendí, al veros así enlazados tanto rato, demasiado rato, que

había un secreto entre ambos. Una relación muy especial.

Hasta Baba se vio obligado a intervenir. Dijo: Ya basta, Allal, hijo mío. Suelta a Marzuk y ve a besar la frente de Malika.

Allal me besa tímidamente delante de todo el mundo.

Marzuk sonríe abiertamente y anima a su amigo.

Allal vuelve junto a Marzuk. Se miran. Están excitados. Vuelven a besarse. Vuelven a abrazarse. Delante de todos nosotros. No sienten vergüenza.

¿Qué debo hacer yo ante semejante espectáculo? ¿Quién se casa con quién aquí?

Comprendo y no comprendo. Veo y no veo. El mundo de los hombres del mismo pueblo. La solidaridad entre los hombres del mismo pueblo. Los gestos de los hombres. Los hombres se pasan la mayor parte del tiempo juntos. Hombre con hombre. Y sucede lo que tiene que suceder. Se alivian entre ellos. Mientras tanto. Nada nuevo. Es natural. Lo de Allal y Marzuk es natural. Lo mejor es no hacerse preguntas.

Allal tiene un amigo y un apoyo: Marzuk. No debo privarlo de ello. No existo solo yo en la vida y el corazón de Allal.

No estoy celosa de Marzuk. ¿Me oyes, Allal? Ni siquiera cuando os vi con mis propios ojos, juntos en la terraza de casa, uno encima del otro, desnudos, desnudos, tuve celos. Era de noche. Verano. Hacía demasiado calor. Es todo. No me escandalicé. No me derrumbé. Conozco la vida. Las cosas de la vida.

Marzuk estaba ahí mucho antes de que yo llegara.

Marzuk no es un hombre peligroso. Cuando me mira, sus ojos no cambian. Siguen expresando la misma ternura de siempre.

Marzuk es todo lo que me queda ahora que tú ya no estás, Allal. Cuando lo veo, te veo. Cocino. Lo invito. Viene. Come como tú, hace los mismos gestos que tú. Come por ti, en recuerdo de ti. Yo no lloro.

Marzuk vio lo que iba a pasar en Indochina. Hizo todo lo posible para impedirte que fueras allí, tan lejos, tan lejos, a luchar para los franceses, a combatir contra gente que no te había hecho nada. No quisiste escucharlo.

Traeré dinero, mucho dinero. Y nos irá bien la vida a los tres. A ti, Malika. A ti, Marzuk. Y a mí con vosotros. Nos iremos de casa de mis padres. Compraremos un terreno y lo cultivaremos. Y tendremos muchos hijos. Muchos muchos hijos. No nos faltará de nada, ya veréis. No hago esto solo por mí. Un año, dos a lo sumo, y seré rico, bastante rico. Pasará rápido, ya veréis. Haré su guerra y me llevaré su dinero. Esa es mi misión.

Qué ingenuo eras, Allal. Y cuánto siento haber desoído lo que me decía mi intuición: hacer todo lo posible para que no fueras, por tu propio pie, derecho a la muerte. La muerte en un territorio que no

existe para nosotros, en un país que no tiene ninguna realidad para nosotros.

Te escuchamos, Allal. Soñabas y construías un porvenir próspero para nosotros delante de nosotros. Nos convenciste. No, no es verdad. Nos sorbiste el seso. Te dejamos ir. ¿Dónde está Allal? Allal está en Indochina. ¿Alguna noticia de Allal? Allal murió en Indochina.

Indochina. Semanas y semanas de viaje en barco. Puede que meses. Un barco que avanza sobre las aguas. Tendrás miedo, Allal.

No estaré solo, Malika. Otros marroquíes estarán conmigo. Habrá incluso otros hombres de nuestro pueblo conmigo.

Vas a matar a personas, Allal.

Lo sé.

A arrebatar vidas, Allal.

No soy tonto, Malika. Voy a la guerra. Sé perfectamente lo que me espera.

No tienes por qué hacerlo, mi Allal. Encontraremos otra solución. Solo llevamos casados un año. Aún somos jóvenes. Y estamos sanos.

¿Quieres seguir viviendo aquí, con mis padres? ¿Quieres seguir siendo la criada y la esclava de mis padres y mis hermanos? ¿Has olvidado lo que me dices cada noche de ellos, de lo duros que son contigo? ¿Estás harta o no estás harta de ellos, Malika? Habrá que hacer algo, ¿no? Tomar una decisión. Progresar en la vida, a pesar de todo. Un café en los distintos zocos semanales de esta ciudad, eso no es un porvenir. Me iré un año a Indochina, o dos como mucho. No más. Te lo repito. Es un contrato con los franceses. Ya he firmado. No puedo echarme atrás. Y ellos no pueden dejar de cumplir el contrato. Digan lo que digan, los franceses son gente seria. He cerrado un trato con ellos, eso es todo. No veo otro camino posible delante de mí, Malika. Solo la guerra. Con los franceses. En el bando de los franceses.

¿Ahora resulta que te gustan los franceses, Allal, esposo mío? ¿Confías en ellos? Parece que te has olvidado de cómo entraron en Marruecos. Las masacres. Los asesinatos. Odio puro. Por todas partes, por todas partes. Yo aún no había nacido, es cierto, pero me lo contaron todo: las armas, los aviones en el cielo que acababan con pueblos, con aduares enteros. Y a ti también te lo contaron. ¿Se te ha olvidado? No existimos para Francia, Allal. No somos nada para Francia. Tan solo gente a la que colonizar.

No soy nada aquí, con mis padres. Controlan mi vida. Mi matrimonio. Les doy prácticamente todo lo que gano en el café. Lo sabes perfectamente, Malika. Así que me arriesgaré. La única salida que me queda es Indochina. Ya he firmado el contrato. Me voy a fin de mes. Dentro de una semana recibiré el uniforme de soldado.

Todo el amor de esta tierra.

Todo el amor que hay en esta tierra no bastará para consolarme. Jamás. Nada me ayudará a superarlo, a pasar página. Delante de la gente, disimularé. Interpretaré a otra Malika. He dejado de ser yo.

Estás muerto, Allal.

Seguiste un camino que nunca conoceré.

Respiraste el aire de otro país. Comiste otros alimentos. Viste a otras personas, otros paisajes, otros cielos. Entraste en el corazón de gente con la que no me cruzaré jamás. Fuiste hasta el fondo de una existencia de la que nunca sabré nada.

Llevabas encima armas temibles. Enseguida te enseñaron a usarlas. Te convertiste en otro Allal. Disparaste sin vacilar. Muchas veces. En pleno día. En plena noche. Y, una mañana, te dispararon a ti. Es lo que me imagino. Es lo que veo. Allal, allí. Al final de la vida. Allal cruel. Allal cayendo, cayendo. Allal caído. Un cuerpo tan solo. Ha dejado de respirar. Su corazón ha dejado de latir. Tus ojos siguen abiertos. A nadie se le ha ocurrido cerrarlos. ¿Qué ves?

Te fuiste a la guerra en plena noche, Allal. Dijiste que no querías verme llorar, verme entrar en mi nueva soledad. Quédate en la cama, Malika. Hasta pronto, Malika. Cuídate mucho, Malika. Come buñuelos y piensa en mí, Malika.

No lloro. No te preocupes, Allal. No lloro. Ya no me quedan lágrimas.

No me enseñaste a olvidarte.

Apenas unos segundos después de que te marcharas, tendría que haberme levantado, haberme acercado a la puerta de la casa. Abrirla. Buscarte en la oscuridad. Ya ausente. Verte como un rastro invisible, un fantasma, un espíritu. Justo un olor, ahí. Tender la mano hacia ti. Hacia la penumbra. Y hacer frente a la confirmación de una certeza: nadie puede escapar a su maktub, al destino, a lo que está escrito.

Nos hallamos aquí. En esta tierra. Y, de repente, ya no. Es como si nunca hubiéramos existido.

Adiós, Allal, adiós.

El primer mes de nuestro matrimonio, me llevaste a ver las cascadas de Uzud. ¿Te acuerdas, Allal?

Dijiste: Voy a enseñarte mi lugar preferido en el mundo. Puede que sientas miedo, Malika. Tendrás algo de vértigo, seguramente. Pero yo estaré contigo. No te soltaré la mano. Confía en mí.

Cogimos el autobús. Circulamos toda la noche. Llegamos muy temprano por la mañana. Todavía no había salido el sol. Y luego anduvimos durante dos horas.

Era invierno.

Junto a las cascadas de Uzud, había nieve por todas partes. Un gran manto blanco cubría el mundo. Era bellísimo. Era mágico.

La felicidad eterna existe. Es de color blanco.

Era la primera vez en mi vida que veía la nieve. Tanta nieve por todas partes, por todas partes. En las carreteras. En los sembrados. En los tejados de las casas. En los árboles y en las montañas del Atlas, alrededor nuestro. También las veía por primera vez.

Me ofrecías el mundo, Allal. Otra cara del mundo.

Cuando llegamos a lo alto de las cascadas, dijiste: Es mi regalo para ti, Malika. Mira. Abre bien los ojos y mira. Abre bien tu corazón y sumérgete conmigo en todos los detalles de este paisaje. Uzud en pleno invierno. Dame la mano y mira. Poca gente conoce este sitio. Si muero antes que tú, ven aquí y reza por mí. Cuando muera, estaré aquí, en este lugar, en estas cascadas, entre el cielo y la tierra.

En aquel momento, no le presté demasiada atención a esas palabras. Las recordé más tarde, cuando, varios meses después de que te fueras a Indochina, recibimos la mala noticia.

De momento, estoy contigo en el silencio blanco del mundo. Me guías. Me enseñas el camino. Tengo miedo. Tengo frío. Me entra vértigo al contemplar toda esa agua que cae con un estruendo increíblemente atronador, increíblemente ensordecedor. Pero quiero verlo todo. Estoy lejos de todo lo que la vida ha previsto para mí. Aquí, sin pronunciar estas palabras, me dices: Kanbrik, Malika. Te amo, Malika. Nti dyali, Malika. Eres mía, Malika. Te escucho. No te contesto. Continuamos el descenso de las cascadas.

La vida puede detenerse ahí para mí, en ese camino. Puede venir la muerte. La acepto.

Sé con absoluta certeza que nunca volveré a sentir esa apertura al mundo, esa apertura entre Allal y yo.

Estamos en la falda de las cascadas ahora. Tan pequeños, tan aplastados por la fuerza inmensa del agua que llega hasta nosotros, que entra en nosotros, triturándolo todo, resucitándolo todo. Allal y yo estamos muertos de frío y de hambre. Nos castañetean los dientes. Pero permanecemos ahí. Cautivados, literalmente. Dichosos. Hechizados. Sometidos a una energía mayor que la nuestra. Ante una verdad que nos comprende y nos supera.

Ante todo, no resistirse a tanta grandeza y tanta belleza. Limitarse a estar ahí. Aceptar ser tan solo un detalle insignificante.

Allal y Malika. En el amor. Los únicos seres en el mundo.

Solo estamos nosotros en Uzud. Solo nosotros. Muy cerca el uno del otro. Y en silencio.

Me aparto un poco de ti, Allal. Levanto la mirada al cielo. Murmuro. Gracias. Gracias. Gracias.

De pronto, el ruido infernal de una máquina llega a nuestros oídos. Unos segundos después, la tierra empieza a vibrar.

¿Es un temblor de tierra, Allal?

No.

¿Es un volcán a punto de entrar en erupción?

Tampoco.

Entonces, ¿qué es? ¿Qué?

En el cielo aparece una máquina voladora.

Es un helicóptero, dices tú, Allal.

Casi no me lo puedo creer. Sin embargo, ahí está el helicóptero, encima de nuestras cabezas. En el vacío. Volando. Volando. Incluso podemos ver a los cinco o seis soldados franceses que van dentro. Uno de ellos lleva los pies colgando por fuera. No me lo puedo creer. Una máquina voladora y un soldado con los pies colgando por fuera. No tiene ningún miedo. Yo estoy aterrorizada. Miro al soldado como si se tratara de algo inhumano, como si no fuera de este mundo, de nuestro mundo. Algo que anuncia el fin del mundo.

El helicóptero va a destruirlo todo, ¿verdad, Allal? ¿Van a matarnos?

Tú no respondes. Sigues el trayecto de la máquina con la mirada.

Yo me agacho. Me tapo los ojos con las manos. Nunca imaginé que moriría así. No puedo mirar.

El ruido infernal se aleja poco a poco.

Me pongo de pie. El helicóptero sigue en el cielo, sigue volando en el vacío, aunque ya lejos de nosotros. Pero desconfío. Te miro, Allal. Di algo. Abrázame.

Esos soldados franceses seguramente andan buscando a unos miembros de la resistencia que se han evadido de la cárcel de Beni Melal.

¿Para matarlos?

No dudarán en hacerlo. O quizá se dirijan hacia un poblado rebelde para castigar a sus habitantes.

¿Castigarlos cómo, Allal?

Matándolos, Malika. A todos. A todo el pueblo. No sería la primera vez que hacen algo así.

Seguíamos en la falda de las cascadas de Uzud, pero su belleza y su magia parecían de repente muy lejanas. Como si ese helicóptero estuviera expulsándonos del paraíso. Y eso era lo que hacía. Nos echaba fuera de lo que palpitaba con fuerza dentro de nosotros, de aquel lugar helado y de aquellas cascadas mágicas a nuestro alrededor. Uzud no os pertenece. No merecéis estar aquí, en medio de toda esta riqueza. ¿Qué hacéis aquí? Uzud no os pertenece.

La fascinación desapareció y nos invadió un miedo sereno y a la vez tremendo. Si nos matan los soldados, nadie lo sabrá, ni en nuestras familias ni en nuestro aduar.

Es el fin.

En el cielo, el helicóptero da media vuelta. Regresa. Se dirige hacia nosotros. Hacia nosotros.

Es el fin, Malika.

¿Es el fin, Allal?

Seguro que nos han visto, por tu chilaba azul y mi chilaba negra. En este paisaje cubierto de nieve se nos ve de lejos, desde luego. El azul y el negro.

El helicóptero se acerca, Allal. Veo claramente al soldado con los pies colgando en el vacío. Veo su arma. Está apuntándonos. ¿Tengo que empezar a recitar la shahada antes de morir? Hagámoslo, Allal, los dos a la vez.

No, Malika. Espera. Tengo una idea. Levanta las manos. Así, manos arriba, como yo. Manos arriba. Así verán que no somos criminales, ni rebeldes, ni miembros de la resistencia. Manos arriba, Malika. No me mires así. Haz lo que te digo. Tienes razón, el soldado está apuntándonos con su arma.

Va a matarnos. Va a matarnos.

El helicóptero está volando bajo ahora. Luego se mantiene en el aire, pero inmóvil. Las hélices siguen girando deprisa, provocando una conmoción extraordinaria en nosotros y a nuestro alrededor. Pero esa máquina sigue suspendida en el aire. No cae. No cae. No lo entiendo.

Otros tres soldados se han acercado al que tiene los pies colgando en el vacío. Uno de ellos debe de ser marroquí. Se parece a nosotros. Se da un aire a uno de nuestros primos.

Ese primo coge un altavoz y grita en árabe:

¡Quitaos las capuchas! ¡Mostrad vuestras caras!

Obedecemos inmediatamente. Y volvemos a levantar las manos.

Los cuatro soldados nos miran un buen rato sin decir nada. Un minuto, quizá. Un minuto en los infiernos. Uzud ha dejado de ser un paisaje invernal. No. Es un incendio y un tornado a la vez. ¿Dónde estamos exactamente? ¿Es real esa máquina voladora? ¿Está ahí de verdad, frente a nosotros? Y esos soldados que nos miran… ¿son como nosotros, seres humanos como nosotros? Sin embargo, no siento que tenga nada en común con ellos. Hasta el soldado marroquí al servicio de los franceses ha dejado de parecerse a nosotros. Ya no es nuestro primo.

Allal y yo no somos nada. Seguimos con las manos arriba. No bajamos la vista. Contemplamos esa cosa enfrente de nosotros. No tenemos miedo. Lo que sentimos no es miedo, es otra cosa.

El helicóptero tiene ojos. Una boca. Dos ruedas como dos piececitos. Unos brazos muy largos. Pero no es de aquí, de este planeta. No es posible. ¿Quién ha podido inventar algo así?

El helicóptero lo domina todo. Es más fuerte y poderoso que todo lo que existe alrededor nuestro. Ni siquiera las cascadas de Uzud pueden rivalizar con él.

El helicóptero es como un dios enfadado. Un dios rabioso. Un dios

nacido en los infiernos. Un dios que no es Alá.

Vuelvo la cabeza hacia ti, Allal. Puede que sea la última vez que te vea. Eres apuesto. Eres mío. Soy tuya. Seguro.

Mira de frente, Malika. Si no, nos disparará.

Voy a hacer lo que dices. De pronto me doy cuenta de que el bajo de tu pantalón amarillo está mojado.

Te has meado encima, Allal. Yo debería hacer lo mismo. Mear. Mear.

Lo hago.

El pis sale de mí con rapidez. Un chorro increíblemente potente que me traspasa el sarouel, el caftán, la chilaba, y se convierte en un reguero que corre por el suelo.

Mi pis se ha juntado con tu pis, Allal.

Mira de frente, Malika. Haz lo que te digo.

El helicóptero se nos acerca un poco.

Puedes recitar la shahada ahora, Malika. Yo voy a hacer lo mismo.

Es el fin, Allal.

Yo soy tu hombre, Malika.

El helicóptero empieza a ascender lentamente hacia el cielo. Alto. Cada vez más alto. Lo seguimos con la mirada sin entender nada.

El helicóptero se aleja de nosotros. Cruza el valle ante nosotros. Desaparece tras las montañas.

Seguimos manos arriba. Nunca se sabe.

El silencio vuelve a reinar en aquel paisaje tranquilo, glacial, hermoso, muy hermoso. Pero no nos conmueve en absoluto, ni a Allal ni a mí. Tenemos ganas de llorar, pero no podemos. Bajamos las manos. Sin decir nada, nos giramos hacia las cascadas. Escuchamos el agua que corre, el agua que se precipita, que cae. El agua que se rompe. Se pulveriza. Más. Y más. Y más.

Nos sienta de maravilla.

Volvemos poco a poco a la vida y a nuestro ser. Pero somos incapaces de hablar.

Las cascadas de Uzud nos atraen, nos llaman.

Ahora tenemos que beber un poco de su agua.

Me coges de la mano, Allal. Avanzamos hacia las cascadas. No tenemos ni frío ni hambre. Tenemos sed. Solo sed.

Juntos, viviremos y nos olvidaremos del trauma que acabamos de soportar. De sufrir.

Es la única solución. Esperar que un día llegue el olvido.

Tu amigo Marzuk se ha convertido en la sombra de sí mismo. Ya no quiere verme. Dice que, cuando me ve, solo te ve a ti.

Desvaría, dice cosas raras.

Mi cabeza, Malika. Mi cabeza no aguanta más. Oigo gritos dentro de mi cabeza. Allal no está muerto. Solo escondido. Volverá,

reaparecerá, resucitará. Aléjate de mí, Malika. No vengas más a recordarme lo que nunca lograré borrar dentro de mí: a Allal, que ya no está. Vete, vete lejos de mí. Sé que toda la culpa es tuya. El dinero. El dinero. Desde que se casó contigo, solo tenía esa palabra en la boca. Antes de ti, conmigo, no necesitaba dinero. No necesitábamos nada. Nos veían pasar por la calle, caminar por el campo, trabajar en los zocos, y decían: Por ahí van Allal y Marzuk, los inseparables. Marzuk y Allal. Y eso no molestaba a nadie. Era solo cosa nuestra. Ellos lo sabían. Lo veían. Y se callaban. Luego llegaste tú, Malika. Me di cuenta de tus artimañas, de tus enredos, desde el principio. Lo que hacías en el zoco para embrujar y aturdir a Allal. Tus bailes descarados. Eras perfecta, Malika. Perfecta para empañar los ojos y el corazón de Allal. Enhorabuena. Voy a matarte, Malika. Antes de que se fuera allá, a Indochina, a dar su cuerpo y su alma por Francia, el desastre ya había empezado aquí, en nuestro pueblo. El desastre de Malika y la familia que había que formar con ella. Y, para eso, tenía que conseguir dinero. Convertirse en un asesino para obtener dinero. No puedo más, voy a perder los estribos, estoy a punto de estallar. Mi cabeza. Mi cabeza…

Quiero dormir, Malika. Necesito dormir un poco. Olvidar este dolor y esta ausencia, si es posible. Llévame al mausoleo del santo Mulay Brahim. Él me calmará, seguro, Mulay Brahim. Él me entenderá. Él me devolverá a Allal. Mulay Brahim aún se acuerda de nosotros dos. Allal y Marzuk. Ahí, en su mausoleo, era donde nos veíamos. Ahí era donde nos tocábamos. Ahí era donde cruzábamos todas las fronteras, todos los límites.

La primera vez, entre Allal y yo, fue en ese mausoleo, Malika. Éramos dos chicos libres. La última vez también, justo antes de Indochina.

Mulay Brahim no es como los otros santos. Él comprende, él escucha. Llévame, Malika, guíame hasta su zagüía, hasta su tumba.

¿Qué van a hacerme ahora que Allal ya no está? Me destruirán, me apedrearán, me matarán, cortarán mi cuerpo en mil pedazos y se los echarán a los perros. ¿A que sí? Mi protector se ha desvanecido. Mi hermano, mi amor, está en el cielo. Ni siquiera tiene una tumba aquí. Nunca tendrá una tumba entre nosotros. Qué triste…

Tengo tanto miedo, Malika. Acércate. Sujétame la cabeza entre tus manos. Te perdono, Malika.

El camino de Mulay Brahim es por ahí. Vayamos allá, Malika. Sostenme, llévame. No puedo más.

Francia sigue allí. Van a mandarnos a todos a morir a Indochina.

Mulay Brahim, Malika. Mulay Brahim. Quédate conmigo, Malika. No te vayas. Durmamos juntos. Solos tú y yo.

Es así todos los días. Marzuk me llama. Voy a verlo y lo escucho.

Solo me queda Marzuk. La voz incontrolable de Marzuk. La justicia y la injusticia de Marzuk. Y su santo, nuestro santo, Mulay Brahim. Ahí es donde tengo que renegociar el porvenir, ahí podré esconderme. Tumbarme en el suelo junto a Marzuk, rodeados de peregrinos, cerrar los ojos, acurrucarme en tus brazos, Allal, imaginarlos y dejarme estrechar por ellos.

Luego, despertar a Marzuk.

Allal está ahí, Marzuk. Está ahí. Su espíritu. Escucha. Escucha. ¿Oyes cómo respira? ¿Lo reconoces? Habla. Es Allal. Habla con él, Marzuk. Él te escucha.

El espíritu de Allal ha viajado desde allí, desde Indochina, donde murió su cuerpo, hasta aquí, el mausoleo del santo Mulay Brahim. Por favor, Marzuk, levántate. No te quedes dormido otra vez. Vamos a encontrar una solución. Los padres de Allal no pueden echarnos así como así, sin más. No pueden quitárnoslo todo y ponernos de patitas en la calle como a perros sarnosos.

Nuestro santo Mulay Brahim también está aquí para eso, para ayudar a las gentes de ese país, a gente como tú y como yo, a los extraviados, a los que están tirados por el suelo, a los caídos del Gran Árbol.

Ya no existen los otros, Marzuk. Solo esta tumba de Mulay Brahim junto a la que ponernos a dormir y a esperar. Ya solo quedas tú, que eres mejor que todos los demás, ahora lo sé. Deja que vomiten su veneno y sus veredictos. Yo, Malika, sé quién eres y, aunque tú no me ames, yo te amo. Te amo y te necesito.

Ponte en pie. Deja que Allal vuelva gracias a ti, deja que haga su viaje espiritual desde allí hasta aquí. Abre los ojos, Marzuk. Tú tienes la baraka necesaria para que nuestro Allal pueda realizar ese viaje y ese sueño. Tú tienes a los espíritus contigo, tienes a los genios dentro de ti. Te ayudarán y ayudarán a nuestro Allal.

Incluso muerto, Allal está demasiado solo allí, en Indochina, en ese país que nunca conoceremos. Un cuerpo solo en una tumba sola.

Una tumba que no es musulmana.

Allal tiene que volver aquí. Su cuerpo tiene que reencontrarse con la tierra que lo vio nacer. ¿Me oyes, Marzuk? Allal debe ser enterrado aquí. Aunque sea de manera simbólica, debemos hacer todo lo posible para repatriar su cuerpo. Aunque no estés convencido, ayúdame a cumplir ese sueño. Aunque sea cosa de brujería, debemos llegar hasta el final.

Sacar a Allal de su soledad, allá.

Por favor, Marzuk, despiértate y deja que, a través de tu cuerpo, lleve a cabo el viaje imposible. Mulay Brahim está con nosotros.

Es de noche, Marzuk. Dile a Allal que venga. Que se ponga en

camino. Lo esperamos aquí, en el mausoleo de Mulay Brahim, que tan bien él conoce. Dile que lo esperaremos toda la noche. Dile que no lo lloramos. Que somos fuertes. Que somos felices porque vamos a reencontrarnos.

Amamos a Allal, Allal tendrá una tumba aquí. Su tumba musulmana con nosotros, junto a nosotros, para nosotros.

Vamos a hacer algo increíble. Vamos a realizar ese milagro.

Todo el amor que hay en esta tierra no bastará.

Nunca perdonaré a tus padres, Allal. Mi corazón se ha ennegrecido definitivamente. Contra ellos. En cuanto les confirmaron que tardarían un máximo de dos meses en recibir el dinero de Francia, la indemnización por tu muerte, pasaron a la acción, Allal. Habían tomado la decisión hacía tiempo.

Alguien fue a decirles que debían ir a Marrakech. La policía francesa tenía algo que proponerles.

Tus padres, Allal, no lo dudaron. Francia no les dio miedo, en absoluto. Yo estaba sorprendidísima. Normalmente, nadie quiere tener que vérselas con esa policía que, en un momento, puede mandarte al otro lado del sol. Pero ellos, no. Tu madre, no. Tu padre, no. Tus dos hermanos, no.

Se pusieron su ropa más elegante. Como si fueran a una boda. Y cogieron el autobús para Marrakech.

Francia los esperaba. Francia iba a recompensarlos. Era un día de fiesta.

El dinero de tu muerte. El precio de tu muerte, Allal. Tú mataste por Francia, Allal. Eres un héroe. Un hombre que mata es un hombre de verdad, ¿no?

Algunos en el pueblo, antes, se burlaban de ti. Decían que eras el marido de Marzuk. El dinero de Francia los hizo cambiar de opinión. Se callan. Olvidan enseguida.

Eres un hombre importante. Eres un héroe, Allal. ¿Me oyes? ¿Estás contento? Francia lo ha decidido así. Eres un héroe. Un hombre, un héroe. Y, además, gracias a ti, tu familia se ha hecho rica tras tu muerte. ¡Qué buen hijo era nuestro Allal! La bondad y la generosidad personificadas.

Todo cambió tras tu muerte. Los vientos empezaron a soplar por todas partes, en todas direcciones. Han entrado en nosotros, en mí, y lo destruyen todo en nuestro interior.

Todo está oscuro. La vida ya no es vida.

Tus padres me dijeron:

Malika, tú apenas llevabas dos años con Allal. Fuiste su mujer apenas dos años.

No es mucho. ¡No es nada!, gritó tu madre.

Nada de nada, añadió tu padre.

Tus dos hermanos se callaron. Yo me di cuenta de que no estaban de acuerdo con esa condena y esa injusticia, pero no les interesaba hablar, defenderme. Enmudecieron.

Tu madre, Allal. Tu madre. Una mujer como yo que me da la espalda la primera. Era ella la cabecilla, ella los animaba a que no cedieran, a llegar hasta el final.

No se comparte el dinero de Francia con esa tal Malika. Esa Malika es una extraña. Una cría nada más. Haremos de ella lo que queramos, la manipularemos. Puede que le demos mil dírhams, eso es todo, nada más. Mil dírhams es mucho, es una barbaridad. Puede darse por satisfecha. Mil dírhams. Nada más. ¿Oyes, Malika? No te daremos nada más.

No contestes, no hace falta.

Tu madre, Allal, que le dijo a mi padre el día en que firmamos el libro de familia: Sé que Malika perdió a su madre muy joven. A partir de ahora, será como mi hija. Es mi hija. ¿Te acuerdas, Allal, de aquellas palabras falsamente cariñosas?

Mi hija Malika, dijo. Dios es testigo. Lo juró.

Malika se convirtió en una criada en vuestra casa. Una esclava para tu madre. Eso era ser una hija para tu madre. Lava la ropa sucia, Malika. Friega la casa otra vez, Malika, hasta que quede bien limpia. Te doy una hora para que muelas los granos de trigo, Malika, ¿entendido? Hoy no has cocinado bien, Malika. Esta comida no está buena. ¿Aún estás durmiendo? Son ya las seis de la mañana. Levántate, ve a ordeñar la vaca y luego haz las regaifas para el desayuno. No te eches la siesta, Malika, te estás malacostumbrando. ¡Vaya perezosa está hecha Malika! Nuestro hijo no tiene suerte. La verdad es que no.

Tú no le dijiste nada a tu madre, Allal. Y tu padre hacía como si no viera nada, como si no fuera asunto suyo.

Dios os había enviado a esa hija que tus padres nunca tuvieron. Que viva entonces su destino de hija. No podemos hacer nada por ella. La cocina es por aquí. El pozo para sacar agua está detrás de la casa. Y el barreño para lavar la ropa sucia cada día lo tienes en la terraza.

Mil dírhams. Nada más. No te daremos nada más. Eso me dijeron. Ahora Allal está muerto. Hace meses que murió. Puedes irte. No te necesitamos. Por suerte para nosotros, no has tenido hijos con él. Vete.

Eres libre, Malika.

Las últimas palabras de tu madre, justo antes de darme con la puerta en las narices, siguen resonando en mi cabeza: Mil dírhams, Malika. La verdad, tienes mucha suerte, Malika. Hemos sido muy buenos contigo.

Allal. Allal. Allal. Siempre te amaré, a pesar de tu silencio y de tu

sumisión frente a tus padres. Te quiero. Te echo de menos. ¿Dónde estás? ¿Estás ya de camino? Avanza. Avanza. Marzuk está listo para recibir tu cuerpo a través de su cuerpo. Avanza en la noche, Allal. Avanza. Aunque sea muerto, vuelve con nosotros. Vuelve conmigo.

Hice lo que pude para que no siguieras el consejo de tus padres. Fueron ellos los que te animaron a que fueras a combatir a Indochina. Tú dudabas. Te convencieron. Te obligaron a firmar el contrato. Tú tenías miedo de Francia. Como yo, no habías olvidado ni el helicóptero ni a los soldados franceses en las cascadas de Uzud. Querían matarnos. Matarnos cuando apenas si empezábamos a vivir la ilusión de la felicidad. ¿Por qué no lo hicieron? Sabías, como yo, de lo que eran capaces los franceses. ¿Cómo pudiste cambiar de opinión y ponerte de su lado? ¿Cómo? Te hice esa pregunta cientos de veces. Pero era inútil. No sabías qué contestar. Tus padres eran más importantes para ti que yo. Aquí los hijos nunca son dueños de sí mismos. Pertenecen a sus padres y a sus abuelos, que pueden hacer con ellos lo que quieran. Maltratarlos. Explotarlos. Violarlos. Insultarlos. Casarlos con quien les dé la gana. Forzarlos a divorciarse. Yo sabía todo eso mucho antes de conocerte, Allal. Pero verte tan insignificante ante tus padres, verte paralizado ante tus padres, verte como un niño pequeño ante tus padres fue para mí un golpe muy duro. El fin de la inocencia. La desaparición del último resquicio de inocencia en mí.

El dinero. El dinero. El dinero. Tus padres solo tenían esa palabra en la boca. Y para eso no dudaron en sacrificar a un hijo. No dudaron en sacrificar a Allal. El dinero. El dinero de Francia.

Me llevaste a la terraza, Allal. Es de noche. Todo el mundo duerme en casa. Tienes algo que decirme. Todavía hay esperanza. Vamos a acordarnos los dos de lo que vivimos en las cascadas de Uzud y a tomar una decisión. ¿Es eso? ¿Es eso, Allal?

Contesta. No quiero convertirme yo también en una mujer malvada. En una mujer dura, seca, autoritaria. Como tu madre. Si te vas, Allal, es lo que me sucederá. Cambiaré. Mi corazón se volverá duro como el pedernal. Habla, Allal. Dime que te quedas. Dime que sigues siendo el hombre que vi en el café, en el zoco. Tú eres la vida misma, esa vida que veo en tus ojos mientras bailo delante de todo el mundo para ti. No quiero convertirme en adulta como la gente de aquí. No quiero convertirme en tu madre, en tu padre, y aún menos en mi padre. Si eso es crecer, convertirse en un cobarde con todas las letras, entonces prefiero seguir siendo una pequeña esclava hasta el final. Te encontré, Allal. Eso me basta. Es un milagro. Eres un hombre. Tienes cojones y una barba poblada y bonita. Puedes decir No. Vas a decir No a tus padres. Vas a librarte del miedo que te han inoculado. Vas a librarte del respeto obligatorio. Vas a librarte de la sumisión.

Eres un hombre. Un hombre. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo? Dímelo. El dinero no lo es todo en la vida. No. No. No.

Te tumbas en el suelo de la terraza, Allal. Te miro.

Tus ojos se clavan en el cielo. ¿Cómo debo interpretar esa actitud? ¿Qué debo hacer yo?

Sigo mirándote. Un momento. No permitiré que tu ternura me conmueva. Sé firme, Malika. Sé malvada. Sé un hombre en lugar de Allal. Oblígalo a quedarse. Penetra en su cabeza. Mete dentro tu brujería y tus cánticos mágicos.

No hago nada de eso. Me tumbo a tu lado. En el suelo, como tú. Muy cerca de ti. Y de tu cuerpo. Muy cerca de tu aliento. De tu corazón. Y de tu silencio.

No vas a decir nada. Es demasiado tarde. Tú eres un hijo modoso. Un hijo apabullado por sus padres. Ya no te amo. Te detesto. Te odio. Me equivoqué. Me siento decepcionada.

El silencio se prolonga entre nosotros.

Se me pasa el enfado. Ya no me sirve de nada. Abandono mi odio ficticio hacia ti.

Ambos contemplamos el cielo. El cielo negro. Las estrellas del cielo. Realmente ya no hay nada que decir.

Nadie es libre en esta vida. Nadie. Nadie. Es lo que me cuenta tu silencio.

Son mis padres, son mis padres. No puedo enfrentarme a ellos. No puedo, Malika.

¿Pronunciaste esas palabras? ¿Sí? ¿No?

Vuelvo la cabeza hacia ti. Te llamo. Tú también vuelves la cabeza hacia mí. Nos miramos. Sobre todo, nada de lágrimas. No, Allal, no voy a facilitarte las cosas. Sufro como tú, y mucho más que tú, la injusticia de este mundo. Veo lo que te sucederá si te vas con los franceses. Ya no digo nada. Mis ojos se clavan en los tuyos, profundamente. Gracias a ellos, puedo seguir sintiendo amor. El amor, Allal. Presente. Ausente, ya. Un recuerdo, ya.

Mehdi Ben Barka va a salvar Marruecos.

Tú pronuncias esas palabras extrañas. Pienso que estás delirando. Ya no sé ni dónde estás ni lo que dices.

¿Quién es Mehdi Ben Barka?

Mi pregunta te saca de tu ensoñación. Estás sorprendido. Sonríes.

¿Cómo? ¿No conoces a Mehdi Ben Barka, el enemigo número uno de Francia en Marruecos?

Hablas en serio. No deliras en absoluto, Allal. Tengo la impresión de que hablas de una leyenda, de una historia de otro siglo, de otro tiempo, cuando Marruecos solo era Marruecos. El Bled el-Majzen. El Bled es-Siba. Nosotros entre nosotros. Algo que no hemos vivido, pero que sigue vivo en nosotros, a pesar de que los franceses lo estén

cambiando todo en Marruecos. ¿Mehdi Ben Barka viene de ese mundo? ¿El mundo originario? ¿Mehdi Ben Barka es el primer hombre?

Mehdi Ben Barka es como nosotros, Malika. Él también viene del pueblo. Lucha por el pueblo. Y ha utilizado el sistema educativo francés para evolucionar y estudiar, para llegar muy lejos en los estudios, para ser tan bueno como los franceses, mejor que los franceses, en su lengua y en su lógica. Y, durante todos esos años, nunca olvidó ni sus orígenes ni al pueblo marroquí por liberar. Un día nos liberará, Ben Barka. Es el líder de este país. El auténtico líder. Se parece a nosotros. Nos quiere. Piensa realmente en nosotros. Tiene grandes ideas en su cabeza. Es un hombre con corazón y con cabeza.

Estás delirando otra vez, pienso, Allal. Tú te vas a matar gente a Indochina, y la víspera de tu partida me hablas de un héroe marroquí que lucha contra Francia. No entiendo nada. Es completamente contradictorio. Pero es conmovedor, muy enternecedor, verte así: emocionado, entusiasta, con una esperanza más importante que tú y que yo. Es conmovedor verte volver a tu estado natural. El fuego que te resucita. Tienes tantas cosas que contar sobre ese Mehdi Ben Barka. Te empeñas en repetírmelas. Tus ojos me miran y sueñan con él. No te digo nada de lo que pienso. De mis dudas. Te escucho. Todavía eres mío. Escucho todo lo que dices. Sincero o no, loco o no, qué más da. Estás ahí. Me tocas la mano y sigues hablando. Quieres convencerme a toda costa, convertirme a esa religión inventada por ese hombre.

Al principio, Mehdi se quedaba fuera, pegado a un muro del colegio de los franceses en Rabat, donde estaba escolarizado su hermano mayor. Por entonces, los franceses solo aceptaban a un único hijo por familia en sus centros educativos. Mehdi se ponía justo al lado de la ventana del aula y seguía las clases. Hizo eso durante semanas, meses. No se cansó. Era difícil y humillante, pero algo más importante que él lo empujaba. Quería hacer como su hermano mayor. Ir adonde iba su hermano mayor cada día. Era muy pequeño. Puede que simplemente estuviera celoso de ese hermano. Pero esos celos debieron de servirle de motor, de motivación. Despertarse por la mañana. Ir junto a la ventana de la clase de su hermano mayor. Escuchar. Aprender. Sin su autorización. Imaginarse en el lugar de su hermano, al lado de su hermano. Imaginarse contestando a las preguntas del maestro francés. Brillar. Ganar. Es lo que acabó pasando, Malika. Lo creas o no. Se cuenta que un día el maestro hace una pregunta a sus alumnos. Ninguno sabe la respuesta. Entonces Mehdi se yergue, del otro lado de la ventana, y da la respuesta. La respuesta en francés. La respuesta correcta en francés. Un niño pequeño vestido con una chilaba que se yergue y afirma su presencia, impone su respuesta, revela su inteligencia y su paciencia. El maestro

se siente subyugado por la respuesta impecable y por ese niño del pueblo que, desde fuera, ha hecho todo lo posible por abrirse camino. Mehdi forzó el destino. Escribió su maktub. El maestro francés no puede enfrentarse al maktub, podría volverse en su contra. El maestro le pide al niño que entre en clase. Mehdi, entonces, entra. Por la ventana. Por la ventana, Malika. Salta. Va hacia el maestro. El maestro le hace preguntas en francés. Mehdi contesta en francés. Medhi, que parece un pueblerino con su chilaba, habla francés mejor que los demás alumnos y tiene respuestas para todas las preguntas del maestro. Para todas. El pequeño Mehdi lo sabe todo. Lo ha asimilado ya todo. Así que el maestro se pone en manos del destino, al servicio de esa inteligencia. Para el maestro es su día de gloria. Ha descubierto a Mehdi Ben Barka. Y hará todo lo que pueda para matricularlo oficialmente en la escuela francesa de Rabat. Lleva a Mehdi al despacho del director. Le presenta a Mehdi durante unos minutos. Pide a Mehdi que salga del despacho y que lo espere fuera. El pequeño Mehdi obedece. Espera. Sonríe para sus adentros. No se sienta en una de las sillas del pasillo. Sabe que no hay que hacer eso. Permanece de pie. Concentrado. Los franceses de la administración de la escuela que lo descubren ahí, pegado a la pared, lo miran asombrados y con un desprecio apenas disimulado. Pero Mehdi sabe que ya ha vencido. Les ha ganado la batalla a todos. No se inmuta ante sus miradas injustas. Permanece digno. Un niño rabatí espabilado, muy espabilado, que sabe cómo comportarse, ahí, en esa situación extraordinaria. Está delante del despacho del director francés de la escuela francesa. Se comporta como un chico bien criado. Mehdi no viene de la burguesía marroquí, pero su madre, Fatima, lo ha educado bien. Espera ahí. Mucho tiempo. Tranquilo. Confiado. En el pasillo. Está seguro de sí mismo. Pero se mantiene humilde.

El maestro sale del despacho. Sonríe. Ha ganado. Se lleva inmediatamente al pequeño Mehdi a la secretaría para empezar los trámites de la matrícula. Escribir ese nombre: Mehdi Ben Barka. Pide al niño que vuelva al día siguiente con su padre. ¿Cómo se llama tu padre? Se llama Ahmed Ben Mohamed Ben Barka. El maestro está impresionado. Por ese nombre y por la precisión de Mehdi. El pequeño Mehdi sabe de dónde viene. Ya lo sabe todo. Nada será fácil, evidentemente, pero no le asusta luchar.

El padre no creyó a Mehdi. Pero al día siguiente acudió con él a la escuela. Las puertas del cielo se han abierto ante ti, hijo mío. No solo las puertas del cielo, padre mío, contestó Mehdi.

Ahora veo por qué me cuentas todo esto, Allal.

Yo no soy Mehdi Ben Barka, Malika. Pero Mehdi Ben Barka está ahora en ti y también en mí. Tenía que hablarte de él. De lo que va a ocurrir con él. Ha llegado muy lejos. Ha obtenido todos los diplomas.

Ahora es profesor de Matemáticas. Dicen que hasta hace poco era el profesor del príncipe Hassan, el hijo del sultán Ben Mohamed. ¿Te das cuenta de hasta dónde ha llegado Mehdi? De la ventana de la clase de la escuela francesa de Rabat, ha saltado directamente hasta el santo entre los santos. Pero, durante todo ese tiempo, ninguno de ellos lo impresionó. Ni los franceses, ni la familia real, ni los burgueses. No consiguieron domesticarlo, hacer de él un marroquí buenecito que se les parezca y que hable su lenguaje demasiado sofisticado. No han conseguido que se olvide de los marroquíes pobres y abandonados. De ese Marruecos por liberar. Ben Barka es más que un líder. Más que un rey. Más que un general. Es un hombre como nosotros, que piensa en nosotros, que trabaja para nosotros. Tienes que saberlo, Malika.

Me voy mañana a Indochina. Por dinero, Malika. Por mis padres, Malika. Por ti, Malika. Volveré. Te lo prometo. Te lo juro. Volveré y seguiremos hablando de Mehdi Ben Barka. Volveré y te llevaré a Rabat, la ciudad de Mehdi Ben Barka. Volveré. ¿Me oyes? No te enfades conmigo, por favor. Es mi destino. Mi destino. Indochina. Y tú vas a esperarme. Dime que vas a esperarme.

Vas a volver, Allal. Lo sé. Así lo espero.

Mehdi Ben Barka hará aquí lo que yo nunca podré hacer.

No te juzgo, Allal.

Ahora ya conoces a Mehdi Ben Barka.

Lo conozco y lo amo.

De repente, te callas, Allal. Ya no tienes nada más que decir. Yo tampoco. Nos miramos. Y eso es todo.

Las lágrimas asoman por tus ojos. Miro cómo se deslizan por distintas partes de tu rostro. No te las enjugas. No sientes vergüenza. Las lágrimas corren. Corren. No es triste. Es hermoso. Es un regalo. Un pacto entre tú, Mehdi Ben Barka y yo.

Tengo apenas veinte años.

Tu madre me ha echado de casa, me ha dado con la puerta en las narices.

¿Adónde ir ahora? ¿A casa de mi padre? Su segunda mujer y sus tres hijas me odian. Ve, a pesar de todo, Malika, inténtalo. Puede que se porten bien contigo si les enseñas los mil dírhams que te ha dado la madre de Allal. El dinero lo cambia todo. Ve.

Mi padre no estaba en casa. Había ido a Azilal a vender la cosecha.

Su mujer y sus hijas no habían cambiado. En absoluto. Con el corazón ennegrecido, negro como sus ojos. Así seguían siendo y así serían siempre.

Tu padre va a estar ausente un mes por lo menos, Malika. ¿Por qué has venido a verlo? ¿Quieres pasar una noche aquí con nosotras? Una noche, pero solo una, ¿eh? Nada más.

Tengo apenas veinte años.

En esta campiña, en ese pueblo, sin ti. Allal, ¿adónde dirigirme? ¿Adónde ir para reencontrarme? ¿Adónde ir a reír por no llorar?

Entregué los mil dírhams a la mujer de mi padre y me fui. No quería ese dinero que olía a muerto.

Te han matado. Estás muerto, Allal. Y ni siquiera tienes una tumba aquí. Es como si nunca hubieras existido entre nosotros.

Me vino Marzuk a la memoria mientras erraba sin rumbo. Tengo que encontrarlo. Y excavar con él una tumba para ti. Por fin.

La tumba de Allal.

Eso es. He dado con mi misión. Con algo que hacer. Un deber con el que cumplir. Es lo que una esposa ha de hacer por su marido.

Tengo apenas veinte años.

Voy vestida de blanco, el color del luto, desde hace varios meses.

Viuda con apenas veinte años.

Marzuk duerme desde que te fuiste a Indochina, Allal. No se despierta. ¿Para qué? ¿Para encontrarse con quién? ¿Para ver qué?

Marzuk ha abandonado todas las luchas.

Lo encontré en el mausoleo de nuestro santo Sidi Mulay Brahim. Me senté a su lado. Y esperé.

Cuando se despertó, le di el buñuelo con azúcar que había comprado especialmente para él.

Comía. Despacio.

Le hable.

Allal se quedó contigo, Marzuk, cuando yo llegué a su vida. No te rechazó. Solo por eso, por el recuerdo de ese gesto de fidelidad absoluta y excepcional, debes levantarte y venir a ayudarme a realizar ese milagro: repatriar de una tierra tan lejana el cuerpo de Allal. Hacer esa cosa imposible, de brujería, esta noche. En este mausoleo. Traerlo hasta aquí desafiando todas las leyes de la naturaleza. Y mañana por la mañana, muy temprano, justo antes del amanecer, enterrarlo. Por fin. Un funeral. Por fin. Lo que sus propios padres le han negado a Allal, lo haremos nosotros, tú y yo, los supervivientes.

El cuerpo visible e invisible.

Gracias a ti, Marzuk.

Los otros no pueden verlo. Solo nosotros, que conocemos el secreto y estamos obrando el gran milagro. Desafiando todas las leyes.

Allal estará aquí. En Indochina hace una hora. Ante nosotros, en Beni Melal, a partir de ahora.

Rezaremos en voz baja mientras lavemos su cuerpo. Entonaremos hermosos cánticos cuando lo envolvamos en su bello sudario.

Lo depositaremos ambos en su última morada, su tumba. Y poco importa que la religión prohíba a las mujeres asistir y participar en esta ceremonia. Alá tiene un corazón grande. Me entenderá. No me

condenará. Haré lo que los hombres no han querido hacer por Allal. Han dejado de pensar en él. Ha dejado de existir para ellos. Para mí, no. Para ti, no.

Una tumba. Una tumba. Es nuestro deber, Marzuk. Levántate. Ábrete, acoge a Allal, deja que te tome, que te posea, que viva gracias a ti y luego muera. Levántate, levántate. Nadie nos detendrá. La noche es nuestra cómplice. Francia y sus gentes en Marruecos están durmiendo. Es el momento de intentar ese acto indispensable sin el cual no podríamos seguir viviendo. Los padres de Allal pronto serán ricos, pero sin nosotros. Nosotros no queremos el dinero de la vergüenza que les ha entregado Francia. Vendieron a Allal. Les han pagado el precio. Y a partir de ahora vivirán malditos, y por mucho tiempo. Tampoco queremos saber nada de ellos. Asistiremos de lejos a su gloria y a su caída. Nada se olvida.

Enterraremos a Allal, Marzuk. No pondremos su nombre sobre su tumba. No diremos a nadie que es su tumba. A nadie, ¿me oyes?

Allal. Allal. Estás aquí. Has llegado. Siento tu olor. Respiro el aire de tu aire. Estás aquí. El corazón de Marzuk es tu corazón. El cuerpo de Marzuk es tu cuerpo. Te he echado de menos, tanto, tanto, tanto. He dejado de comer buñuelos con azúcar. He dejado de bailar. He dejado de soñar. El mundo, después de ti, me ha enseñado su verdadero rostro, sus ojos rojos, duros, despiadados. Me creía inteligente, creía que el sufrimiento de la infancia me había transformado en una mujer que no le tenía miedo a nada. Qué equivocada estaba. Mi malicia se ha revelado inofensiva para ellos. Mi inteligencia no ha podido salvarme. He visto el mal después de ti, Allal. He visto el infierno. Me echaron. No soy nada sin ti, Allal. Se ha levantado el telón. Y lo que se ve detrás no es nada bonito.

Tengo apenas veinte años. Tan joven. Tan vieja.

Hace dos años, tú aún dormías junto a mí. Para mí. Los demás podían decir lo que se les antojara, tú eras mío. Había cumplido con mi misión.

Dios me amaba entonces.

No eres un traidor, Allal. No eres un traidor. Dame la mano. Déjame que te huela de cerca. Pongo la cabeza sobre tus muslos y cierro un momento los ojos. Tus muslos, Allal. El recuerdo auténtico de tus muslos.

Han cogido el dinero que les ha entregado Francia, Allal. Van a olvidarse de ti.

Estás muerto, Allal. Has vuelto. Marzuk y yo te vemos. Te imaginamos. Te vemos. Vamos a enterrarte.

Es aún de noche. Pronto amanecerá. Tenemos que excavar la tumba.

Te depositamos, ambos, en las entrañas de la tierra. Y esperamos a que el cielo se vuelva un poco rosa, un poco azul.

Ha salido el sol, Malika.

Di una oración, Marzuk. Di lo que te sabes del Corán. Con amor, Marzuk. Dilo con amor.

Hemos cubierto de tierra tu cuerpo visible e invisible.

Ahora ya tienes una tumba, Allal.

Derramé agua de azahar por encima. Marzuk dijo unos versículos del Corán entre lágrimas. Luego se calló.

¿Qué va a ser de nosotros ahora?

Tengo apenas veinte años, Marzuk.

Yo solo tenía a Allal, Malika.

Marzuk se acostó junto a la tumba. Y la abrazó.

Sin dudarlo un instante, hice como él.

Estás entre nosotros, Allal. En una tumba de las nuestras. Con un pasado que no se borrará nunca en una tierra colonizada de la que nos expulsan, nos destierran, condenados a una errancia eterna y constantemente renovada.

Tengo apenas veinte años, Allal. Y todo se ha acabado ya para mí.

2

RABAT

Mis hijos tenían razón. Esa mujer es blanca, demasiado blanca. Resulta incomprensible. ¿Cómo se las arregla para ser tan blanca? No tiene piel, no, es leche. Se me hace la boca agua. No quiero, pero tengo ganas de lamerla. Acercarme a ella y, sin mediar palabra, lamerle la piel. Saborear su piel muy lentamente. Beber su leche. Es imposible una piel así, sobre todo aquí, en Rabat; sobre todo en este momento, en pleno mes de agosto. Ríos y ríos de sudor. No puedo más. Creo que voy a desmayarme. Pero ella, que ni siquiera es de este país, no transpira. No transpira en absoluto. La miro una y otra vez. No puedo creer lo que veo. Ella ha recorrido a pie el mismo camino que yo hasta este monumento, las ruinas de Chella, y no se le ve ni una gota de sudor. ¿Cuál es su secreto? Es francamente injusto. Que sea tan blanca, sin maquillaje, y pueda soportar sin problema el sol abrasador de Marruecos. Yo, que he nacido y he vivido siempre aquí, no puedo con él. No le gusto al sol. Me golpea, me cercena la cabeza en dos, con migrañas día y noche, me sume en un océano de transpiración cálida y fría a la vez. Solo las hojas de eucalipto me ayudan algo a volver a mi ser. Las machaco en el mortero y me las pongo en la frente. Un poco de frescor, de frío me atraviesa toda la cabeza. Un poco de primavera en pleno verano. Pero cometí un error: olvidé cortar unas ramas de eucalipto por el camino. Y ahora, donde estoy, en medio de las ruinas de Chella, no hay árboles.

Solo está ella. Blanca. Fresca. Bien vestida.

Solo ella y su piel lechosa.

Sonríe. Pero ¿por qué sonríe? No debo contestar a su sonrisa. Tengo que mantenerme firme, ser la más firme. No soy una Malika amable. No soy la mujer árabe que cree ella. No voy a sonreír.

Me llamo Monique, dice ella.

Sigue sonriendo. Es su estrategia en la vida. Sonreír. Siempre. Pues bien, conmigo eso no le funcionará. No le sonreiré. No soy amable, soy mala. Soy intratable. A mí no se me compra. En todo caso, no con sonrisitas llegadas de otro mundo.

No.

Me llamo Monique, repite.

Sé que se llama Monique. ¿Por qué insiste?

Ana ismiti Monique.

Ahora lo dice en árabe. Desde luego, no tiene vergüenza. Habla en árabe. No tiene derecho. A mí eso no me impresiona. Nada en absoluto. ¿Por qué habla árabe como nosotros? ¿Por qué se acerca a nosotros? ¿Para conocernos mejor? Lo dudo. Lo dudo.

Abre la boca y salen de ella las palabras en árabe marroquí.

Ana ismiti Monique.

Monique. Monique. Vale. Vale. Entendido. Sé cómo te llamas.

«Monique» suena como monika. Una muñeca.

Pero esta Monique no es ninguna muñeca. Eso también lo sé. Hace dos meses, por lo menos. Es todo lo contrario. Es inteligente. Embiste. Ataca. Y nunca pide permiso.

Pero, desde luego, resulta ridícula cuando habla en marroquí.

Presiento que ahora va a decirme que yo me llamo Malika. Conoce mi nombre. De antemano. Es lo que hace. No tiene vergüenza. Me mira fijamente a los ojos, sonríe, se hace la inocente, la ingenua, y dice palabras marroquíes. Pronuncia mi nombre una primera vez. Luego dos veces más, seguidas. Malika. Malika. Me pregunto por qué.

Me pone nerviosa.

Yo también la miro fijamente a los ojos y sigo sin sonreír. No he recorrido todo este camino, no he soportado la canícula de esta carretera hasta Chella para jugar a las amiguitas con Monique. Nunca seré tu amiga. He venido a otra cosa. Ella lo sabe y hace como si, de momento, no fuera lo más importante. Quiere imponer las reglas del juego. ¿Acaso va de dueña y señora francesa? Dueña y señora, pero amable. Dueña y señora, pero dulce. Dueña y señora de los pies a la cabeza; miradme, no suelto una gota de sudor, en pleno verano; miradme, fresca como una lechuga y oliendo a vetiver; miradme, qué elegante soy, qué hermosa, qué blanca y no sé cuántas cosas más.

No me impresiona. No soy de las que se dejan impresionar fácilmente. Ni dominar. No. No. Aquel a quien di la llave de mi corazón está muerto y enterrado. Muerto. Muerto. Allal. Yo ya no tengo más dueño y señor.

¿Cómo dárselo a entender a la dichosa Monique? ¿Cómo obligarla a que me mire de otra manera?

Que deje de sonreír. Que deje de hablar marroquí. No le pega nada. Que deje de jugar a ser bondadosa con nosotros. Que pare de una vez. No necesitamos su compasión, y aún menos su comprensión. Que baje la vista y de paso también la cabeza. Así, por fin podré devorarla con los ojos. Que se le caiga la máscara de francesa moderna conmovida por la sencillez de la vida de los marroquíes. La colonización se acabó ya hace casi diez años. ¿Por qué se empeña en quedarse aquí? Y, además, ¿qué hace aquí, en Rabat? Sé por mi marido Mohamed que nació en Casablanca en los años treinta y que vivió allí hasta los diez años. Y que, por supuesto, nunca ha podido

olvidar Marruecos, la belleza de Marruecos, el cielo de Marruecos, la luz de Marruecos. ¿También se acuerda de la pobreza de los marroquíes? Claro que se acuerda, y por eso vuelve con su marido y sus hijos. Quiere enseñarles hasta qué punto este país pobre es formidable. Formidable.

Eso es: Marruecos es formidable. For-mi-dable.

Desde nuestra llegada a Rabat, gracias al trabajo que mi marido consiguió en la Biblioteca General, no pasa una semana sin que alguien me cuente una historia conmovedora sobre la esplendorosa belleza de Marruecos.

Desde que llegué a Rabat, no paro de escandalizarme. A diario. Yo pensaba que los franceses se habían ido de Marruecos en 1956. Pero no. En absoluto. Siguen aquí, y de qué manera. Viven en los chalés de los barrios elegantes de Rabat. Hassan. Agdal. Les Orangers. Están como en su casa. Y hasta cuando se van, terminan volviendo. No pueden olvidarse de Marruecos. No pueden vivir sin Marruecos. Sienten nostalgia de Marruecos, dicen.

Monique vive en un chalé muy bonito en el barrio de Les Orangers. Ella. Su marido. Y sus dos hijos. Lo tiene todo. ¿Qué más quiere?

No tiene hija. ¡Ah! Eso es lo que le falta. Una hijita.

Pobre Monique. Cómo la compadezco… Pero ha encontrado una solución.

Monique quiere robarme a mi hija. A mi propia hija. Jadiya. Que tiene apenas quince años. Monique quiere llevarse a Jadiya, la más guapa de mis hijas, a su casa, de criada. Una criadita para todo.

Jadiya será como mi hija, se atrevió a decirle a Mohamed, mi marido.

Y él, idiota, pánfilo, está de acuerdo. Entrégale a Jadiya. Con Monique tendrá un porvenir. Tenemos que hacerlo. Es por el bien de Jadiya. Estés o no de acuerdo, Malika, hay que pensar en el bien de Jadiya. Es una suerte inmensa para ella. Meterse en casa de los franceses. ¿Te das cuenta? Trabajar en casa de los franceses. Es la puerta de entrada al mundo de los ricos. Son ricos, Malika. Lo sé.

De un día para otro, ese nombre, Monique, estaba en boca de todos en mi casa, hasta en sueños.

Mis seis hijas no paraban de hablar de ella. Qué guapa es Monique. Qué coqueta es Monique. Monique es burguesa pero buena. Monique tiene la piel blanquísima. ¡Es increíble!

La blancura de su tez tenía a mis hijas completamente obnubiladas. Conquistadas. Monique era el sueño al que aspiraban.

Mis hijas riñen entre sí por ocupar el puesto de Jadiya, por si ella cambiara de opinión por alguna misteriosa razón.

En este monumento histórico, las ruinas de Chella, donde he citado

a Monique, vamos a aclarar las cosas y ajustaremos cuentas. Vamos a decírnoslo todo. Todo.

No te tengo miedo, Monique. El miedo desapareció definitivamente de mi corazón cuando todo el mundo me dio la espalda en Beni Melal. Así que deja de sonreír. Deja de hablar marroquí. Deja de usar esa táctica conmigo: no funcionará. Sé lo que le habéis hecho a Jadiya. Conozco todos los detalles.

Estaba yo en el hammam. Era mi día. El día en que, una vez al mes, lo dejo todo, dejo a toda la familia, y me voy sola al hammam.

Monique escogió ese día, justo el día que yo no estaba, para entrar en mi casa: las dos minúsculas habitaciones que nos sirven de casa en el jardín de la Biblioteca General. En mi ausencia. En mi casa. Y, sin que nadie se lo impidiera, les metió a mis hijas en la cabeza unas ideas que no son las nuestras, sueños que no están hechos para nosotros.

Yo no estaba. ¡Qué catástrofe! No tenía que haber ido al hammam ese día.

Mi marido Mohamed hizo un té con menta. Mohamed, que no pone nunca un pie en la cocina para ayudarme, preparó un té con menta para Monique. Una revolución.

Luego le presentó a nuestros hijos. Al mayor. A las seis chicas. Y dejó que se quedaran con ella, a su lado. Mirándola. Empezando a construir no sé qué quimera en torno a ella.

Todos bebieron té con menta. En mi casa. Sin mí. Se conocieron. Dijeron cosas. Decidieron cosas.

A todos les gustó Monique. Ninguno de ellos vio el peligro.

Qué vergüenza. Qué vergüenza. Qué vergüenza. ¿Por qué ir al hammam precisamente aquel día?

Monique sabía que yo no estaba en casa y, a pesar de todo, se coló dentro. Esas cosas no se hacen. No se hacen. Entrar en casa de los pobres para constatar lo pobres que son, muy muy pobres. Una no entra en una casa en ausencia de la mujer y estando el marido. No. Para mí es una humillación. ¿Quién se cree esta Monique?

Le enseñaron nuestro minúsculo apartamento de dos habitaciones para nueve personas. Exhibieron ante ella nuestra intimidad. Toda nuestra intimidad. Seguro que se dio cuenta de hasta qué punto no tenemos nada. No poseemos nada. Ualu. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza la mía! Pero ese no es el problema. No tenía que entrar en mi casa en mi ausencia. Tenía que habernos avisado, darnos tiempo para prepararnos. Es lo menos que se puede pedir. Por supuesto, a Mohamed le parece que exagero. Sí, somos pobres. ¿Y qué?

Monique tomó té con menta preparado en mi tetera y en vasos que compramos nuevos con nuestros ahorros. Le sirvieron pasteles que había hecho yo con mis propias manos, pero no para ella.

Nunca le perdonaré a Mohamed que hiciera todo eso. Que

mostrara así a mis hijas. Que se las presentara a Monique como si estuvieran en un mercado de esclavos. Elija, señora. Seis hijas sanas. Mire, señora. Jadiya, quince años. Rachida, catorce años. Latifa, doce años. Fatima, diez años. Nayat, ocho años. Rabia, seis años. ¿Cuál prefiere?

Qué vergüenza. Qué vergüenza. Vergüenza de ese marido imbécil que no ve más allá de sus narices y que habla sin saber lo que dice.

Mohamed defiende a Monique:

Es una suerte increíble, Malika. Monique ha elegido a Jadiya. Jadiya dejará de ser pobre. Y nosotros con ella. Todos dejaremos de ser pobres. Monique volverá a Francia dentro de dos años, cuando se termine el contrato de su marido, y se la llevará con ellos allá. No te opongas, Malika. Es el destino de Jadiya. Es su maktub. Es Alá quien quiere esto para nuestra Jadiya. Él ha enviado a Monique a nuestra casa. Yo no fui a buscarla. Él la puso ante mí, en mi camino. Acudía con regularidad a la biblioteca. A menudo estaba sola en la gran sala de lectura. Un día le preparé un café y se lo ofrecí. Me dio las gracias y me preguntó mi nombre. Soy Mohamed. Soy el shaush en esta biblioteca. ¿Qué es un shaush? Le contesté: Hago todo lo que me piden. Ordeno los libros. Reparto el correo a los demás funcionarios. Les hago té con menta y café. Estoy aquí para ellos, a su servicio. La gente, aquí, me quiere mucho. Intercedieron ante la dirección para que me dieran un alojamiento. Lo consiguieron. Vivo en el jardín de la biblioteca, detrás, con mi familia. Soy el shaush de la Biblioteca General.

Mohamed creía que iba a felicitarlo cuando me lo contó. Que estaría orgullosa de él.

Has hecho el meskin delante de ella, Mohamed, ¿es eso? ¿Se echó a llorar?

Eres demasiado dura, Malika. A veces, hay que dejar que la suerte llame a nuestra puerta. Dejar que la misericordia descienda hasta nosotros. Nos hace mucha falta.

¿Y para ti la suerte es la Monique esa?

Alá ha cruzado nuestros caminos.

¿Es guapa?

Es… de otro mundo… Es como un sueño…

Entendido, Mohamed. Lo he entendido perfectamente. No estoy de acuerdo. No quiero vender a Jadiya. El destino de Jadiya no es ser una criada. Yo me opongo a ese destino. Jadiya nunca será la criada de Monique.

Te opones a la voluntad de Alá. Blasfemas, Malika. Piensa un poco. Más adelante, Monique se la llevará a Francia. Es el sueño de todos los pobres de Marruecos: ir a Francia.

No es el sueño de Jadiya. ¿Me oyes, Mohamed? No quiero

separarme de mi hija, vivir lejos de ella. No saber nada de ella ni de cómo pasa sus días y sus noches. Es mi hija, no solo la tuya, Mohamed. Quiero verla crecer, hacerse una mujer, encontrar su camino. Aquí, en Marruecos, con nosotros. No allí, en Francia, un planeta del que no sé absolutamente nada. Y no me mires así. Sí, soy muy terca. Sí, mi corazón es de hierro. Me lo has dicho más de una vez. Desde la primera semana de nuestro matrimonio. ¿Ves? No he cambiado. Soy la misma mujer con la que te casaste en Melal. Exactamente la misma. Intratable. Tú, Mohamed, te fías demasiado de la gente. Cualquiera puede comerte el tarro. Por suerte para ti, yo estoy aquí, en tu vida. Velando. Velando por ti y por todos nosotros. Veo venir las cosas. Deberías besarme los pies. Dar gracias a Alá cada mañana y cada noche por tener una mujer como yo en tu vida. Jadiya es la más hermosa de todas mis hijas. Todo el mundo se vuelve a su paso en la calle, y hasta en los pasillos de la biblioteca. Esa muchacha es una reina. ¿No lo ves? Es de este país y se quedará en este país. Ahora estamos en el centro del poder, en Rabat, en el centro de Marruecos. La Biblioteca General está separada del Palacio Real por un muro medianero. Y justo del otro lado de la calle está el barrio de los ministerios. ¿Entiendes? ¿Ves lo que quiero decirte? Jadiya es bella, muy bella. Estamos en el lugar adecuado. Alguien importante entre los hombres importantes que hay por aquí acabará por fijarse en ella y vendrá enseguida a pedirnos su mano. Dentro de un año. O de dos. Ese es el camino que no ves, Mohamed. Un hombre importante. Un hombre del Palacio Real, ¿por qué no? Un destino de reina para Jadiya. Mírala bien. Será perfecta en ese mundo de hombres importantes. Y tú, tú te la imaginas de criada, una criadita de quince años en casa de una francesa del barrio de Les Orangers. ¡Abre los ojos, Mohamed! ¿Qué te ha hecho esa Monique? Y no me digas que tú eres el hombre y que ya le has dado tu palabra de hombre a la tal Monique. No me hagas reír.

No pude convencer a Mohamed. Ni siquiera el sexo a discreción para engatusarlo sirvió de nada con él. Habitualmente, en mis brazos, entre mis piernas, está como poseído, como un niño, como un derviche dichoso con la ración que le dan.

Esta Monique es muy espabilada. Apenas una hora en mi casa, estando yo ausente, y consiguió conquistar a todo el mundo.

Hasta Sliman, mi hijo mayor, está hechizado por ella. Las niñas me han dicho que se le veía feliz delante de Monique. Le hablaba en francés. En francés. Estaba orgulloso. ¿Orgulloso de qué, exactamente? Monique lo felicitó. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Sliman! Según parece, la miraba con ojos de enamorado.

Tendré que ocuparme más adelante de Sliman, deshacer su hechizo también.

Desperté a Jadiya en plena noche. Salimos al jardín de la Biblioteca General. Estaba muy oscuro y hacía fresco.

Tomé las manos de Jadiya en mis manos.

Hablé con Jadiya.

Abrí los ojos de Jadiya.

Le conté el destino glorioso que planifico para ella. Un hombre importante del Palacio Real, de los ministerios, que reconocerá su belleza, que rendirá homenaje a su belleza, que la tratará como a una reina. Un hombre que yo escogeré para ella.

Te enseñaré cómo seducirlo, mi Jadiya, cómo conducirlo hasta donde tú quieras. Sé que los estudios no son tu fuerte. No pasa nada. Hay otros caminos en la vida. Eres hermosa. Soy tu madre. No seas ingenua. No seas demasiado inocente. No estás hecha para ser una criada. Eso nunca sucederá mientras yo viva. Ahora estamos en Rabat, hemos llegado hasta Rabat. Solo un muro nos separa del palacio donde vive el rey de este país. ¿Entiendes, mi niña, corazón mío? Y ese muro vamos a franquearlo, vamos a derribarlo. Elegiremos a un hombre rico del Palacio Real y haremos con él lo que nos plazca. Escúchame, hija mía. Esto es lo que vamos a hacer… Hay que ser astutas con esa Monique que ya le ha comido la cabeza y el corazón a tu padre. Lo ha vuelto cegato, imbécil, insignificante. No tengas miedo, estoy aquí. Quiero protegerte. Tienes solo quince años. Pero no es el momento de flaquear. No sientas vergüenza. No hay que avergonzarse de pensar en el propio futuro y en cómo triunfar en la vida. Poco importan los medios. Eres tan bella, Jadiya… Llevamos apenas un año aquí, en Rabat, y veo a diario hasta qué punto gustas a los hombres importantes que vienen a esta biblioteca, a los hombres que se pasean por las calles de este barrio rico. Te desean. Te devoran con la mirada. Se mueren de ganas. Pero no dan el primer paso. No se atreven. Los hombres nunca dan el primer paso. Te enseñaré qué hacer cuando encontremos al bueno, al hombre que cumplirá tus sueños. Te casarás con él y así nos salvaremos todos, saldremos de la pobreza. ¿Entiendes, Jadiya? ¿Estás de acuerdo, Jadiya mía? ¿Me quieres, hijita mía? Dime que me quieres.

Claro que te quiero, madre.

Tu padre es un hombre como los demás hombres. Un hombre y nada más. No sabe nada. No hace nada. Es bueno. Nada más. Y no me queda más remedio que ser más fuerte que él a la vez que me hago la tonta. Él no ve más allá de sus narices. Solo piensa en las noches de los miércoles y los sábados, cuando le dejo estar conmigo, entrar en mí. ¿Entiendes? El sexo. No piensa más que en eso, tu padre. El sexo lo tiene dominado. Es el motor y el fin de todo para él. Fui yo quien lo convenció de que nos marcháramos de Beni Melal para huir de su

hermano El Buhali, que lo despreciaba; de su hermana Masuda, que lo tenía completamente dominado. Yo hice todo lo que estuvo en mi mano para venir hasta aquí, a esta biblioteca, a esta ciudad, la capital. Al lado de Hassan II. Tu padre decía que se sentía apegado a su tierra, que nunca se marcharía de allí. Soy un melalí de Beni Melal, repetía sin parar. Es demasiado sentimental, demasiado blando, demasiado corto. Soy yo, Jadiya, la que lo hago todo. Soy yo la que lo he salvado de su hermana Masuda, la puta que lo manipulaba como le daba la gana. Lo casaba y lo divorciaba a su antojo. Hay algo extraño entre ellos. Muy raro. No parecen hermanos. Masuda fue a verme al mausoleo de Mulay Brahim, adonde la vida me había conducido. Todo el mundo me dio la espalda tras la muerte de mi primer marido en Indochina. Vivía allí, dormía allí, en ese mausoleo. Ayudaba a los visitantes a cumplir con el ritual. A cambio, me daban algo de dinero. Lo justo para sobrevivir. Estaba desesperada. Había hecho ya todo lo que podía por Allal. Había cumplido con mi deber de esposa, de viuda. Lo lloré durante meses. Un año entero. Y después comprendí que debía abrir los ojos, levantarme de nuevo. Yo sola. Cambiar. Sí, mi pequeña Jadiya, no tenía más elección. Había caído muy bajo. Me había convertido en una mendiga. Hasta mi propio padre se comportaba como si yo no existiera. Su segunda mujer lo cambió por completo, lo transformó en otra persona que yo ya no reconocía cuando me cruzaba con él. Así que me escondía y lo observaba de lejos. A ese padre que había dejado de ser mi padre. Tenía que despertar, Jadiya. Tenía que franquear una línea que nunca había visto antes. Dejar de pensar que yo era una buena persona, que mi corazón era puro y que el cielo era realmente azul. El cielo no es azul, Jadiya. Eso es una ilusión. Una deformación. No sabemos ver. Los hombres solo son capaces de una única cosa: inventar mentiras y vivir sumidos en ellas creyendo seriamente que son la verdad. Mi primer marido, Allal, tenía su tumba secreta. Cumplí con aquella misión extraña y necesaria: enterrar un cuerpo invisible. Y mis ojos se secaron del todo. ¿Morir? ¿Seguir viviendo? Para sorpresa mía, quise seguir en esta vida. Así que tenía que meterme en la piel de otra, Jadiya. Cambiar. Cambiar de corazón. Arrancarme el corazón para sustituirlo por otro. Y comerme el mundo. Devorar el mundo. Matar al mundo. Es lo único que funciona, al parecer.

¿Te acuerdas de Masuda, mi pequeña Jadiya?

Un poco. Vagamente. La última vez que la vi, estábamos aún en nuestro pueblo, en Beni Melal.

Masuda vino a verme al mausoleo de Sidi Mulay Brahim, que se había convertido en mi refugio. Me propuso que me casara con su hermano, Mohamed. Mohamed, tu padre. Decía que era un hombre bueno, un hombre tierno. Un hombre tímido que no sabía cómo

comportarse con las mujeres. Y por eso era ella la que debía encontrárselas. Decía que lo había casado varias veces con amigas, pero que todas acabaron por cansarse de él y pidieron el divorcio. Las mujeres lo han herido, Malika. Necesita una mujer de verdad, una mujer como tú, Malika.

Masuda era una de esas prostitutas que iban con frecuencia al mausoleo de Sidi Mulay Brahim tanto para conseguir la bendición como para encontrar clientes. Nunca me gustó Masuda, y sigue sin gustarme. Tengo que confesarte, Jadiya, que la respetaba. Jugaba limpio. No se hacía pasar por lo que no era. Sí, yo, Masuda, me abro de piernas con los hombres que me pagan bien, muy bien. Sí, soy mala, soy una hechicera. Sí, deberíais desconfiar de mí, alejaros de mí. Sí, tengo un hermano, Mohamed, que no sabe andar solo por el mundo sin mí, sin que le diga por dónde ir, dónde sentarse, dónde dormir y hasta cómo respirar. Mohamed no se parece a los otros hombres. No te causará problemas, Malika. Necesita una mujer que lo sujete. Y sé que tú vas a ser esa mujer.

La franqueza de Masuda me agradó. Me pareció valiente, y hasta noble. Era prostituta y no se avergonzaba de ello. Era prostituta y ayudaba a su hermano. Era prostituta y mayor que yo. Había visto muchas cosas duras, crueles, sucias, en este mundo despiadado. Sabía más que yo. Aquel día se presentó ante mí sin máscaras.

No tuve que pensármelo mucho. Era una ocasión que no podía dejar escapar. Acepté de inmediato el pacto que me proponía.

Me abrazó un buen rato. Y luego siguió precisando las condiciones del casamiento. Te entrego a mi hermano, Malika. Pero a condición de que me dejes ir siempre que quiera a vuestra casa. Todas las veces que quiera. Todas las veces que necesite descansar de la prostitución y de sus noches agotadoras. Me acogerás siempre en tu casa como Dios manda. No me insultarás y me dejarás dar un poco de amor a los hijos que tengas con mi hermano. ¿De acuerdo, Malika? Conozco tu historia, Malika. Lo que la vida ha hecho contigo tras la muerte de Allal en Indochina. He seguido todos y cada uno de tus episodios. Sé que pronto te convertirás en una auténtica mendiga, porque has caído en un pozo muy profundo. Sola en el mundo. Hasta Marzuk se ha ido. Hasta él ha acabado por colocarse. Se ha casado. Me entró la risa al enterarme. Marzuk, casado con una mujer… Todo es posible en la vida. Hasta él ha encontrado un rincón donde vivir en este pueblo. Malika, mírame. Estoy siendo franca. No te oculto nada. Te estoy diciendo todas las condiciones. Voy a salvarte, a darte un hombre, un marido. Mi hermano. Gracias a mí vas a volver a ser respetable. Tendrás una familia. El mundo te dejará en paz. No acabarás como yo, de prostituta. ¿Entiendes? A cambio de todo eso, me harás un sitio entre vosotros. Para siempre. Un sitio entre vosotros. ¿No te olvidarás?

¿Estamos de acuerdo? Un sitio donde estar cuando llegue a vieja, cuando los hombres ya no quieran saber nada de mí ni de mi cuerpo decrépito. Un sitio donde morir. No quiero morir sola. Vieja y sola. Tengo ya cuarenta años. Y una cosa más, muy importante: no pondrás a mi hermano en mi contra, no lo cambiarás. No me impedirás que vea a tus hijos, que los quiera e incluso que participe, a mi manera, en su educación. Y me concederás el honor de escoger el nombre de vuestro primer hijo. ¿Qué dices, Malika?

La besé en la cabeza para mostrarle que estaba completamente de acuerdo. En aquel momento sus condiciones me parecieron razonables.

Adivinaba que el poder de Masuda era mayor de lo que parecía. Ya entreveía el peligro, su maldad, su lado diabólico. Pero ¿cómo juzgarla? Imposible juzgarla, era quien era. Y ante mí no se hizo pasar por una señora respetable. No sé si me gustaba Masuda, pero la respetaba. Sí. Y seguí al pie de la letra el plan que me propuso. Era una suerte para mí, Jadiya.

Dejé a Masuda elegir el nombre de mi primer hijo. Sliman.

Y la recibí en casa todas las veces que quiso ir a vernos.

Y, luego, un día, entendí que había que huir de ella, poner kilómetros y kilómetros entre ella y yo. Cuando se enteró por boca de Mohamed de mi proyecto, acudió a verme y me mostró otro rostro. El rostro del mal. Me amenazó: Te perseguiré, Malika. Te maldigo. Mis ancestros y yo te maldecimos. Conozco a los mejores brujos de aquí. Prepararán para mí los más terribles hechizos, que caerán sobre ti. No irás muy lejos, Malika. Te encontraré. Y me vengaré. Aún no ha nacido la mujer que acabe conmigo. ¿Me oyes, Malika, maldita ingrata? ¿Me oyes, Malika, tú, a quien saqué de la miseria? No me robarás a mi hermano Mohamed así como así. Mi hermano me pertenecía mucho antes de que te perteneciera a ti. Mohamed era mi hombre antes de que fuera el tuyo. Conozco los secretos de Mohamed mucho mejor que tú. No me lo robarás.

El trabajo de Masuda no me molestaba. Sabía que se acostaba también con los hombres franceses, con los policías, con los soldados y los granjeros franceses de Beni Melal. Yo no decía nada. Dejaba que nos llevara comida, que os hiciera regalos a vosotros, a mis hijos, a ti, Jadiya, con el dinero de la prostitución. No intervenía. Respetaba el pacto. Pero su poder sobre Mohamed fue lo que acabó resultándome insoportable y lo que me empujó a desafiarla.

Mohamed no estaba casado solo conmigo. En el fondo, su verdadera mujer era Masuda. Era a ella a quien hacía caso. La defendía demasiado a menudo. Y Dios sabe lo que pasaba entre ellos cuando no estaba yo delante. La cabeza y el cuerpo de Mohamed estaban sometidos a Masuda, moldeados según los deseos de Masuda.

Creo que lo tenía hechizado. Seguro. Mohamed se echaba a temblar en su presencia. Bajaba la cabeza y casi besaba los pies de su hermana. Los sorprendí un montón de veces en una intimidad extraña, una intimidad de pareja: charlando, murmurándose cosas al oído, usando un lenguaje muy crudo, palabras sucias, palabras deshonestas, palabras obscenas. Me escandalizaban. No era yo la mujer de Mohamed, era ella.

Soporté aquello durante más de diez años. Masuda como primera mujer de su propio hermano. Y, luego, un día, pasé al ataque. Lo pensé mucho. Hice todo lo posible para convencerlo de que teníamos que marcharnos, huir, emigrar a la capital. El futuro, ahora, estaba en la capital. Y yo también hechicé a Mohamed. Y funcionó.

Nos marchamos. Recorrimos un largo camino. Toda la familia errante, y más pobres que las ratas. De aduar en aduar. De ciudad en ciudad. Otro día te contaré todo aquello, ese pasado, ese infierno. La migración interior. Cómo llegamos a Rabat, a la capital. Cómo conseguimos encontrar un puesto de shaush para tu padre en la Biblioteca General pegada a los muros del Palacio Real.

A Mohamed, a tu padre, lo salvé yo, del pueblo y de su hermana Masuda. Ahora toca salvarlo de esa Monique. Alejar a esa Monique de nuestra vida. Impedirle que destruya lo que tanto me ha costado construir durante todos estos años. Estamos a punto de llegar al final. A punto. No permitiré que nadie nos impida alcanzar la meta, no permitiré que nadie nos imponga otros caminos y nos divida. Y tú, mi hermosa hija Jadiya, vas a ayudarme. No serás criada en casa de Monique. ¿Me entiendes? Mientras yo siga viva, jamás. JAMÁS.

Los de arriba nos ven como pobres. No como seres humanos capaces de pensar, de ascender, de soñar a lo grande, con todas nuestras fuerzas. Quieren ayudarnos, dicen. Quieren ayudarnos rebajándonos, decidiendo por nosotros qué será de nuestra vida. Vamos a buscarles un lugar insignificante a estas gentes insignificantes. Y luego dirán que no teníamos ambición, que estamos demasiado sometidos a Alá. Al maktub. Al destino. Se burlan de nosotros, Jadiya, y de nuestras creencias, de nuestros mausoleos, de nuestros santos. Para ellos, es puro folclore. Nuestras vidas son puro folclore. Los he visto y oído, riéndose de nosotros, en los pasillos de la Biblioteca General. Nos miran como si fuéramos unos salvajes. A ti, Jadiya, tan bella y tan pura, también te ven así. No eres nada para ellos. Nada. Pero yo no les dejaré que te roben tu hermosura. Que encierren tu hermosura. Que se sirvan de tu hermosura como de un objeto de decoración, como de un adorno. No serás la esclava de Monique. ¿Entiendes? En el fondo no tengo nada en contra de la Monique esa. Se comporta como se comportan todos aquí, los ricos y los franceses, como si la colonización no se hubiera terminado. No le

guardo rencor a la Monique esa. Pero es ella la que ha empezado la guerra. ¿Qué quiere? ¿Que acepte sin rechistar que entre en mi casa en mi ausencia y que escoja entre mis hijas cuál va a ser su criadita? No. No. Soy vuestra madre. Yo os he parido, os he criado, os he alimentado. Yo os cuidaba cuando caíais enfermas. Y soy yo, no Monique, quien decide vuestro futuro. No me tengas miedo, mi pequeña Jadiya. Puede que sea mala, dura, terca como una mula, cabezota, como me llama a diario Mohamed. La vida me ha hecho así. La supervivencia no hace mejor a la gente. Y es demasiado tarde para volver atrás. No puedo ni quiero cambiar. Ni siquiera sé qué cara tiene Monique. Tengo la impresión de que he de librar una batalla contra un fantasma. Un espíritu poderoso. ¿Ves lo que quiero decir, Jadiya mía? Monique es solo el nombre de ese espíritu poderoso. En el fondo, Monique no es nuestra enemiga. Es justo el envoltorio de otra cosa. Hay que apartar ese peligro, quemar ese envoltorio. Esa es nuestra misión. Esto es lo que vas a hacer…

Acepto que vayas a trabajar al chalé de Monique, en el barrio de Les Orangers. Está muy cerca de la Biblioteca General. Pero únicamente dos semanas. Durante dos semanas tendrás acceso a la intimidad de Monique, al interior del interior de su vida, de su casa, de sus muebles, de su ropa. De su cocina y de su cuarto de baño. De su terraza y de su jardín. Estarás ahí día y noche. Observarás todo muy atentamente. Lo grabarás todo en tu mente y, al final de la primera semana, volverás y me contarás hasta el menor detalle de la vida de Monique, de su marido y de sus dos hijos. Quiero saberlo todo, todo, sobre ellos. Todo, todo, sobre ella. Quiero que la desnudes ante mí. Con sus defectos, sus manías, sus intrigas. Quiero, gracias a ti, entrar en su existencia sin su autorización. Como hizo ella, que, sin consultarme, sin mi bendición, entró en mi casa, comió en mi casa y, gracias a su bonita piel blanca, sedujo a toda mi familia. Harás eso, Jadiya. No te dejo elección. Y cuando vuelvas para pasar la segunda semana, te daré tres hechizos. El primero lo pondrás debajo de la cama de Monique, el segundo lo echarás entre su ropa y el tercero lo colocarás dentro de sus zapatos. A cada cual su método, sus armas. La brujería no es más que una primera etapa, una forma de protegernos del daño, aunque sea inconsciente, que pueden infligirnos los demás; una manera de dejar nuestra huella, aunque sea malintencionada, ahí donde viven confiadas esas gentes que quieren, supuestamente, nuestro bien, que desean amarnos y ayudarnos. La brujería es una ciencia, mi pequeña Jadiya. Nuestra ciencia para cambiar el mundo cruel e injusto. Nuestra ciencia para no dejar que los poderosos hagan con nosotros lo que les dé la gana. Nosotros resistimos gracias a nuestra brujería. Y si quieren reírse de nosotros, burlarse de nosotros, transformarnos en un folclore ridículo, decir que todo eso no existe,

deja que hablen. La brujería existe. Nuestra visión del mundo existe. Son ellos los que no se enteran de nada. Y no se te ocurra convencerlos de que ese arte va más allá de las fronteras del mundo, de la tierra y el cielo. De que está aquí, en las profundidades de la tierra, en el fondo de nuestros corazones. Aquí, visible e invisible. Te lo suplico, mi pequeña Jadiya, no los escuches cuando hablen delante de ti de nuestra brujería como si fuera algo que practican los analfabetos. Déjalos expresar su arrogancia y su autosuficiencia. Lo único que hacen es mostrar qué estrechas son sus miras, qué pequeño es su mundo. No los detengas. Y ríete de ellos para tus adentros, ríete con ganas. No saben. No ven. Eso es todo.

En el chalé de Monique, ejecutarás mi venganza en mi lugar. Y si, por casualidad, los hechizos no surtieran efecto y esa Monique no renunciara, entonces pasaré a la siguiente fase. Transformaré su vida en un infierno, introduciré confusión en su pareja y odio en su familia. Soy capaz de eso, Jadiya. En el mausoleo del santo Mulay Brahim aprendí muchas cosas. Conozco los secretos del mal. Y sé aplicarlos sin pestañear. Sé prescindir del corazón por completo.

Pero todavía no ha llegado ese momento. Empezaremos por la primera fase. Conquistar el chalé de Monique. Averiguar todo lo limpio y todo lo sucio.

Quizá te esté pidiendo demasiado, Jadiya. Perdóname. Soy tu madre. Debo defenderte hasta el final. No conozco otro método. Un día me lo agradecerás. No soy yo quien quiere venderte, es tu padre. No soy yo quien no ve la pureza de tu corazón, es Monique.

Tú eres una reina, Jadiya. Te lo digo y te lo repito. Te mereces un camino sembrado de oro y diamantes. No una cocina en casa de unos burgueses donde te pasarás la vida fregando platos. Tus manos, tus ojos y tu sexo merecen otro destino. Ven a mis brazos y dime que lo has entendido todo bien y que vas a llevarlo a cabo correctamente.

La noche en el jardín de la biblioteca está de nuestra parte. La noche es nuestro testigo. Nuestro apoyo. Y también la luna. Mira, mira, ahí está, llena y hermosa, para darnos su bendición.

Ven a mis brazos. Ven, Jadiya. No llores. Nadie merece tus lágrimas aún. Todavía no se nos han cerrado las puertas. Yo estoy aquí. Estamos vivos. Vivos. Nos queda una posibilidad de salir de la pobreza, de que deje de ser nuestro destino, nuestra fatalidad. Tienes quince años nada más, hija mía.

La primera semana, Monique tuvo un comportamiento impecable con Jadiya. No jugó a ser una señora caprichosa, una burguesa dando lecciones todo el tiempo a todo el mundo.

Le enseñó el chalé a Jadiya, cada habitación. Abrió delante de ella todos los armarios. Y en la cocina, le dijo: Te enseñaré a preparar

platos franceses y así podrás cocinarlos luego para tu familia si quieres. Dijo todo aquello no con palabras francesas, sino con palabras árabes, palabras marroquíes.

Acaba de llegar a Marruecos y ya se mezcla con nosotros y usa nuestra propia lengua. ¿Cómo ha tenido tiempo de aprenderla?

Jadiya me recordó que Monique nació aquí, en Casablanca. Que vivió aquí hasta los diez años. Su niñera, una mujer que se llamaba Batula, le hablaba en árabe marroquí. Y, al parecer, no lo había olvidado.

Es extraño, Jadiya dice que Monique parece sincera.

Su árabe no es perfecto, pero se esfuerza. Sonríe. Es sincera, madre, créeme.

Unas cuantas palabras en árabe marroquí y Monique ya ha conseguido seducir a Jadiya en la primera semana. Es mucho más peligrosa de lo que yo creía. ¿Cuál es su poder? ¿Ser francesa? ¿Una burguesa francesa?

Jadiya dice que de cerca es más que guapa, es bellísima. Incluso por la mañana, con la cara lavada, es bella.

Jadiya sueña en voz alta y dice: Me habría gustado tanto ser como ella…

Piensa en tu porvenir, Jadiya. Te recuerdo que acabé por aceptar que fueras al chalé por una razón bien precisa y no para que te enamoraras de ella. Despierta, Jadiya. No seas como tu padre. Demasiado ingenua, sin fuerzas, sin capacidad para juzgar a las personas y al mundo. Despierta. Esa Monique ya tiene todo lo que desea en la vida. Puede interpretar el personaje que le plazca. Amable y generosa contigo hoy. Altiva y desdeñosa una vez que hayas caído en su trampa. Vive en un chalé. Nosotros somos nueve personas viviendo en dos cuartos pequeños.

Jadiya me dice que Monique ya le ha hecho dos regalos.

Le respondo bruscamente:

En casa de Monique, ¿dónde comes? En la cocina, ¿no? No con ella, sentada a la misma mesa que ella y su familia. Comes sola en la cocina, como una perra a la que le echan los restos de los platos. Tú no eres una perra, Jadiya. Te prohíbo que hagas en mi casa los platos franceses que te ha enseñado ella en su chalé. ¿Entendido?

Jadiya es tan joven… Ahora lo veo claro. No tengo elección. Tengo que seguir tomando decisiones en su lugar. Tengo que seguir siendo brutal con ella.

Escúchame bien, Jadiya. Solo te queda una semana en casa de Monique. Una semana para ejecutar nuestro plan. He preparado los hechizos que repartirás por su casa, debajo de su cama, en sus muebles, entre su ropa. Y hasta tengo un hechizo para que lo eches en la comida. Soy tu madre. Y vas a obedecerme. Deja de soñar con el

jardín de su chalé. Dices que nunca has visto nada tan bonito. Pues bien, te digo que es porque solo tienes quince años, Jadiya. Aún no has visto nada en la vida. Tú también tendrás un chalé con un gran jardín en el barrio de Les Orangers. No hay nada imposible.

Jadiya, aquí tienes los hechizos. Harás lo que te he ordenado. No quiero oírte una palabra más. Se diría que ahora es ella la que manda, no yo.

Jadiya intentó defender a Monique una vez más.

Le di una bofetada.

No debería haberle dado esa bofetada. Es la señal clara de la brillante victoria de Monique y la prueba misma de mi derrota.

Jadiya no lloró.

Al día siguiente, por la mañana, la desperté muy temprano y le entregué los cuatro hechizos que debía poner en casa de Monique. Me di cuenta de que no había dormido en toda la noche, que había estado dándole vueltas a la situación y que había entendido que era yo quien tenía razón.

Le puse el desayuno a Jadiya. Té con menta. Pan. Aceite de oliva. La estreché entre mis brazos. Y la mandé a casa de Monique.

Desde la puerta de la Biblioteca General, la seguí con la mirada. Bajó la pequeña colina hacia el barrio de Les Orangers. No se volvió en ningún momento para hacerme un gesto con la mano. Para tranquilizarme. Para decirme que me quiere más que a Monique.

Entendí que no iba a salir bien. Que Jadiya era como su padre. Débil. Tierna. Demasiado tierna. No se puede contar con ella.

Al acabar la semana, Jadiya volverá y me dirá que no ha puesto los hechizos en el chalé. No sé qué inventará para justificar su traición.

Debo ir yo en persona. Cumplir con el ritual de otra manera. Encontrar otro medio para resistir a la invasión de Monique y su mundo.

Marruecos no obtuvo la independencia en 1956. Nos mienten. El rey, sus ministros y los ricos nos engañan. Se ríen de nosotros. Nos adormecen cada día un poco más y siguen con sus negocios. Repartiéndose las riquezas.

Francia sigue aquí.

El marido de Monique vino a Marruecos con una misión bien concreta: elegir a hombres jóvenes y sanos para mandarlos a Francia. Para construir Francia. Para reconstruir Francia.

No somos nada de nada. Ganado. Pueden escoger entre nosotros a quien les dé la gana, elegir nuestro destino en nuestro lugar. Decidir sobre nuestra vida y nuestra muerte.

Nosotros no somos seres humanos como ellos. Ellos saben. Nosotros somos ignorantes. Por supuesto. Los ignorantes merecen ser

esclavos. Han nacido para eso.

La explotación es la misma en Francia y en Marruecos.

Monique puede decir lo que quiera, puede ser todo lo amable, generosa y dulce que quiera, tener el corazón más puro del mundo: también es partícipe, a su manera, de esta explotación.

No tengo nada contra ti, Monique. Pero debo apartarte de mi camino.

Ya perdí a Allal, mi marido. No perderé a mi hija, Jadiya.

Ahora sé que has hechizado a mi hija, que está enamorada de ti. No solo se ha atrevido a desobedecerme, sino que encima se ha atrevido a contarme una historia sobre Monique para hacerme cambiar de opinión sobre ella.

Una historia bonita, me ha dicho. Escucha, mamá, antes de juzgar.

Mi padre, Mohamed, vino a verme el miércoles pasado por la tarde al chalé de Monique. Para ver qué tal iba mi trabajo en casa de Monique. Llamó a la puerta. Yo abrí la puerta del chalé. Y hablamos, fuera, durante unos diez minutos. Luego Monique se acercó a nosotros e insistió para que Mohamed pasara dentro. Y nos llevó al jardín. Nos invitó a sentarnos a la mesa. Y dijo: Son las cuatro. Es la hora de la merienda, ¿no? Café con leche a la marroquí, ¿os apetece? Con churros marroquíes, sfenj, ¿qué os parece? Dijimos que sí. Monique me pidió que fuera a comprar un kilo al sfenaj que está cerca del chalé. Pronunció perfectamente esas palabras marroquíes: sfenj y sfenaj. Me hizo sonreír. Cuando volví, Monique había preparado ya el café con leche. Con mucha leche y no demasiado café, como el que haces tú, mamá. Puse el kilo de sfenj en una bonita bandeja blanca. Y volvimos al jardín, donde nos esperaba Mohamed. Nos tomamos todo el café con leche y todos los churros. Monique comió tanto como nosotros. Sin remilgos. Comía los churros con la mano, directamente, mamá. Y el aceite de los churros se le escurría entre los dedos y hasta por la barbilla. Como nosotros, como Mohamed y yo. Eso nos hizo reír. Nos reímos mucho. Fue un bonito momento, mamá. Muy bonito. Éramos felices, sencillamente felices, allí, los tres. Monique era la más feliz, creo. Monique no es una mujer falsa. No es su estilo. ¿Ves? ¿Ves, mamá? Recibió muy bien a Mohamed. Pasó tiempo con nosotros. Y lo hacía de corazón. En ningún momento sentimos por su parte aires de superioridad ni esnobismo alguno. Mohamed estaba encantado. Vio con sus propios ojos cómo me trataba Monique en su propio chalé. Y eso lo tranquilizó mucho, creo. ¿Te ha contado esa visita suya a casa de Monique, mamá?

Antes de que se fuera, Monique le hizo un regalo a Mohamed. Le dijo: Eres de la misma estatura que Alain, mi marido. Tengo algo para ti. Un traje que él ya no se pone. Un traje de París. Acompañadme los

dos al piso de arriba.

La seguimos hasta su dormitorio. Abrió el armario y sacó un magnífico traje azul claro. Mohamed fue al cuarto de baño para probarse el traje de Alain. Cuando volvió, Monique exclamó: ¡Oh là là! Mohamed parecía otro, mamá. En serio. El color y el corte del traje lo habían transformado en un auténtico hombre de ciudad. En el señor Mohamed. Sidi Mohamed. No tenía en absoluto el aspecto de un campesino pobre, de un meskin de Beni Melal. Por supuesto, él estaba muy satisfecho. No paraba de sonreír. Se sentía honrado, creo. Y nosotras, Monique y yo, lo mirábamos encantadas. Sonreíamos y decíamos: ¡Oooohhh là là là, Mohamed! Y él contestaba: ¡Ooohhh là là là! ¡Oooohhhh là là là làààà! Estuvimos así por lo menos un cuarto de hora.

Monique también le dio una vieja camisa blanca de Alain.

Mi padre estaba muy elegante así. Gracioso. No paraba de hacer payasadas. No olvidaré nunca su aspecto. Su cara, mamá. La cara de un hombre importante y algo ridículo. Hasta se atrevió a acercarse a Monique, le cogió la mano y luego, como los franceses, se la besó muy ceremoniosamente. Monique le dejaba hacer. Jugaba el juego. Hizo más: cogió las manos de mi padre y lo invitó a bailar. ¿Te das cuenta, mamá? Bailaron, bailaron delante de mí, mamá. Mohamed y Monique. Monique y Mohamed. Bailaban. Y Mohamed estuvo a la altura. No me avergoncé de él.

Y mientras bailaban, Monique se puso a cantar. Una canción francesa muy bonita. Me dijo el título. Bambino. Y el nombre de la cantante. Dalida. Me explicó que Dalida era egipcia. Una egipcia de pura cepa que canta en francés, que tiene nombre árabe, Dalida, y que es famosa en Francia, con su nombre árabe y todo.

Monique decía: Bambino Bambino. Y nosotros, Mohamed y yo, repetíamos después: Bambino Bambino. Una vez. Y otra. Y otra más.

Ahora ya me sé una canción francesa. Bambino Bambino. Es fácil. Bambino Bambino. Dalida. Dalida. Bambino Bambino.

Monique es generosa. Deliciosa. ¿Ves, mamá? ¿Te das cuenta?

Mamá, ¿te ha enseñado Mohammed el traje azul claro?

Monique, no necesitamos tu limosna.

Voy a penetrar en tu noche, Monique, en tus sueños, para derrocarte. Voy a ir al barrio judío de la medina de Rabat, a ver al más poderoso de los hechiceros, Musa, y él me ayudará a hacerte daño. Y si para eso hace falta que venda mi único tesoro, mi pulsera de oro, lo haré. Estoy dispuesta a ser aún más pobre.

Muy pronto le encontraré a Jadiya un marido apropiado, influyente. Musa me ayudará también a atrapar a ese hombre, para que caiga en nuestras redes.

Entregarte a Jadiya, Monique, significaría aceptar mi destino sin hacer ni decir nada. Sería matar a Allal por segunda vez.

También quiero dinero. Quiero navegar por la cresta de la vida. Quiero, gracias a Jadiya, propiciar la suerte y transmitirla a mis otros hijos. Es mi derecho. Es mi finalidad. Es mi guerra.

Monique, puedes permanecer en Marruecos todo lo que quieras. No soy yo quien decide. Puedes partir, volver, marcharte de nuevo y volver una vez más. Me da igual. Pero lejos de mí. Lejos de nosotros. Lejos de mi hija. Es lo único que te pido.

Con mis dos manos, abriré el corazón de Jadiya y le arrancaré todas esas huellas que tú estás intentando dejar.

Monique, sé lo de tu padre. Jadiya me lo ha contado todo.

Tienes una tumba en Rabat.

Tu padre murió aquí cuando tú tenías nueve años. Y un año después toda la familia volvió a Francia. Tú no sabías qué pintabas allí. No entendías a la gente de allá. No eras como ellos, una francesa como ellos.

No soy francesa. Nací aquí, en Casablanca. Soy de aquí, yo también soy marroquí. Y hace más de veinte años que deseo una sola cosa: volver. Vivir en Marruecos.

Vivir a tu luz.

Vivir junto a mi padre, Georges, a quien no he visitado en muchos años. Me echa de menos. Mi padre se me aparece por la noche, mientras duermo, en sueños. Está ahí, de pie, en mis sueños. Me mira. Me hace reproches. ¡Está tan solo en su tumba!

Hice todo lo que pude para que mi marido, Alain, aceptara el trabajo que le proponían aquí: encontrar en Marruecos a obreros que fueran a trabajar a Francia. Al principio no quería. No entendía. En absoluto. Cuanto más le hablaba de mi padre, más veía en su mirada que me tomaba por una loca. Pierdes la cabeza, Monique. Recobra la razón, Monique. Tuve que amenazarlo para que cediera. Para mí era ahora o nunca. Contestar a la llamada de mi padre. No veo por qué sería eso una locura. Honrar a los muertos, alimentarlos, es lo más natural del mundo, ¿no? De no ser así, ¿de qué sirven los vivos? ¿Solo para vivir para sí mismos?

Abandoné a mi padre hace muchísimo tiempo. Me avergüenzo. Me avergüenzo.

Ahora estamos aquí. Estoy aquí. He vuelto. A Marruecos. A Rabat. Mi padre y su tumba están justo aquí al lado. En el cementerio cristiano, cerca del acantilado que da directamente al océano Atlántico.

Por fin puedo respirar. Reparar en mí un daño mayor de lo que pensaba. Pasearme por mis recuerdos de niña. Dar con ellos, revivirlos, actualizarlos. Hacer del pasado un presente. Y poco importa

lo que vaya a decirme, a objetarme. Estoy viviendo algo muy personal. Empujada por un deseo que me supera. Algo que entiendo muy bien, pero que, al mismo tiempo, no quiero banalizar demasiado.

Mi padre no puede quedarse aquí solo. Nos necesita. Sobre todo a mí.

Georges. Yo no lo llamaba «papá». Quería que lo llamara por su nombre. Algo que, al principio, le chocaba mucho a mamá, a Yvette. Y luego le hacía gracia. Nos llamaba «la pareja». Georges y Monique. ¿Cuándo va a ser la boda de Monique y Georges? Se burlaba de nosotros. Y eso me ponía furiosa. En aquel momento tenía cinco, seis años. Papá es mío.

Los domingos, cuando hacía buen tiempo, Georges me llevaba a veces de paseo a orillas del río Bu Regreg.

Caminamos por la orilla de Rabat. Georges dice: En la otra orilla del río, hay otro mundo, Monique. Se llama Salé. Es una ciudad antigua, más antigua que Rabat. Allí la gente está loca. Están locos y son buenos. ¿Quieres que vayamos a saludarlos, Monique? Sí, sí, Georges. Vayamos a ver a los locos.

Cogemos siempre la misma barquita para cruzar el río Bu Regreg. Georges dice: Esta barca se llama aquí fluka, como falúa. Dilo. Fluka. La fluka de Jellal. Un hombre que lleva un bonito bigote, como Georges.

Estamos en la fluka. Solo estamos nosotros, los bigotudos Georges y Jellal, y yo. Los miro. Son mis hombres. Soy feliz. Avanzamos sobre el agua. Georges habla con Jellal en árabe marroquí. Jellal es dulce, tímido. Contesta con pocas palabras. Y sonríe.

Jellal. Es increíble que aún hoy siga acordándome tan bien de Jellal y de sus sonrisitas. De sus ojos mirándome. De su cara haciéndome muecas de felicidad. Me hace reír. Georges no interviene. Nos deja vivir esos pequeños momentos insignificantes que ya lo son todo para mí.

Jellal, ¿dónde estás ahora?

Llegamos al otro lado, a la otra orilla. Al otro mundo. A Salé. Georges dice que ni siquiera el aire de Salé es el mismo que el de Rabat, y eso que ambas ciudades se hallan frente a frente, a ambos lados del río. Ya verás, Monique. La gente aquí no se comporta como la gente de Rabat. Son rivales. Ya verás. Hay algo especial. Tengo siete años. No entiendo. Pero me lo creo, Georges. Estamos en Salé. Nos adentramos en Salé. Caminamos por Salé.

Georges añade: Vamos a casa de árabes. No tengas miedo, Monique. Son solo árabes. Son muy amables. No sé por qué dice eso Georges. Sé que Jellal es muy pero que muy amable. Fiel y amable. Nos espera a orillas del río para llevarnos más tarde de vuelta a Rabat. No cogerá más pasajeros. Nos espera a nosotros. Solo a nosotros. Jellal

no puede ser malo. Es imposible. Jellal representa a todo Marruecos.

En Salé, paseamos un buen rato por las callejuelas, por el zoco, por las plazas públicas. Acabaremos perdiéndonos, Monique. Perdámonos por Salé, Georges. Los árabes, a veces, nos miran con insistencia. Algunos hombres nos paran y me tocan suavemente la cabeza, el pelo. Sonríen. Se alejan. Georges siempre les ha dejado hacer esas cosas. Tocarme. Acariciarme. Para conocerme mejor. Si me concentro, creo que podría recordar todas las caras de esos hombres de Salé que me tocaban la cabeza. Podría hacerlo. Voy a hacerlo.

Nos limitamos a caminar por Salé. Caminamos. Caminamos. Y, en un momento dado, vamos a un café árabe, en medio de una plaza donde la gente vende objetos usados. Nos sentamos ahí, entre ellos, entre los árabes. Los miramos, algo que no les molesta, creo. Su vida es como un espectáculo, un juego, teatro. Nuestra presencia no les molesta, estoy segura. Siguen con su vida sin prestarnos atención.

No me costaría encontrar ese café árabe en Salé.

Georges sigue ahí. Está esperándome. Jellal está con él. Siguen igual que antes. Bigotudos como antes. Toman té con menta, uno al lado del otro. Están muy cerca el uno del otro. Se cuentan cosas en árabe marroquí. Incluso se tocan. Georges pone la mano encima de la mano de Jellal. Jellal no retira la mano. Se miran. Se sonríen. Se quieren. Pasa algo entre ellos que yo no entendía a mis siete años. Y que ahora veo perfectamente, con toda claridad. Que ahora entiendo perfectamente, con toda claridad. El vínculo sentimental y sexual entre mi padre y Marruecos, entre Georges y Jellal. Entre los hombres.

Estamos en el camino de vuelta. Me siento cansada. Georges me coge en brazos. Avanzamos. Avanzamos. El sol va a ponerse.

Georges y yo tenemos mucha mucha mucha prisa por volver a ver a Jellal. ¿Estará ahí, Jellal? ¿Estará esperándonos, tal como ha prometido?

Avanzamos. Avanzamos. Nos acercamos al río Bu Regreg. Vemos Rabat al otro lado. Georges y yo solo pensamos en una cosa: Jellal.

Los dos estamos enamorados de Jellal.

Jellal. Jellal. Jellal.

He vuelto a Marruecos.

Nunca volveré a marcharme de aquí.

A Jadiya le emocionó tu historia, Monique. Lloraba al contarme lo que le habías confesado. Y yo estaba conmocionada, devastada.

Veo cómo se levanta ante mí un nuevo muro: el pasado marroquí de Monique. La legitimidad marroquí de Monique. No puedo robarle eso, no puedo luchar contra eso y no quiero complicarme la cabeza con cosas que no me incumben. No es mi historia. No es mi pasado.

Por muy sincera que sea, por muy conmovida que esté, Monique

solo busca una cosa: ocupar todo el espacio. Monique, Monique, Monique. En todas partes. A todas horas. Ella es la estrella, la niñita que echa tanto de menos a su padre. Ella es la más importante. Y nosotros, nosotros, evidentemente, no somos más que meros comparsas, confidentes, sirvientes listos para escucharla, ayudarla, consolarla, entenderla, para estar permanentemente ahí, a su disposición.

Seguramente ni siquiera se da cuenta de hasta qué punto nos excluye y nos rebaja con su comportamiento. De lo grande que es el poder que ejerce sobre nosotros. Aparece y todo el mundo se queda boquiabierto ante su belleza, su refinamiento y su piel, tan blanca. Empieza a hablar y la gente se olvida hasta de sí misma. Instantáneamente, la vida gira en torno a Monique. El pasado de Monique. El sufrimiento de Monique. La fragilidad sublime de Monique. Monique, la protagonista de una película, de una obra de teatro. O de cualquier otra cosa.

Monique es una mujer peligrosa.

Nos hipnotiza y caminamos todos tras ella. Incluida yo, Malika.

En el chalé de Monique, Jadiya tiene la impresión de haber llegado al corazón mismo de la romántica vida de los ricos. Para ella, Monique es una suerte. Alguien a quien seguir, a quien imitar en todo. Yo no soy más que una campesina que solo va al hammam una vez por semana. Nada más. No me perfumo. No me maquillo. Llevo caftán, chilaba, en vez de faldas y blusas.

Jadiya ha olvidado todo lo que le he enseñado. Ha olvidado mis palabras. Lo que nos prometimos aquella noche en el jardín de la Biblioteca General.

Ni siquiera ha intentado poner los hechizos en el chalé de Monique.

En lugar de eso, me habla del padre de Monique como si fuera su propio padre.

En muy poco tiempo, mi hija ha dejado de ser mi hija.

Monique se la llevó al cementerio cristiano de Rabat. Buscaron la tumba del padre. Tardaron mucho en dar con ella. Al encontrarla por fin, Monique se tumbó encima inmediatamente.

No tuvo miedo. Se abrazó a la tumba. Cerró los ojos. Era extraño, mamá. Muy extraño. Y, al mismo tiempo, era muy hermoso. El encuentro de Monique con su padre. Me eché a llorar, mamá.

Monique pidió a mi hija que fuera a buscar al guardián del cementerio. Y entre los tres quitaron las malas hierbas alrededor de la tumba. Monique también. Con sus propias manos. Como nosotros, mamá. Y al final le dio mucho dinero al guardián. Cinco dírhams. Es mucho, mamá.

Es amable, Monique. Es muy amable. De verdad, mamá. Nunca

podré hacerle daño, poner hechizos en su chalé. Lo siento. Solo veo su parte buena. Lo siento. No seas mala con ella. Debes darle una oportunidad. No es como tú dices. En absoluto, te lo juro, mamá. No me trata como a una criada. Dale una oportunidad.

Estás celosa de Monique, mamá.

Si fuera simplemente una historia de celos. Jadiya no me conoce, no sabe quién es su madre. No sabe nada de mi pasado, de mi historia, de mi sufrimiento, de mi pobreza, de mis parientes en el pueblo, que me pusieron de patitas en la calle después de lo de Allal. Nada. Y de Monique, en quince días, lo ha averiguado todo. Hasta ha desbrozado la tumba de su padre. La ha consolado. Y conmigo, su propia madre, no hace nada de eso, no siente ninguna curiosidad por mi pasado. No muestra ninguna empatía. Ninguna comprensión.

Puede que esté celosa de Monique. Seguramente estoy celosa de Monique.

Y, sin embargo, nunca he visto a Monique. No conozco a Monique. Me pregunto si existe de verdad, Monique. ¿Piensa en mí como pienso yo en ella? No. Por supuesto que no.

No me queda otro remedio que pasar a la siguiente fase. Ejecutar la venganza por mi cuenta.

Quedé con ella en Chella, a las afueras de Rabat, más allá de las grandes murallas que rodean la ciudad.

El camino hacia las ruinas de Chella estaba desierto. El sol pegaba muy fuerte. Eran las dos de la tarde. Casi todo el mundo dormía la siesta.

Tenía más de una hora de tiempo para llegar al lugar de la cita.

Me puse la chilaba verde. Me cubrí una parte del rostro con mi velo negro.

Salí de la Biblioteca General. Y me puse a caminar.

Crucé Bab Rouah. La puerta de las ánimas. A la izquierda, se baja hasta el centro de la ciudad. No, ese no es mi camino. Tengo que ir todo recto y luego girar a la derecha pasando por delante del instituto Moulay Youssef. Sí, y ahí seguir todo recto, todo recto. Al final de ese camino están las ruinas de Chella.

No dije nada a Mohamed ni a mis otros hijos. Solo lo sabe Jadiya. Dile a Monique que la esperaré junto al estanque de las anguilas sagradas de Chella. Dile que, si por casualidad llegara ella antes que yo, no debe ir al estanque sin mí. Que seré yo quien la lleve. Insístele en eso. Le dices también que llevaré una chilaba verde. Y que no se preocupe: aunque nunca la haya visto, sabré reconocerla.

Conozco a Monique sin conocerla.

Hasta sé cómo huele, de tanto oír hablar de ella y de su cuerpo.

En el camino hacia Chella, la veo sin verla, la sigo y la precedo.

Soy su sombra. No desconfía de mí. Hace mal.

El estanque de las anguilas sagradas de Chella. Estaré sentada en la escalera, protegida por el frescor de las plantas verdes que lo rodean y que refuerzan su magia, su baraka. Llegaré la primera y tendré tiempo de sobra para idear mi plan: deshacerme definitivamente de Monique. Ayudada, apoyada por los espíritus de Chella, por los sepulcros y los panteones de Chella, por los antepasados que, mucho antes de la llegada de los franceses a Marruecos, escondieron en Chella unos tesoros fabulosos que están pidiendo que alguien vaya a descubrirlos. Esta noche he convocado, he llamado a nuestros ancestros, y estarán de mi parte, forzosamente, frente a Monique.

Salomón y su anillo están en Chella. Me lo contaron en cuanto llegamos a Rabat. Y la anguila de oro de Chella existe de verdad. Puede que, si tengo suerte, salga de su agujero en el fondo de la fuente y me hable.

Chella es mi territorio. Son nuestros espíritus. Son nuestros combatientes de ayer, de siglos pasados. Son nuestras huellas, y yo estoy siguiéndolas. Por ese camino que bordea las murallas de Rabat. Monique no sabe nada de todo esto. Imagino que para ella Chella no es más que un lugar del pasado, ruinas del pasado, algo romántico. Es bonito, es hermoso, es magnífico, dirá ella.

He dejado Bab Rouah a mis espaldas. Camino todo recto. Más adelante giraré a la derecha, al llegar al instituto Moulay Youssef. Paso junto a una puerta monumental. Hay policías, soldados y guardias. Todos negros. Me paro. No entiendo. ¿Qué puerta es esta? Miro lo que hay del otro lado. Un camino muy largo y muy limpio al cabo del cual se encuentra otra puerta monumental. En medio del camino, una explanada y, a su derecha, una puerta grandiosa, verde y dorada. Estoy lejos, pero la veo con toda claridad.

¿Es el Palacio Real?

Sí. Por supuesto. El Palacio Real. Y todo lo que lo rodea es el barrio de Touarga. Donde viven los esclavos y los sirvientes negros del rey.

Es la entrada oficial del palacio de Hassan II.

En mi casa, en el jardín de la Biblioteca General, solo un muro nos separa del palacio. Un muro muy alto. A menudo mis hijos ponen la oreja en el muro para escuchar lo que sucede al otro lado. Espían al rey y eso los excita. Durante las vacaciones, como no tienen nada que hacer, se quedan horas y horas pegados a la pared, soñando, imaginando, desvariando. Y a veces dicen: Es el rey, es él, he reconocido su voz, grita, está enfadado, va a matar a alguien. Y se parten de risa.

Permanezco inmóvil. Tengo que tomar una decisión. ¿Pasar por la puerta de Touarga y observar por fin de cerca el Palacio Real? ¿Dejarán que una mujer como yo se adentre por ese camino

inmaculado para acercarse un poco más al corazón del poder de este país?

No espero a que me contesten. Avanzo. Franqueo la puerta de Touarga.

Los guardias y los soldados, cansados, aplanados por el sol infernal, no se fijan en mí. Para ellos, ni siquiera existo. Mejor así.

Al otro lado, en Touarga, donde se toman todas las decisiones que conciernen al país, donde vive el monarca, reina un silencio grande, inmenso, impresionante. El silencio que viene después de una bomba. El silencio que se cierne sobre nosotros tras enterarnos de la muerte violenta de alguien.

Camino por Touarga. No hay nadie. Nadie en absoluto. Me imagino que están escondidos en ese gran palacio, pero, bueno, por lo menos podrían hacer algún ruido, dar señales de vida. No entiendo. Camino junto al Palacio Real y nadie me detiene, nadie repara en mi presencia. Aquí no hay vida. ¿Dónde está la vida aquí? ¿Es verdaderamente un palacio o se trata tan solo de un decorado, de una fachada?

Estoy únicamente yo, sola, como en otro planeta.

Una pueblerina con una chilaba verde que se ve de lejos.

Es muy extraño.

No tengo miedo. Ningún miedo. Miro hacia la derecha, hacia la izquierda; miro la carretera, el cemento, las aceras, los árboles; miro, incluso, al cielo. Y todo me parece vacío. Todo está ahí sin estar ahí. Solo estoy yo, Malika, a punto de vengarme. Únicamente existo yo como prueba de que la vida es aún posible en esta tierra.

Solo estoy yo en este camino.

¿Está aquí el rey Hassan II? ¿Dónde? ¿Y sus ministros?

Pero ¿cómo hacen para gobernarnos a los marroquíes desde semejante lugar, un lugar sin vida alguna?

¡Y yo que, en el jardín de la Biblioteca General, creía que abundaban los hombres importantes detrás del muro y que Jadiya, tan hermosa y regia, no sabría qué hacer con tantos pretendientes!

¿Dónde están los hombres importantes? ¿Dónde se encuentra su poder? ¿Y su dinero? ¿Y cómo voy a hacer aquí para verlos, para cruzarme con ellos, para entrar en contacto con ellos?

Ahora estoy en la mitad del camino de Touarga.

Me paro. Miro la puerta oficial del Palacio Real, increíblemente grande. Verde, dorada, y también azul, vista de cerca. Tampoco hay nadie ahí. No hay guardias. No hay militares. No hay oficiales. Pero ¿qué sucede? ¿Dónde están todos? ¿En el hammam? ¿Qué andan haciendo? ¿Estarán organizando un golpe de Estado del que aún no sé nada? ¿Sigue siendo rey de Marruecos Hassan II? ¿Es esto el fin?

¿Y ahí, detrás de esta puerta monumental, está Mehdi Ben Barka,

prisionero, torturado y todavía vivo?

De golpe, me pongo a pensar en Mehdi Ben Barka. Y en lo que mi primer marido, Allal, me contó sobre él.

Se dice sobre todo que lo secuestraron en Francia y que nunca se encontró su cuerpo. Ni vivo ni muerto.

Mehdi Ben Barka no está muerto.

Quizá Mehdi Ben Barka esté ahí, en Touarga, justo detrás de la puerta monumental de este palacio. Con ellos. En el mismo silencio y en la misma ausencia que ellos. Quizá. ¿Qué mejor lugar para mantener encarcelado a ese hombre magnífico y revolucionario que este, el Palacio Real, con el monarca? Nadie se atrevería a venir a buscarlo. Nadie se atrevería a pensar que lo esconden aquí, en el palacio.

Mehdi Ben Barka está aquí. Ahora estoy segura. Aquí, con Hassan II. Aquí, para que Hassan II pueda verlo cuando quiera, cada día, cada noche. Para que pueda verlo, torturarlo como quiera, cuando quiera. Para que pueda recordarle que los reyes ganan siempre, por supuesto, y que los sueños de los pobres no se realizan jamás. Mehdi Ben Barka intentó jugar el papel de salvador. ¡Bravo! ¡Bravo! Eso funcionó durante un tiempo. Para un hijo de familia casi pobre, la verdad es que no está tan mal. Convertirse en un auténtico líder, un héroe de verdad a los ojos de todo un pueblo. Pero tampoco hay que exagerar. No se desafía al rey impunemente. Nadie puede hacer sombra al rey. Nadie. Ni en Marruecos ni fuera de Marruecos.

¿Debería ir hasta la puerta del Palacio Real y pedirles que lo liberen?

Es un buen hombre, saben ustedes. Es un hombre que pensaba en nosotros, en mí. Es un libertador.

Mehdi Ben Barka no está muerto. No puede estar muerto. Es simple y llanamente imposible. Mi corazón me dice que está ahí, en este palacio. Déjenme entrar. Solo quiero verlo. Saludarlo. Tocarlo. Compartir con él su baraka y su luz, solo un poco. Y sobre todo hablarle de Allal.

No maten a Mehdi Ben Barka, por favor.

Déjenme entrar.

Solo quiero decirle shukran. Gracias de todo corazón.

Ben Barka es de Rabat. Yo estoy en Rabat. No lucho de la misma manera que Ben Barka, desde luego. No tengo su integridad. Sus ambiciones. Ni sus visiones. Su generosidad. No poseo su inteligencia. Pero estoy aquí, en su ciudad, a orillas del río Bu Regreg. Camino por donde él caminó. Vivo y respiro en el lugar donde nació, donde aprendió a encontrar un sentido a la vida, a su vida, a la vida de los marroquíes y de todos los que, en este mundo, se asemejan a los marroquíes.

Estoy segura de que Mehdi Ben Barka sigue con vida. Que está en este palacio. No estoy soñando. No desvarío. Alguien tiene que liberar a Mehdi Ben Barka. ¿Podría ayudarme alguien? ¿Quién? ¿Quién?

Ve sola, Malika. Eres solo una pobre mujer de este país. Todo en ti rezuma pobreza. No se atreverán a hacerte daño. Como mucho, te darán con la puerta en las narices. Ve. Mehdi Ben Barka está ahí, preso, tienes razón. Mehdi Ben Barka no está muerto.

No he llamado a la puerta monumental. Me ha entrado miedo. Podrían secuestrarme a mí también y encerrarme para siempre a la sombra. Podrían cortarme la lengua y, luego, la cabeza. Podrían arrancarme el corazón. Pueden hacer lo que quieran.

Tengo mucho miedo ahora.

El vacío absoluto de ese barrio real me da mucho miedo en este momento. Contemplo la puerta monumental. Hablo.

Adiós, Mehdi Ben Barka. Rezaré cada noche por ti. Un día volverás con nosotros. Y así como Allal encontró las palabras adecuadas para hablarme de ti justo antes de partir para Indochina, hablaré de ti a mis hijos con cariño.

En el cielo oscuro, Mehdi Ben Barka siempre será una estrella que brilla entre nosotros.

Nada muere. Todo acaba por renacer.

De pronto, la puerta monumental se abre de par en par.

Sale un hombre bajito y con chilaba blanca. ¿Es Hassan II?

Avanza hacia mí. No estoy soñando. Me mira. Me sonríe. Sigue avanzando. Se detiene ante mí. Dice: Buenos días, Malika. Soy Mehdi Ben Barka.

No estoy soñando. La puerta sigue abierta detrás de él. Y ese hombre está frente a mí de verdad.

No sé cómo es Mehdi Ben Barka.

El hombre deja de sonreír. Me mira a los ojos y me dice: Soy Mehdi Ben Barka. Ven conmigo, vamos a sentarnos ahí, en la hierba. Se aleja. Veo cómo se sienta en la hierba. Pienso que se va a ensuciar la chilaba blanca. Me hace una señal para que me acerque.

Estoy a su lado. Parece un fkih marroquí poderoso, capaz de todo, de lo mejor y de lo peor. Un fkih que conoce a fondo este país. Un hombre que guarda todos los secretos y todas las claves de Marruecos. Nadie puede con él.

Me sonríe de nuevo. Me fijo en sus cejas, muy pobladas. Ahora parece un niño. Enternecedor. Le sonrío yo también. Le creo. Es Mehdi Ben Barka. Sí, eres tú. Te creo. Estamos en Touarga. A la vez en el corazón de este mundo y alejados de él.

Dejo de hacerme preguntas inútiles. Pienso en Allal. Pienso en el combate que me espera con Monique.

Mehdi Ben Barka va a hablar. Me preparo para recibir sus palabras

como si fuera el Profeta.

Me toma la mano izquierda entre sus dos manos. ¿Qué va a hacer? ¿Leerme la línea de la vida? ¿Revelarme el porvenir?

Retiro la mano. No quiero saber el futuro.

Ben Barka lo comprende. No insiste. No dice nada. Nos miramos fijamente.

¿Eso es todo? ¿Mehdi Ben Barka no tiene nada que decirme?

Bajo la vista. La levanto. Sigue ahí. No ha desaparecido. Ya no sonríe. Tiene los ojos cerrados.

Brotan lágrimas de los ojos de Mehdi Ben Barka. Unas lágrimas cálidas e ininterrumpidas. Corren. Corren. Dos largos ríos sobre sus mejillas. Corren. Corren.

No es preciso hacer nada. Él ha salido del palacio para esto. Para llorar delante de alguien. Para llorar delante de mí. Y eso es todo.

La situación se alarga varios minutos.

Soy testigo de esa verdad que aflora, que estalla y que no necesita palabras.

Solo lágrimas.

Las lágrimas de Mehdi Ben Barka.

Levanta los ojos. Me mira. Sé lo que debo hacer.

Con las dos manos, enjugo las lágrimas de Mehdi. Lentamente. Suavemente. Una mamá con su hijo.

Y luego me seco las manos en la chilaba verde.

Ya está. Acaba de suceder algo. Una transmisión. La transmisión del espíritu y de la baraka de Mehdi Ben Barka. De sus combates. De sus fracasos. De su tristeza, que continúa más allá de la muerte. Lo detuvieron y lo asesinaron cuando el sueño apenas si acababa de empezar a realizarse. Lo hicieron desaparecer.

Todo eso está ahora en mí. El rastro de las lágrimas de Mehdi Ben Barka en mi chilaba. No estoy soñando.

Estoy tan agradecida. Tomo la mano de Ben Barka entre las mías. Me inclino para besarla. Él me lo impide. Con amabilidad.

Lo miro. Me sonríe.

Y luego me caigo. Me desvanezco. Salgo de esa escena. Cuando me despierto, estoy sola, tumbada en la hierba. Mehdi Ben Barka ya no está ahí. La puerta monumental de Palacio Real vuelve a estar cerrada, como antes.

Me levanto.

Y retomo inmediatamente mi camino hacia las ruinas de Chella.

Me siento fuerte. Bendecida.

Al final del camino de Touarga, franquearé la segunda puerta, y entonces surgirá ante mí Chella, iluminada por el sol estival. Chella, sola a orillas del río Bu Regreg. Chella, monumento olvidado al que debo llegar la primera. Antes que Monique. Chella: mi última

oportunidad de alejar a Monique de mi vida.

La piel de Monique es tan blanca. Mis hijos tenían razón.

La reconocí al instante.

Monique ya estaba allí, junto al estanque de las anguilas sagradas. La primera. Irreal, de puro bella. Sobrecogedora, de puro refinada, de puro rica. Poderosa sin tener que hacer ostentación de ello, simplemente estar ahí. Aparecer.

En lugar de enfadarme con ella, me sentí, a pesar mío, muy atraída por la piel de Monique. Algo en mí me pedía a gritos que cediera inmediatamente ante esa mujer. Me entraron ganas de acercarme a ella, a su piel, y tocarla, lamerla. No tiene piel, esa mujer, es leche.

Blanca. Hacía dos meses que en mi casa se repetía sin parar esa palabra. Mis hijas, mi hijo y hasta mi marido hablaban constantemente de Monique, soñaban con ella. La apreciaban sinceramente. Querían estar todos cerca de ella, participar del resplandor de su belleza.

Yo me burlaba de ellos. Y ahora que tengo delante a Monique, los entiendo. Creo que también yo estoy cayendo en las redes de Monique. Estoy salivando y al mismo tiempo me noto la garganta seca. Aún no la he saludado y ya me ha vencido. Pero ¿qué me sucede?

De acuerdo, es bella, muy bella. De acuerdo, nunca había visto una piel tan perfecta, tan cautivadora. De acuerdo, es angelical y afable. Pero yo sé lo que esconde tras esa máscara y tras esa piel.

La belleza necesita de aquellos y aquellas que sepan evaluarla bien y gozar adecuadamente de ella.

La belleza de Monique no es para nosotros.

Esta mujer es una bruja. Una auténtica bruja. Me repito estas palabras para impedir que penetre en mi corazón y lo modifique. Miro fijamente a los ojos de Monique mientras repito en voz alta una pequeña sura del Corán que protege de la maldad y del mal de ojo.

Monique me escucha atenta.

En cuanto termino de recitar la sura, da un paso hacia mí. Se detiene. Veo sus ojos de muy cerca. Son azules. Increíblemente azules. Yo no soy absolutamente nada frente a esos ojos. Unos ojos así no pueden existir. Es imposible. Quizá sean los ojos del diablo. Aparta la vista, apártala, Malika.

Sigo frente a Monique. Me tiemblan las piernas.

Monique sonríe. Una sonrisita de niñita bien educada. Sus labios son muy rojos. Sus dientes brillan. Me entran ganas de tocar esos dientes suyos, me dan ganas de ofrecerles mi lengua.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué me sucede? ¿Por qué surgen estas ideas y estas tentaciones en mi cabeza, en mi corazón? ¡Dios mío!

Recito otra sura del Corán, la que aleja al diablo.

No sirve de nada.

Monique da dos pasos más hacia mí. Está cerca, muy cerca de mí. Siento su perfume y su olor. Vetiver en una piel blanca, en el cuerpo de una mujer que posee la belleza absoluta y que sigue aproximándose a mí.

La leche. El vetiver. Esa piel. Es demasiado para mí. No lograré resistirme a ella. ¿Qué quiere esta mujer? ¿Qué quiere de mí?

Solo soy una campesina de Beni Melal que busca un medio de asegurar un buen porvenir a sus hijos. Un medio para que no sigamos siendo pobres, miserables, en esta vida y en la otra. No supongo ninguna amenaza para Monique. Y, sin embargo, el destino me ha elegido a mí para enfrentarme a ella, soy yo la víctima que ha de sacrificarse a la belleza de esta mujer.

Pero no quiero morir. No quiero acabar esclava. No quiero que mis hijos sean insignificantes, que atraviesen la vida con la cabeza gacha y los bolsillos vacíos, sin estrategia, sin visión. No quiero que nos miren con piedad y compasión. No soy buena. Lo sé. Mi familia me lo repite sin cesar. Puedo ser muy muy malvada.

En Chella, ante Monique, todo eso no sirve para nada. Está aquí. Es la reina, no yo, ni mi hija Jadiya.

Jadiya es hermosa, muy hermosa. Y, sin embargo, al lado de Monique, es solo una pequeña estrella sin ningún resplandor. No me queda más remedio que aceptarlo en el fondo de mi corazón.

Por fin entiendo a Jadiya.

Debo proteger a Jadiya. Ahora más que nunca.

Monique tiende la mano para saludarme.

No estrecho su mano. No sé de dónde saco la fuerza para reaccionar así. Con ese rechazo. La mano de Monique está ahí, suspendida, cerca de mi cuerpo, cerca de mi vientre. ¡Puede seguir esperando!

Es lo que hace. Monique espera tranquilamente a que yo cambie de opinión. Luego, sin pedirme permiso, acerca la mano a mi cara. Toca mi velo negro y, muy suavemente, lo retira.

Me siento escandalizada. ¡Cómo se atreve! Pero la dejo hacer, estoy paralizada.

Monique me mira a la cara. Estoy desnuda. Soy como un animal exótico. Una mujer pobre a la que solo puede verse como una mujer pobre. Una mujer a la que alguien como Monique puede tocar sin pedir permiso.

Sigue mirándome a la cara. Sonríe. Una sonrisa amable, franca. Parece sincera. Sabe hacerse la sincera. Sigue sonriendo.

Yo no respondo.

Fascinada a mi pesar, contemplo el rostro de Monique. Los rasgos

de Monique.

No va maquillada. En la nariz y en la parte superior de los pómulos, asoman algunas pecas, no muchas. Me pongo a contarlas.

Veinte. Hay veinte.

Pero ¿qué me sucede con esta mujer francesa? Pierdo la cabeza, el control.

Monique sigue sonriendo. Sigue avanzando hacia mí. Me molesta. Me perturba. Estoy realmente perdida. No puedo concentrarme. Monique puede hacer lo que quiera conmigo.

De repente, me fijo en el color de su pelo. Anaranjado. Como la jena. Hay fuego en sus cabellos. Un auténtico incendio.

No sé lo que me pasa. Ya no tengo miedo. Yo también tiendo la mano hacia Monique. Toco el incendio. Su pelo es de verdad. Lo lleva peinado hacia atrás. Monique se lo suelta. Lo ha entendido. Es para mí. Una invitación. Le gusta lo que estoy haciendo.

Paso los dedos por el cabello de Monique. Durante un buen rato. Lentamente. Me dejo llevar. Es tan suave.

Monique ha dejado de sonreír. Cierra los ojos. Se diría que siente placer.

Retiro los dedos. Me alejo. Voy derecha hacia el estanque de las anguilas sagradas.

Monique se queda sola. Sigue con los ojos cerrados.

El calor de la tarde es insoportable.

Un viento fresco llega de golpe hasta nosotras. Va y viene entre Monique y yo. Levanta el bonito vestido beige de Monique. Lo sacude. Revuelve sus cabellos.

Los cabellos de Monique se mueven en todas direcciones. Es muy bonito de ver.

Parece darle mucho gusto. No abre los ojos. Esa mujer no es una visión. Es un sueño. Está más allá de la belleza. No es real. No puedo luchar contra ella. Imposible.

El viento deja a Monique y viene hacia mí. Es invisible y, sin embargo, veo cómo se encamina hacia mí. Cómo se desliza por debajo de mi chilaba verde y me penetra por todas partes. El mismo viento que rodeaba a Monique está ahora en mí. Es suave, es bueno. No ofrezco resistencia. Vuelvo a cubrirme la cara con el velo transparente. Y me dejo invadir por el viento. Consiento. Me penetra por todas partes. Me penetra. Y, como Monique, cierro los ojos.

Es un mundo verde donde todo es verde.

¿El paraíso?

Abro los ojos.

Monique está sentada en un peldaño de la escalera que da al estanque de las anguilas sagradas. Llora como una niñita abandonada.

Me acerco a ella. Me siento a su lado. Dejo que llore todo lo que

quiera. Lo que pueda. No caeré en esa trampa.

Monique se enjuga las lágrimas, se peina torpemente, mira hacia el estanque. Transcurre bastante tiempo.

Ha llegado el momento de decirle lo que he venido a decirle. Vamos, Malika. Monique ha perdido su fuerza. Habla. Habla.

Me da un poco de pena. Verla así, como a una niñita llorando por su padre muerto y enterrado en Rabat, hace que mi corazón se enternezca por ella.

Monique tiene una tumba en Marruecos. Ha vuelto a Marruecos por esa tumba. Una tumba en el barrio L'Océan, en Rabat. La tumba de su padre tiene vistas al mar.

Jadiya no ha dejado de usar ese argumento para defender a Monique y justificar su deseo de quedarse con ella, en el chalé de Les Orangers, e incluso de marcharse con ella a Francia: Monique está herida por la vida, mamá. No puede ser malvada. No es una mujer malvada. No es como las demás.

Sentada al lado de Monique, junto al estanque de las anguilas sagradas, estoy a punto de darle la razón a Jadiya. Noto la sinceridad de esa mujer. A pesar de mí, se adentra en mi corazón. E incluso siento cómo me afectan sus sentimientos. Por esa niña que llora, llora, llora, y que, de repente, es solo eso. Una niñita. Para siempre. Ya no es esa francesa tan guapa y tan blanca que seduce a todo el mundo.

Monique necesita a alguien que la ayude a llevar a cabo un ritual en Marruecos. Que alguien le enseñe lo que no hizo cuando murió su padre, y que la acompañe en la reparación de ese olvido.

Esta tierra también le guarda rencor a Monique. Se fue de Marruecos sin hacer bien las cosas. Ahora que es una adulta, debe corregir los errores.

Ahora lo entiendo. Lo entiendo. Debo ayudar a Monique. Enseñarle lo que no sabe, revelarle exactamente lo que ha de hacer. Por su padre. Por ella. Y por esta tierra.

Ya no corren las lágrimas por las mejillas de Monique, pero sigue llorando. Me doy cuenta.

Ha perdido el norte y cree que volver a Marruecos la ayudará a encontrarle de nuevo el gusto a la vida, y un sentido.

Jadiya dice que Monique nunca se acostumbró a Francia. No comprende Francia, mamá. Su país es Marruecos.

¿Su tierra es Marruecos?

Ha nacido aquí, ya lo sé. Lo sé. Pero alguien debe hablarle claramente, con toda franqueza. Monique, tú has vuelto aquí por tu padre y por ti misma. ¿Y nosotros? ¿Qué lugar ocupamos nosotros en ti? ¿Quiénes somos nosotros para ti? ¿Existimos en algún rincón, dentro de ti?

Alguien debe explicar a Monique lo que debe hacer. Hay cosas que

ya no puede hacer aquí. A pesar de la autorización del poder y del rey de Marruecos, hay cosas que ya no puede emprender aquí como antes. Ya no es posible. La nostalgia por Marruecos no puede justificarlo todo. Tenemos que mirar también lo que hacemos. Elegir como si nada a una chica, por ejemplo, y transformarla en una criada dócil, sumisa y excelente cocinera, no se puede. No. Sé que encontrará aquí a otra Jadiya sin problema. Lo sé muy bien. Contra eso no puedo hacer nada. Pero mi hija Jadiya, tan guapa, mi hijita, eso no. ¿Me oyes, Monique?

Jadiya, la. No.

Me ha oído perfectamente. Ya no llora.

Debo ayudar a Monique.

Hasta en la sombra, junto al estanque de las anguilas sagradas, hace ahora demasiado calor. Vuelvo a transpirar. Tengo el cuerpo empapado en sudor.

Miro a mi alrededor. No hay nadie en Chella, solo Monique y yo. Me bajo la capucha de la chilaba. Me quito el velo negro. Me levanto. Me acerco al estanque. Cojo un poco de agua fresca. Me lavo la cara y los brazos. ¡Aaaaahhh, alhamdulilla, alabado sea el Señor!

Veo una anguila que sale de su gruta en el fondo del estanque y se acerca a mí muy lentamente. Su forma de moverse en el agua me cautiva de inmediato. La sigo con la mirada. Y tengo la impresión de que me habla. Sí, esa anguila me habla:

Malika, eres la primera mujer en venir hasta aquí hoy. Tengo hambre. ¿Me has traído algo de comer?

Saco un huevo duro del bolsillo de mi sarouel. Lo pelo rápidamente. Lo corto en cuatro gruesos trozos. Los arrojo al estanque. Pido un deseo.

Jadiya. Jadiya. Jadiya.

Si la anguila se come el huevo, todo el huevo, se cumplirá mi deseo. Es lo que dice la leyenda y lo que afirman los antepasados.

Los espíritus de los ancestros nunca mienten.

Miro, espero.

La anguila nada alrededor de los pedazos de mi huevo sin tocarlos.

No rezo. Mi corazón está sereno. Ahora todo depende de la anguila sagrada. El futuro va a decidirse, a inscribirse, ahí, ante mis propios ojos. Mis ojos confiados.

Algo no va bien. La anguila se aleja sin comerse el huevo. Se dirige a la gruta. Desgracia. Desgracia. Desgracia.

La anguila está en su gruta. Ya no la veo. Mi corazón palpita tan rápido que va a estallar.

¿Qué he hecho mal? ¿He sido demasiado dura, demasiado intransigente con Monique? ¿Qué falta he cometido? ¿Traer hasta aquí, a este lugar sagrado, secreto, a una no musulmana?

Me pongo la mano en el corazón. Creo que ha dejado de latir.

Me vuelvo hacia Monique. Sigue sentada en la escalera. Con la espalda encorvada y la cabeza entre sus manos. Está ausente. Sueña despierta. Sigue triste. Como en un callejón sin salida. ¿En el mismo que yo? No. Por supuesto que no.

Pero creo que estoy equivocada. Monique está aquí, en el mismo sitio que yo, en el mismo horno, en el mismo misterio.

Monique y Malika.

Las fronteras y las luchas se detienen. El pasado se borra. Todo se queda en suspenso. Solo cuenta ese momento, al desnudo.

Malika y Monique, por un instante, fuera del mundo y de las lógicas injustas del mundo.

Me veo obligada a someterme a esa fuerza que me habla a través de la anguila sagrada.

No soy nada frente al destino.

La llamo. Monique. No me oye. ¡Monique! ¡Monique! Levanta la cabeza. Parece muy sorprendida. Sin la capucha y el velo, creo que no me reconoce.

Malika. Ana Malika. Soy Malika.

Se pone de pie. No se mueve. Sigue mirándome.

Me vuelvo hacia el estanque sagrado. Veo dos anguilas saliendo de su escondite. Se dirigen muy lentamente hacia los cuatro pedazos de mi huevo.

Los atrapan. Se los comen.

Monique se reúne conmigo. Ve en el estanque lo mismo que yo. ¿La realización de mi deseo?

Doy gracias a Dios. Doy gracias a los espíritus. Me imagino a Jadiya a mi lado. Tomo en mis brazos a Jadiya. Abrazo a mi Jadiya. Eres mi hija, eres mi hija. Mía. Nuestra. Y luego la suelto.

Las anguilas se lo han comido todo. Pero siguen ahí. Dan vueltas. Se rozan. Se acarician. Se quieren. Siguen teniendo hambre.

Saco otro huevo duro del otro bolsillo del sarouel. Lo pelo. Se lo doy a Monique. No le explico nada. No tengo palabras.

Monique coge el huevo, sin pensarlo. Lo corta en varios trozos. Los tira al fondo del estanque.

¿Ha pedido un deseo? ¿Sabrá que hay que pedir un deseo?

Las dos anguilas se dirigen hacia los pedazos de huevo. Los atrapan incluso antes de que lleguen al fondo del estanque. Se los comen rápido, muy rápido. Y vuelven a acariciarse.

Miro a Monique. Ella ya estaba mirándome. Siempre se me adelanta. Sin duda el duelo entre nosotras va a empezar de nuevo. Pero yo ya no tengo fuerzas. Monique tampoco. He dicho lo que tenía que decir. Monique lo ha oído.

Jadiya, la. No.

Y, generosa, le ofrezco en su lugar ese momento mágico y reparador, la baraka de las anguilas sagradas. Poco importa lo que Monique piense de todo esto, de este ritual, de la verdad que acaba de escribirse delante de nosotras y que solo conoceremos más adelante. Poco importa su punto de vista. Que Monique piense lo que quiera de mí, de nosotros, que me juzgue severamente si se le antoja. Que se ría de mí y de las marroquíes analfabetas y hechiceras como yo, si eso la ayuda a vivir. Se lo perdono por adelantado.

Te lo perdono, Monique, y me alejo de ti.

No tengo las palabras en francés para contarle mi historia, mi pasado, mi miseria. Para hablarle de Allal en Indochina, convertido en un asesino en Indochina. Para mostrarle también mis heridas. El duelo imposible en el pueblo, en Beni Melal. El amor robado. La vida que se termina cuando apenas si acaba de empezar.

Monique tampoco tiene todas las palabras árabes en ella.

Seguimos en las ruinas de Chella. No habrá duelo. En el Marruecos de hoy, es Monique quien gana, quien seguirá ganando. Yo solo quiero una cosa: que se aleje de nosotros. Sé que cree sinceramente que está ayudándome al acercarse a mí y a Jadiya. Pero no. Todo lo contrario.

En esas estoy. He recorrido todo el camino hasta Chella para decirle que renuncie. Que nos deje en paz.

Monique ha bajado la vista. Ha entendido. Acepta. Levanta la vista.

Sonríe para decir adiós. Una sonrisa breve, decepcionada, triste, a la que no debo replicar.

Se marcha.

La veo subir despacio por la pequeña escalera.

Ha salido de la sombra que nos protegía. Camina bajo el sol abrasador de media tarde, que pega muy fuerte. Se dirige hacia la gran puerta de Chella. Salir. Partir. Abandonar. Desvanecerse. No volveré a verla jamás. ¡Uf! ¡Qué alivio! No volveré a ver a Monique nunca más. ¡Uuuuffff! Era un sueño y una amenaza que nunca existieron.

Monique se cae. Su cuerpo se desploma.

El sol ha abatido a Monique. Le ha asestado un gran golpe que, como un cuchillo de Eid al-Adha bien afilado, abre la cabeza y lo rompe todo en su interior.

Monique está en el suelo. Se ha desplomado de verdad. No me lo creo. Eso no es lo que quiero. No es lo que le deseo. Que muera.

Un cuerpo abandonado en el suelo. El cuerpo de una mujer muy hermosa y muy blanca. Por el suelo. Expuesto al sol. Un cuerpo que ahora tiene otra luz. Amarilla. Amarilla negruzca.

Solo estoy yo. Soy el único testigo de esa caída. De ese desfallecimiento. Solo yo puedo ir a socorrerla, a salvarla. Has sido

demasiado dura con ella, Malika. Terca e intransigente, como siempre, Malika. Se diría que tu corazón está muerto. Ella está en el suelo, Malika, en el suelo. Se está yendo. Haz algo.

No me muevo.

Contemplo el espectáculo. Vuelvo a ver a Monique a cámara lenta: vacila, se para, se lleva las manos a la cabeza, levanta la vista al cielo, se desploma. Se desploma. No le ha dado tiempo de volverse hacia mí. De llamarme para que la ayude. De decirme adiós. De confiarme un último mensaje.

Miro. No me muevo. La otra Malika que hay en mí está encantada. Su venganza ha tenido éxito.

Te engañas. Te engañas. No toda la culpa es de Monique. Ella ha nacido aquí, en Marruecos. No lo eligió. Tiene tanto derecho como tú a amar esta tierra. Tanto como tú, Malika.

Las cigüeñas, muy numerosas en Chella, se han puesto a crotorar. Hacen el amor. Copulan. Prosiguen su vida. Una vida distinta de la nuestra. Hacen ruido y no se avergüenzan de ello. No ven a Monique desplomada en el suelo. Muriéndose.

Las cigüeñas, ahora, surcan el cielo. Ejecutan una danza. Ocultan el sol. Puede que vayan a devorar a Monique.

Tengo miedo.

¡Monique, Monique!

Me incorporo. Corro, corro.

El mundo, ahora, está todo negro. Las cigüeñas han hecho que desaparezca el sol. Están encantadas. Siguen crotorando.

Acecha un olor a muerte. Corro. Subo la escalera a toda velocidad. Corro. Vuelo. No quiero que se muera. No le deseo nada malo, al menos no hasta ese punto. Corro. La veo de lejos, y luego cada vez más cerca. No se mueve. Su cuerpo está inerte. Corro. Hasta en ese estado, cuando peligra su vida, ¡qué hermosa es! Corro. Su pecho. Corro y me concentro en el pecho de Monique. No veo nada. Ahora sí, por fin. El pecho sube y baja. Vuelve a subir. Vuelve a bajar. No está muerta. No está muerta. No está muerta. Corro. El sol sigue velado por las cigüeñas. Chella está negra. Corro. Monique. ¡Monique! Grito. ¡Monique! No contesta. Corro. ¡MONIQUE!

Estoy a su lado, en el suelo. Pego la oreja a su pecho. Late. Bum. Bum. Bum. Lo oigo bien. Late. Bum. Bum. Bum.

Le pongo la mano en la cara, en la frente. Está ardiendo.

Monique está inconsciente.

Sé que no debo zarandearle la cabeza para despertarla. Puede ser peligroso.

Miro los árboles alrededor mío. Hay un eucalipto. Me dirijo hacia él. Lo toco. Lo beso. Lo rodeo con mis brazos. Le pido permiso. Corto unas hojas. Vuelvo hasta Monique, que sigue ausente de este mundo.

Froto las hojas de eucalipto entre mis manos. Desprende un olor fresco y potente. Las acerco a la nariz de Monique para que respire esa frescura que la haga volver de la muerte. Sé que va a funcionar. Monique abre los ojos. Inmediatamente.

Estoy aquí, Monique.

La ayudo a levantarse, con cuidado.

Se pone de pie.

El sol está de nuevo con nosotras, sobre nosotras, triunfante, arrogante e igual de despiadado.

Las cigüeñas han desaparecido. Es como si nunca hubieran estado ahí hace apenas un minuto.

Monique y yo caminamos. Nos dirigimos hacia el estanque de las anguilas sagradas. Es el único lugar adonde puedo llevarla para ocuparme de ella y protegerla del sol.

Bajamos las escaleritas.

Tumbo a Monique en el suelo.

Cojo, a dos manos, un poco de agua fresca del estanque.

Le lavo la cara a Monique. Le lavo las manos. Los brazos. Los pies. Los ojos. La nuca. Los labios.

Monique me mira. Me deja hacer. No dice nada. No hay nada que decir. Lo mejor es no decir nada.

No deseo su muerte.

Monique y yo, sin quererlo, hemos despertado una fuerza invisible que nos supera y que, como yo, probablemente buscará venganza.

Monique también lo ha entendido. Algo muy grande se ha despertado. Los viejos espíritus del lugar, del estanque sagrado, de Chella, de las ruinas.

Hay que esperar. En silencio.

Monique me mira. Sus ojos lo dicen todo. La soledad. El desasosiego. Las trampas de la vida. Y, sin duda, la muerte de su padre, la tumba de su padre en Rabat. No sabe adónde ir. Por dónde avanzar. Todo es pesado. Todo es pesado.

Monique no pide perdón. Tampoco espero eso de ella.

Miro a Monique. Mis ojos también lo dicen todo. Insisten. Me repito. No sabes nada de mí, Monique. No te pido nada. Descansa. Duerme un poco. No te haré daño. Estoy aquí.

Jadiya es no. La. Eso es todo.

Ha desaparecido toda animosidad. Ahora ya no hay ninguna posibilidad de duelo. Estamos en paz. Es todo lo que quiero. Desde el día en que viniste a mi casa en mi ausencia. Por eso quedé aquí con Monique. Kifkif. Bajo el mismo sol. A la misma luz.

Veo en los ojos de Monique que me entiende. Me ha entendido.

Con el agua del estanque, me lavo las manos, la frente, el cuello.

Me siento en las escaleras. Junto a Monique. Vuelvo a ponerme la

capucha de la chilaba. Vuelvo a ocultar mi rostro con el velo negro.

Monique está tumbada en el suelo.

Esperamos las dos.

Es la guerra y es la paz.

Es la paz y es la guerra.

Alguien acaba de morir.

3

SALÉ

Conozco la verdad desde hace años. Eres como mi hijo Ahmed. Sois la misma persona. Os parecéis. En todo. Él se fue. Tú, tú sigues aquí… No me mires así, tan severo. Esos ojos no son los tuyos. Y no te tengo miedo. Te llamas Jafar. ¿No es así? ¿Eres el hijo de Miluda, del bloque 10…? Sí, eres tú. Estoy sola en casa. Hace años que estoy sola. Todos se fueron. Puedes llevarte lo que quieras. Puedes robar lo que quieras. No hace falta que me amenaces. Baja, baja ese cuchillo. No me resistiré. No gritaré. Toma. Toma. Roba. Roba. Son solo cosas, objetos. No tengo joyas. ¿Quieres dinero? ¿Qué quieres? Eres como mi hijo Ahmed. Creo que tenéis la misma edad. Ahmed y tú, lo sé. No tienes que avergonzarte delante de mí. La verdad. Suelta ese cuchillo. Suéltalo. ¿Eres Jafar, el hijo de Miluda, o estoy equivocada…? Acabas de salir de la cárcel. La cárcel de Zaki, justo aquí al lado. No me atrevo ni a preguntarte cómo es por dentro esa prisión. Qué hay detrás de esos muros altos, en pleno corazón del barrio de Hay Salam. No te haré preguntas. No te preocupes. Antes jugabais al fútbol casi a diario en el descampado donde han construido la cárcel. Organizabais torneos contra los equipos del barrio de Hay Inbiat y de Bettana. Y luego, sin consultar a nadie, levantaron los muros de la prisión en medio de nuestras casas, justo en medio. No tienen vergüenza. Y vosotros pasasteis, en un abrir y cerrar de ojos, del campo de fútbol a las celdas de la cárcel. Todo sucedió de un día para otro. Una cárcel para nuestros niños, nuestros hijos, nuestros hombres. Nadie protestó. El poder, el majzén, es tal… Pero la verdad es que fueron muy atrevidos. Construyeron una prisión para nosotros en medio de nuestras casas. No lejos de nosotros, no. En medio. Así nuestros hijos van directamente de las aulas del instituto a las celdas asfixiantes de la cárcel de Zaki. Es el mismo camino. Para ir al instituto, hay que bordear la prisión de Zaki, incluida su monumental puerta. Su terrorífica puerta. Tú estabas ahí, Jafar, entre esos muros. Lo siento, Jafar. Lo siento de verdad. Llévate lo que quieras de esta casa. Roba. Roba. No diré nada a la policía. Pero baja el cuchillo, te lo ruego. Eres como mi hijo. Eres mi hijo, también tú. Cuando pasaba junto a los muros de la cárcel, pensaba en ti, rezaba por ti. Plegarias mil veces repetidas, pero que, dirigidas a ti y a los demás presos, sonaban sinceras, nuevas. Palabras nuevas asociadas a ti que me emocionaban

más de lo que me hubiera gustado. En ocasiones, lloraba pegada a esos muros. Traemos al mundo a unos hijos que, apenas unos años más tarde, quince, veinte, acaban en la cárcel. Devorados por el majzén y su policía. Y cuando salen, están acabados. Ya no hay esperanza para ellos. Lo sé. Los llaman «los hijos de la prisión». La vida se detiene tan rápido. ¡Es atroz! ¡Es cruel! Tú no eres el criminal, Jafar. Son ellos. Ellos. Vamos, llévate lo que quieras de mi casa. Roba. Roba. Aquí está la nevera. Acabo de comprarla. La abro. Mira. Mira. Hay verduras. Hay fruta. Mandarinas. ¿Te gustan las mandarinas? Dos plátanos. ¿Te gustan los plátanos? Queda un poco de tayín del mediodía. ¿Quieres? ¿Te sirvo un poco? Es un tayín muy sencillo: pollo con cebolla y pasas. ¿Te gusta este tayín? Mírame… Tus ojos me dicen que sí, que te gusta este tayín. Bien. Muy bien. Seguro que tienes hambre. Déjame que te sirva un poco. Un poco de comida en la boca, en el estómago, te calmará. Después verás las cosas de otra manera. ¿De acuerdo…? No quieres. ¿Qué le vamos a hacer? ¿Cómo está tu madre, Miluda? ¿Has ido a verla al salir de la cárcel? No le guardes rencor, Jafar. ¿Qué podía hacer ella? No tenía mucha elección. Tu padre, muerto; tú, preso. Aún era joven: cuarenta y cinco años. Volvió a casarse. Un hombre nuevo antes de que fuera demasiado tarde. No le guardes rencor, te lo ruego. Es él, el nuevo marido, quien no la dejaba ir a verte. No era culpa suya. Perdónala. Perdónala. Sigue siendo tu madre, pase lo que pase. Perdónala. ¿Dónde vives? ¿Dónde duermes? ¿Has conseguido protegerte ahí en la cárcel? Espero que no te hayan amargado demasiado la vida. Me han contado historias. Oigo historias. Sobre las noches en prisión. Los jefes. Los mandados. Lo que os obligan a hacer por la noche. Ven a mis brazos. Suelta ese cuchillo y ven. Tus ojos lo dicen todo. Todo. Dios mío, Dios mío, qué injusta es la vida, injusta, tan injusta. Ven, Jafar. Yo no quiero que vuelvas a esa prisión. Ven. Te daré lo que quieras. Ven. Tú eres como Ahmed, lo sé. Los mismos gestos, los mismos ademanes. Eso no te lo habrá puesto fácil en la cárcel. A los muchachos como Ahmed y como tú los insultan, los apedrean y, por la noche, les bajan los pantalones. Lo sé. Sé todo eso. Vivo en el mismo mundo que vosotros. Sé que por eso Ahmed se fue a Francia. Me guarda rencor. No me extraña. Vi lo que le hacían. Las violaciones. Todo tipo de violaciones. Y no lo protegí. No hice nada. No dije nada. Mi hijo Ahmed, Jafar. Mi hijo. No moví ni un dedo. Mi hijo Ahmed, Jafar. Ven a mis brazos, Jafar. Eres como él. Ven, ven. Come. Vamos a comernos este tayín. El pollo con cebolla y pasas. Era su preferido. Ven, Jafar. No me mates, Jafar. Te daré lo que quieras… ¿El dinero? De acuerdo. De acuerdo. Y mucho más que el dinero. De acuerdo. De acuerdo.

Las joyas también, Malika. Quiero tu oro. Tu oro.

Solo tengo una vieja pulsera de oro, Jafar. No vale nada en el mercado, hoy en día.

¿Y en el banco? ¿Tienes ahorros?

No seas idiota, Jafar. A la gente, en la calle, le extrañará vernos caminando juntos. Todo el mundo en el barrio sabe que acabas de salir de la cárcel. Todo el mundo. Si vamos al banco los dos, te detendrán. Quedémonos aquí, en casa. Comamos. Y luego te digo lo que se me ha ocurrido. Un plan. Tengo un plan para ti y para Ahmed.

No tengo hambre. Di lo que tengas que decir, vieja.

No soy tan vieja, solo tengo sesenta y cinco años. Me quedé viuda hace solo cuatro años. Y, además, eso es lo que…

No me embrolles la cabeza.

Soy como tu madre, Jafar.

Tú no eres mi madre, vieja. No tengo madre. Odio a mi madre. ¿Dónde escondes el dinero? ¿Dónde?

El tayín está delicioso. Voy a calentarlo. Ahmed siempre decía que yo era muy buena cocinera. Le gustaba, le encantaba cómo cocinaba. ¿Por qué se fue a Francia? ¿Qué come en Francia? ¿Qué se come en Francia?

¡El oro! ¿Dónde escondes el oro? ¿En los cojines del salón de los invitados?

Ahmed se ha acostumbrado a Francia, a París. Tan rápido. Tan rápido… Ya no me llama. No contesta cuando lo llamo.

¿En qué cojín, Malika? ¡Dímelo! Ven conmigo al salón de los invitados.

Voy todos los días a la tienda de al lado, la de Murad, el hijo de Naima. Le doy un trocito de papel donde tengo apuntado el número de teléfono de Ahmed en París. Marca el número diciendo las cifras en voz alta.

¿Este es el cojín donde guardas el oro? ¡Contesta!

Murad dice: No responde, Malika. Da señal, pero no responde. Le pido que vuelva a intentarlo. Por favor, Murad. Por favor.

Dime en qué cojín escondes el oro o voy a rasgarlos todos con este cuchillo. ¿Lo entiendes?

No responde, Malika. La frase de Murad se ha convertido en el estribillo de mi vida desde hace unas semanas. No responde.

¡Me la suda esa historia! Quiero tu dinero. El oro.

Ahora me sé de memoria el teléfono de Ahmed en Francia.

¡Te digo que me la suda! ¡Y desembucha de una vez! ¿En qué cojín guardas tu pequeño tesoro, eh? Se me está acabando la paciencia. Me estoy poniendo nervioso. ¡Me estoy poniendo nervioso!

00 33 1 45 82 20 35.

Lo aguanté todo en la cárcel, pero desde que he salido tengo los nervios a flor de piel. Estoy a punto de estallar. Te lo aviso, Malika.

No sé si aguantaré mucho más. Dímelo. ¡Dímelo! ¿En qué cojín? Dímelo, vieja. ¡Dímelo!

00 33 1 45 82 20 35.

Ya no tengo nada que perder. No me asusta volver a la cárcel. Y voy a tener que usar este cuchillo con alguien: me ha costado treinta dírhams.

Y un día dejó de dar señal. No da señal, me dijo Murad. Lo siento. Se oye: El número marcado no existe.

He afilado bien este cuchillo. No es muy grande, pero está muy bien afilado. Lo he hecho yo mismo. Míralo. Brilla. Brilla. Dime en qué cojín. Te doy treinta segundos para que me contestes.

Dejó de dar señal. Línea cortada. Ya no hay línea entre nosotros, Ahmed está perdido. Ya no existe. Ha cambiado de número. Ya no contesta. Pero yo sigo yendo a la tienda de Murad. Él me explica la situación con palabras que no comprendo. Entonces le suplico: Vuelve a intentarlo, inténtalo, mi Murad. Nunca se sabe. Inténtalo.

Te quedan quince segundos, Malika. ¿El oro está en este cojín?

No descuelgan. No. Perdona. Ni siquiera da señal. El número marcado no existe. Lo siento, Malika. Tienes que esperar. Acabará por llamarte y entonces te dará su número nuevo. ¿Me entiendes?

Cinco segundos, Malika.

Ahmed está en Francia. Vive allí. Deambula todo el tiempo allí. Está en tierra de nadie. ¿Qué es Francia, exactamente?

¿En qué cojín? Es tu última oportunidad. Contesta, vieja. ¡Contesta!

00 33 1 45 82 20 35.

¡Tu última oportunidad, te digo!

Es todo lo que me queda de Ahmed: un número que me sé de memoria y que ya no sirve de nada.

¿Me oyes, Malika? El cojín, el cojín…

¿Dónde queda Francia, Jafar? ¿Y París? Pasado Tánger, ¿no? Y también habrá mar.

Habla. ¡Habla! ¿Te has vuelto loca o qué, Malika? ¿No te da miedo el cuchillo? Míralo. Y ahora mírame a los ojos.

Acabo de decirte que tengo un plan, Jafar. Un plan de verdad. Y tú vas a ayudarme a realizarlo. Encontrar a Ahmed. Traerme de vuelta a Ahmed, Jafar. ¿Me oyes?

Y tú, ¿me oyes, Malika? ¿En qué cojín?

No hay casi nada en los cojines. Todo está en el banco. Voy a salvarte, Jafar. Ese cuchillo no es tu porvenir. Eres incapaz de matar, lo sé perfectamente. No vayas de duro, no te pega nada. Es el último. El último cojín. El que está más cerca de la puerta del salón. No encontrarás gran cosa. Solo la pulsera de oro. Mi sertla. Viene de muy lejos, esa sertla. Es todo lo que me queda de él. De Allal. Allal. Del

Allal de antes… Mi primer marido. Murió en Indochina.

¿Qué es Indochina?

Un país que se encuentra en el otro extremo de la Tierra. ¿Dónde, exactamente? No sé. Solo sé que se tarda en llegar varias semanas en barco. Un mes, puede que dos.

Ya he encontrado tu sertla. ¿Esta es la sertla que te dio Allal? ¿Es de oro? No lo parece, Malika. Está muy vieja. No es oro.

Te digo que sí es oro. Allal me quería. Nunca me habría regalado una sertla falsa. Me amaba. Esta sertla es auténtica, auténtica. No digas que es falsa, Jafar. Es auténtica. No seas malo. No destruyas mis recuerdos. No pisotees mis sueños, te lo ruego.

¡Esta sertla es falsa, archifalsa! No vale nada. Ese Allal se burló de ti.

Entonces, devuélvemela, puesto que no vale nada. Devuélvemela.

¿Dónde escondes el resto? Las otras joyas. ¿En qué cojín?

Todo está en el banco. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? ¿Hacía frío en la cárcel? ¿Te acostumbraste rápido a la cárcel? ¿Encontraste enseguida un protector? ¿Quién? ¿Un hombre de bien?

Para. ¡Deja de hablar de eso! Tengo un cuchillo. ¿No lo ves? ¿No tienes miedo? ¡Dime en qué cojín está el dinero!

Te maltrataron en prisión. Lo veo en tu cara. Puedo oírlo en tu voz temblorosa.

De eso nada. No tiemblo, Malika. Jamás. Soy un hombre. Nadie me tocó en la trena. Supe imponerme. Desde el primer día. No había ninguna ternura en mis ojos. Únicamente miradas duras, siempre duras. Gritar en lugar de hablar. Solo eso funciona. Gritar palabras cortantes, vomitar palabras sucias. Siempre. Soy un hombre. Y no vuelvas a hablarme de Ahmed. En realidad, ya no me acuerdo de tu hijo… Ahmed… Era una mariquita… Una loca que se tomaba por no sé quién solo porque leía libros. ¡Libros!

¿Quieres comer, Jafar? El tayín de pollo con cebollas y pasas. Ven. Está realmente suculento. Ven. Vamos a calentarlo. Maldice al diablo y ven. Deja que se te enfríe la sangre. Suelta el cuchillo. Y ven. Soy como tu madre. No tienes que jugar delante de mí a ser lo que no eres.

Y tú deja de intentar ablandarme con tus palabras melosas.

Ven, ven a comer.

¡Cuidado! Cuidado, Malika. No miento, estoy diciéndote la verdad.

Sé que dices la verdad. Pero ven a comer.

Cinco años. Era horrible, la cárcel. Cinco años horribles. Horribles. ¡Horribles! Me hicieron de todo. Me pasaron todos por encima, me penetraron todos. Con su polla. Todos. La prisión entera. Hasta los guardias. Desde el primer día. Hasta los que me conocían de fuera. Jawad. Alí. Ismael. Yussef. Kader… Se volvieron contra mí. Todos se aprovecharon de mí. De mis nalgas. Y del resto. Cinco años. Nayat.

Ese fue el nombre femenino que escogieron para mí.

Voy a calentarte el tayín. Ven conmigo a la cocina. Sígueme. Y habla. Habla. Te sentará bien. Habla.

Jafar Nayat. Nayat Jafar. Nayat… Nayat… Al principio, me resistí, lloré, y luego, un día, lo acepté todo. Era un viernes… Nayat, de la cárcel de Zaki. La puta gratuita para toda la cárcel de Zaki. Hasta los reclusos burgueses, los bien educados, me querían. Y también los que no pagaban. Nayat estaba ahí para todo el mundo. Putillo. Putilla. A veces me daban fruta: manzanas, fresas, mandarinas. Hasta el director de la prisión me mandó llamar a su despacho. Había oído hablar de mí y de mi reputación. Quería ver con sus propios ojos qué apariencia tenía esa Nayat. No me dijo nada. Me miró durante mucho tiempo con sus ojos inyectados de sangre, porque mi presencia lo excitaba muchísimo. Cerró la puerta con llave. Echó la persiana. Y se bajó el pantalón y los calzoncillos. No me hice de rogar. Era el director. El patrón. El majzén. Alá Todopoderoso. Me quité la ropa y me acerqué a él. Al final, me dio un kilo de nísperos. Nísperos. ¿Te das cuenta, Malika? ¡Nísperos! Es mi fruta preferida, me dijo. Cuesta cara. Y tú te lo mereces, Nayat. Me gustas de verdad, Nayat. ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu verdadero nombre? Jafar, señor director. Cuando me convocó por segunda vez y se bajó el pantalón y los calzoncillos, me dijo: Yo no te llamaré Nayat. Te llamaré Jafar. Es un nombre muy bonito. Esa vez me regaló un kilo de ciruelas mirabel. Y la tercera vez, una piña enorme. Es amarilla por dentro, me dijo. A mí solo me gusta la fruta amarilla, Jafar. Tú eres mi fruto amarillo, Jafar. Eres único, Jafar. Me dijo tantas veces esas palabras: Eres mi fruto amarillo. Tantas veces, tantas…, y…, y… Y un día caí. Me enamoré de él. Eso creo. Sucedió en plena noche. Él estaba todavía en su despacho. Me mandó llamar. Cuando entré, lo encontré listo. Ya estaba desnudo. Y los ojos inyectados de sangre, como de costumbre. Puso una sábana blanca en el suelo. Se tumbó encima. Desnudo. Me hizo una señal para que me acercara. Me quité la ropa. Me acosté a su lado. Hicimos lo que había que hacer. Sexo y todo lo demás. Me dijo que me quedara. Pasamos la noche juntos en su despacho. Por suerte, hacía mucho calor. Al día siguiente, me regaló un kilo de peras muy maduras. Me las comí todas delante de él. Todas. Tenía mucha hambre. Él me miraba, feliz. No decía nada. Entonces me atreví a preguntarle: ¿Cómo te llamas? No contestó y, durante unos segundos, me arrepentí de haber tenido tal atrevimiento. Siguió mirándome. Mucho rato. Un minuto o dos. Y acabé por entender que le había gustado aquello, ese atrevimiento mío. Estaba prolongando el placer. Yo dije: Ya no queda fruta, no quedan peras, lo he devorado todo. Él dijo: Me llamo Tihami. Es muy bonito. Tihami. Tihami.

Sí, Jafar. Es muy bonito. Tihami.

Abrí la puerta de su despacho para marcharme. Y justo antes de que la cruzara, dijo: ¿Qué fruta quieres para la semana que viene? Era una prueba. Evidentemente, tenía que elegir una fruta amarilla. Lo pensé un poco. Dije: Mangos. No he comido nunca. Los mangos son muy caros. Aquí, en el barrio de Hay Salam, no se venden. Puede que haya en el centro de Salé. Pero no estoy seguro. En Rabat sí que se encuentran. Allí hay clientes pudientes que tienen dinero para comprar mangos.

¿Y te gustaron los mangos? ¿A qué saben?

No lo sé, Malika, la semana siguiente, el director no me convocó. Quizá esté enfermo, pensé. Pero no. Me olvidó. Eso es todo. Me echó de su vida cuando vio que podía hablarle, hacerle preguntas. Cuando vio en mis ojos el amor que sentía por él. Jafar se había enamorado de Tihami. Eso no lo excitaba mucho. Todo en mí se abría a él. Dejé de ser excitante. Probó a Nayat y resultó que Jafar se enamoró de él. Adiós, Jafar. Adiós. Dejé de existir. Seguía en la cárcel, pero sin la protección del director. Vuelta a la casilla de salida. Yo tenía corazón. Un corazón de hombre. Si por lo menos no me hubiera enamorado de él. La crueldad de los hombres está en todas partes: fuera de los muros, detrás de los muros, en los muros. En todas partes. Ten cuidado, corazón mío, no vuelvas a enamorarte: es lo que me repetía a mí mismo. La voz de Tihami resonaba en mis oídos cantando a Abdel Halim Hafez. La canción Ahwak. «Te amo, ahwak, y espero olvidarte. Olvidar mi alma contigo. Y si la pierdo, no importa. Al volver a encontrarte, vuelvo a encontrar el mundo, la vida. Vuelvo a encontrarlos y los olvido. Te amo, ahwak, y espero olvidarte. Olvidar mi alma contigo. En ti, ya Jafar…» Yo lo creí. Escuchar esa letra en la cárcel —en la cárcel— conmovió una parte de mí mismo que ni siquiera conocía. Creí a Tihami. Y, más tarde, en la calma agitada de las noches, recordaba sus palabras. Mi Abdel Halim Hafez. Su voz sigue resonando dentro de mí. Incluso ahora la oigo, Malika, delante de ti. Oigo a Tihami cantando y se me remueve todo por dentro. «Ahwak… Te quiero… Ahwak, Jafar…» La felicidad y el infierno al mismo tiempo. Todo se abre y, un segundo después, todo se cierra.

Pero ¿qué sucedió, Jafar? ¿Por qué no volvió a llamarte a su despacho?

Me sustituyó. Eso fue lo que pasó. Tihami me sustituyó por otro preso. Un preso nuevo. De piel muy blanca. Rifeño, de Tetuán. Se llama Tammam. Es muy apuesto. Muy apuesto y muy blanco. Yo, a su lado, apenas si parezco guapo. Nadie puede rivalizar en belleza con la gente del norte, sobre todo con los tetuaníes. Lo tienen todo. La piel blanca, blanquísima. El acento increíblemente chic cuando hablan árabe marroquí. Y tienen unos gestos, unos ademanes, unas posturas… Tammam me expulsó del corazón de Tihami… Tammam… ¡Qué

nombre más extraño! Creo que ni siquiera es un nombre marroquí. Es originario de por allá, de los países del Golfo… Y, sin embargo, sé que Tammam es marroquí. Tan marroquí como tú y como yo. Es tan guapo. Es guapísimo. Y eso lo protegió desde el primer día. Los demás presos no se atrevían a hacerle daño, a ir a su cama por la noche, a hacerle cosas, a cortejarlo, a regalarle fruta. No. Estaba superprotegido. Por el director, por los guardias y por otras personas importantes que iban a verlo a la cárcel con mucha regularidad. Nadie se atrevió a ponerle un nombre femenino. «Tammam» suena a alguien que tiene poder, alguien que tiene apoyos seguros en todas partes. Hijo de una gran familia. No viene de una familia rica, pero su belleza es una belleza burguesa. Y eso bastó. Era intocable. Reservado de antemano para los que cuentan de verdad. Los directores. Los ministros. Los grandes patronos. Y todos aquellos que dirigen este país y que machacan noche y día a los ciudadanos. Contrariamente a lo que afirman, esos hombres en la cúspide de la sociedad también consumen muchachos. Las mujeres son una presa demasiado fácil para ellos, resultan aburridas. Necesitan cambiar de vez en cuando. Un poco de dificultad. Otro romanticismo. Un poco de riesgo. Más o menos grande. Necesitan una pequeña locura, como Tammam, que los trastorna y los rejuvenece, de pura excitación. Un chico chica. Un chico muy chico, pero enteramente habitado, poseído, por un alma de chica. Tammam es así. En la prisión. Fuera de la prisión. Tammam de Tetuán… Es gracioso, ¿no, Malika? Ríete. Sí. Ríete. Nunca probaré un mango. Odio los mangos.

No, no quiero reírme de ti ni de tu desgracia, Jafar. No. Me reí de mi hijo Ahmed y de lo que le hicieron. No cometeré el mismo error contigo. Traje a Ahmed a este mundo, a esta vida, y lo abandoné. Lo abandoné a los demás. A los hombres frustrados sexualmente, a los más lascivos del barrio. Dejé que lo maltrataran…, que lo violaran…, que lo devoraran…

¿Por qué no hiciste nada, Malika? No es verdad lo que te he dicho hace un rato sobre Ahmed. No era bueno todo el tiempo, pero no era uno de esos malos malos… Así que lo sabías. Lo viste. Viste a los hombres de aquí violándolo y cerraste los ojos. Y era tu hijo…

Es como si no viviera en la misma sociedad que esos hombres de Salé. A veces ni siquiera entiendo esa palabra. La «sociedad». En el fondo de mí misma me decía que, para protegerme de todo lo horrible que sucedía en este mundo, tenía que ignorar eso que los demás llaman «sociedad». No reconozco su sociedad. No formo parte de la sociedad. No formamos parte de esa sociedad en la que quieren incluirnos. Intuitivamente, construí algo aparte. Esta familia. Mi familia. Y me importaba un bledo lo que pasara en la sociedad. Nunca tendré nada que ver con eso, con la sociedad. Y, además, Jafar, he

estado ocupada, muy ocupada, todos estos años. Debía salvarlos a todos, a toda la familia. A mi marido Mohamed, al que siempre le faltó iniciativa. A mis seis hijas. A mis tres hijos. Debía pensar en el futuro por ellos y por mí. Buscar qué posibilidades tenía a mi alrededor. Las pocas posibilidades que dejan a los pobres. Y decidir por mí misma. Imponer a todos, a toda la familia, mis decisiones. Era por su bien, aunque no se dieran cuenta al principio. Tuvimos que marcharnos de ese minúsculo apartamento de dos habitaciones que nos había cedido la Biblioteca General de Rabat. Nos dijeron que nos fuéramos. Que nos mudáramos. ¡Fuera! ¡Largaos! Pero ¿adónde? Nos fuimos a Salé. Vendimos todo lo que pudimos vender y nos compramos una casa en el barrio de Hay Salam, en Salé. De hecho, «casa» no es la palabra más apropiada para describir lo que quisieron vendernos. Había un cuarto, una cocina y un retrete. El resto de la casa estaba sin terminar. Teníamos que acabar de construirla nosotros. Tardamos años. Años, los once en aquel único cuarto. Once. ¡Once! Ahorré céntimo a céntimo. Ahorré todo lo que pude. Había meses que solo les preparaba una comida al día. Protestaban. Gritaban. ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre, mamá! No podía hacer otra cosa. Había que seguir ahorrando. A todos les parecía que me había vuelto despiadada. No me importaba. Un día entenderían los sacrificios que había hecho por ellos. Las humillaciones que tuve que soportar por ellos, para darles un techo, una casa. Esta casa en la que estás ahora, Jafar. Una casa de tres pisos. Ahora vale mucho dinero. Esta casa que ves, la construí yo sola. Cada muro, cada piso. Fue una prueba muy dura. Una auténtica guerra. Y estaba yo sola. Una guerra, Jafar. Prácticamente, no tenía tiempo para ir a ver a Ahmed, para entenderlo, para protegerlo, para defenderlo. Porque no solo estaba Ahmed. Tengo nueve hijos. Él es el octavo. Los otros me lo arrebataron todo, toda mi energía, todos mis cuidados. Había que escoger, entre todos ellos, a quién querer más. No fue Ahmed. Lo confieso. Le di más, mucho más amor, a mi hijo mayor, Sliman. Pero, bueno, así es la vida. Había que establecer las prioridades. Me fijé una meta. Construir la casa. Negociar con los albañiles. Suplicar a los funcionarios de las distintas administraciones que me concedieran las licencias de construcción a pesar de no poder pagarlas. Besarles manos y pies. Sobornar a los policías que se presentaban en casa para interrumpir las obras. Llorar frente a ellos y prometerles un buen cuscús una vez a la semana durante dos meses. Hice todo eso, Jafar. Sola. Sola. ¿Se acuerda Ahmed? ¿Lo sabe, al menos? No. Claro que no. Y durante todo ese tiempo había que arreglárselas en un mundo que nos era completamente hostil. La sociedad que nos rodeaba. La sociedad de los otros. Había que alejar a los vecinos celosos, malos, peligrosos, rastreros, que hacían de todo para desanimarme. Cada día

tenía una guerra. La casa. Eso es lo que los salvará. A todos. Más adelante. Con los años, estos cuatro muros valdrán dinero, mucho dinero. Un día me darán las gracias. De verdad. Sinceramente. De momento me han abandonado todos. Quieren liberarse de mí, dicen. Tener sus propias familias. Ya volverán. Volverán. Cuando me muera. Entonces lo entenderán. Hasta Ahmed. Hasta Ahmed lo entenderá. De momento, ni siquiera me coge el teléfono. Francia se lo ha tragado. Lo ha devorado. Solo me queda su número antiguo: 00 33 1 45 82 20 35. Ya no da señal. No me sorprende de él, de Ahmed. Siempre fue un poco malo. Seco. Sus hermanas le pusieron un mote. El Sin-Corazón.

¡Ahmed sin corazón! Pero si es tu hijo, Malika…

Es mi hijo. No contesta al teléfono. Ha preferido Francia.

Eres igual que mi madre, Malika. Hablas igual que ella. No hiciste nunca nada por Ahmed. Y por eso se volvió malo, seco, como tú dices. Es la única explicación.

Ni siquiera me consultó cuando tomó la decisión de irse a Francia. Me pidió dinero. Pero no le di nada. Fue elección suya. Que la asumiera hasta el final. Encima no iba a darle el poco dinero que conseguí ahorrar todos esos años… No está solo él. Están también sus hermanos y sus hermanas. Y son ocho. Hacen su vida. Se han casado. Tienen hijos. También hice más de lo que debía por ellos. Y, de hecho, no me apetece que vengan a verme más de la cuenta. A contarme sus problemas insignificantes que no se terminan nunca. No me identifico con ellos. Tengo la impresión de que no han salido en absoluto a mí. Son mis hijos y, sin embargo, no se me parecen. Demasiado conciliadores con sus parejas. Tienen miedo a sus parejas. Y, francamente, cada vez que lo constato, me entra la risa. Los miro y me digo: Y estos hijos son el fruto, el resultado de tantos años de sacrificio. ¡Qué decepción! No estoy de acuerdo con sus decisiones y, cuando se lo digo, se disgustan. Peor para ellos. Soy su madre. Tengo el derecho. Digo lo que me da la gana. Entonces se enfadan. Me dejan de hablar. Pero acaban volviendo cuando aparecen nuevos problemas. Siempre vuelven. Todos. Y, cada vez, he de decirles qué hacer, qué contestar, adónde ir, cómo arreglar las cosas. Siguen necesitándome cuando sienten que los han hechizado, que les han echado un mal de ojo. Entonces me toca neutralizar el hechizo, hacer un ritual mágico para curarlos, acariciarlos, mimarlos, alimentarlos, recargarlos de energía. Estoy cansada de ellos. Son ocho. Ocho. Y nunca paran, con sus peticiones, sus necesidades, sus debilidades, sus estados de ánimo que no me interesan en absoluto. Me cansan. Mucho. Estoy sola en esta casa y no es fácil, la soledad, pero la prefiero a que me invadan. Ya les he dado demasiado. Y cuando paso algo de miedo en esta casa vacía, pongo la televisión y la dejo encendida día y noche. No la apago. Los sonidos, los ruidos amueblan el silencio y hablan con mis

fantasmas… Te parezco una madre indigna, una mujer dura, Jafar. ¿No es así? La dureza no es eso. La manera que tengo de tratar a mis hijos ahora. Tienen que seguir creciendo. Y punto. Crecer lejos de mí. Te digo la verdad, como tú, Jafar, me dices la verdad sobre lo que sucedió en la cárcel. Tu historia me interesa. Tu vida me interesa. De ellos, de mis hijos, lo sé todo. Sé de antemano qué me van a pedir. Y siguen devorándome. Secándome. No me ven. Tú, Jafar, has entrado aquí para hacerme daño, para robarme, para golpearme, quién sabe si para matarme, y, no obstante, me escuchas. Me ves. Me miras. No lo aparentas. Me escuchas de verdad. ¿Me equivoco…? En el fondo, Ahmed es el único que se me parece. Estuvo a mi lado durante años y yo no me daba cuenta de que era el que más aprendía de mí. Y ahora que está lejos, ahora que ha tenido la fuerza y la osadía de cortar conmigo, de desaparecer voluntariamente, ahora me doy cuenta. Por fin me doy cuenta. Ahmed es como tú, Jafar. Ahmed es como yo, como su madre, Malika.

Solo hablas de ti, Malika. No sabes nada de lo que he vivido yo, realmente, ni de lo que ha vivido Ahmed. Esa muerte diaria. Aquí. En torno a tu casa de tres pisos. No decías nada. Dejabas que sucediera. Ahmed y yo maltratados cada día, violados cada día por hombres que conoces muy bien, que siguen viviendo aquí, al lado, en este barrio negro que se llama Hay Salam. Eres culpable, Malika. Eres como mi madre. Ella fue la que me empujó a esta vida criminal. No me convertí en un criminal a los veintidós años por casualidad. Recluso a la edad de veintidós años. Ella tiene mucho que ver, mucho que ver en eso. Y cuando me encerraron tras los barrotes en la prisión de Zaki, hizo como si yo no existiera. Mi madre. ¡Mi madre! Y, sin embargo, la cárcel está a escasos quince minutos a pie de su casa. Tú hablas de tu hijo Ahmed y ni siquiera piensas en pedirle perdón. Sí, Malika, perdón. Pedirle perdón sinceramente. Lo único que te importa es que has dejado de controlar a Ahmed. Ya no está aquí, a tu lado, sufriendo en silencio junto a ti, que haces como si no supieras nada. Ahmed cortó, sí, e hizo bien. Tus otros hijos te aburren. Necesitas algo nuevo. ¿Es eso? A alguien a quien le hagas creer que puede resistirse a ti cuando en realidad lo estarás manipulando. Como todas las madres, como todas las mujeres, se te da muy bien eso. Manipular. Manipular. Cegar a los demás. Interpretas a la perfección el papel de la madre abandonada ante mí, pero eres tú quien ha abandonado a Ahmed y no a la inversa. No sé si la vida es mejor en Francia, pero ha tenido mil veces razón en poner todos esos kilómetros de por medio entre tú y él, en exiliarse a otro continente, en encerrarse en la distancia asumida y el silencio imposible de romper. Yo estoy de su parte. Con Ahmed. No sé cómo se las arregló para encontrar el dinero y llegar hasta allí. Podría imaginarme fácilmente todas las cosas ilegales que tuvo que

hacer para conseguirlo. Bueno, ilegales para ti y para este mundo cruel. Estoy de su parte. Cuando éramos unos adolescentes, durante dos o tres años, Ahmed me lo contaba todo y yo se lo contaba todo a él. Lo llamaba, me llamaba. Nos reuníamos e íbamos juntos al centro de Salé. Y luego volvíamos juntos a casa. A veces no hablábamos. Solo estábamos ahí, el uno pegado al otro. Llorábamos. Llorábamos los dos en silencio. Debes pedirle perdón, Malika. Eres su madre. Y debes excusarte. Dices que solo tienes su antiguo número de teléfono de Francia. Dices que no sabes cómo contactar con él. Pero yo, Jafar, estoy aquí, frente a ti. Jafar es Ahmed. Ahmed es Jafar. Pide perdón. Pide perdón. No solo tú sufres en esta vida, en este mundo. No solo existe tu versión de las cosas y de los hechos. Repites sin parar que no lo sabemos todo. ¡El dinero! Quiero el dinero. ¿Dónde escondes el dinero? ¿En el armario? ¿En el cuarto de baño?

¿No quieres comer el tayín, Jafar? Venga, comamos, se va a enfriar.

No me gusta cómo cocinas, no cocinas bien. Demasiada sal. Demasiada pimienta. Demasiado picante. Todavía tengo el cuchillo bien afilado en la mano. Mírame. Mírame bien. A los ojos. El dinero. ¿Dónde está?

No lo estropees todo, Jafar. Vamos a entendernos, ya verás. Tengo un plan. Te daré todo el dinero que quieras. Tú también irás a Francia.

Estás desvariando, Malika. No quiero ir a Francia. No me interesa. El mundo, para mí, está aquí.

Irás allí y volverás con Ahmed. Tengo dinero. Está en el banco. Irás a París. Lo buscarás por todas partes. Lo encontrarás. Y le hablarás. A Ahmed. Él te escuchará, estoy segura. Volveréis los dos. Viviréis conmigo. Aquí, en esta casa que está cada vez más llena de fantasmas. Viviréis la vida para mí y alrededor de mí. Yo seré una madre para Ahmed y para Jafar. Seréis como sois. Os acepto como sois. No tenéis que cambiar. Tengo mucho dinero en el banco. Unos cuantos miles de dírhams. Nunca es demasiado tarde. Estamos en julio de 1999. Solo hace un año que se fue Ahmed. Menos de un año. Hay que ir allí, hablarle allí, transmitirle mis palabras, y mis excusas si quieres, antes de que se acostumbre definitivamente a Francia. No es demasiado tarde, no. Todavía albergo un poco de esperanza. ¿Cuántos años de vida me quedan? ¿Cuántos? No quiero morir sin haber cumplido mi misión con él, con Ahmed. Quiero darle por fin lo que nunca le di. Ahora tengo tiempo. Ya solo me queda eso: tiempo, el tiempo interminable y vacío. Por favor. Por favor, Jafar. No necesitas robarme. Te daré lo que quieras. Yo, Malika, te daré lo que tu madre no te dio, Jafar.

No serás nunca mi madre. Ya no quiero ninguna madre.

He entendido lo que has vivido. Yo sabía lo que le hacían a

Ahmed. Es verdad. Tengo remordimientos. Vivo abrumada por los remordimientos.

Vas a pagar. ¿Dónde está el dinero? ¡Contesta, rápido, rápido! No intentes confundirme con tus palabras, no funcionará. Ya lo he oído todo, lo he visto todo. Y la prisión de Zaki no ha hecho sino confirmar mi primera impresión. No hay esperanza. Apenas veintisiete años. Veintisiete años. Ya no hay esperanza. Dices que lo sientes, Malika, pero no sabes en concreto qué he vivido yo, antes de la cárcel y en la cárcel. No conoces los detalles, las huellas en mi cuerpo. Ni en el de Ahmed. No sabes nada. El mundo soltó sus leones hambrientos detrás de Ahmed, de mí, y se limitó a disfrutar del espectáculo: las violaciones reiteradas en directo, la muerte en directo. Tú estabas con los espectadores, Malika, y no te moviste de tu sitio. Pariste a tu hijo para enviarlo a una muerte segura. Cada día. No tienes corazón, Malika. Tus remordimientos hoy no sirven de nada. Absolutamente de nada. Aparentas simpatizar conmigo, con mis desgracias. Aparentas interesarte por lo que he vivido en la cárcel, pero es solo una fachada. Dices que quieres salvarme hoy, pero tenías que haberlo hecho ayer. Ayer. Hace diez años. Hace quince años. Ahora que tengo mi diploma oficial de criminal exconvicto, rechazo tus excusas y voy a llegar al final de mi carrera. Pequeño criminal, pronto gran criminal. La cárcel ya no me da miedo. Sé que volveré un día u otro. Tengo amigos ahí dentro, socios, amantes. Amores. No quiero que me salves. Ahmed hizo bien en irse a Francia. Y no te preocupes, la vida lo ha hecho fuerte y duro. Francia no es nada, nunca podrá someter a alguien como él. Más bien sucederá lo contrario. Tu hijo Ahmed es inteligente y calculador. Ha apuntado alto. ¡Quiere conquistar Francia y a los franceses! Ahí es donde hay dinero, del bueno, ahí es adonde hay que ir para hacerse con todo ese dinero, para tomar el poder y vengarse. Vengarse de todo el mundo. Vengarse también de esta tierra fría e insensible. Ahmed acaba de desembarcar allí y ya quieres detenerlo, impedirle que avance, que llegue a ser alguien. Que llegue a ser alguien sin tu ayuda. No piensas en él. Solo piensas en ti y en tu soledad en esta casa. Eres egoísta, Malika. Ahmed murió hace años, delante de ti, y no hiciste nada. Tus remordimientos no sirven de nada. Tus remordimientos no tienen nada que ver con Ahmed. Tus remordimientos solo hablan de ti, de ti, de ti. No de él. Ni de mí.

Lo echo de menos.

Tiene que buscarse la vida. En el fondo, lo que te da miedo es morir. Morir sin volver a ver a Ahmed… Todos vamos a morir, Malika. Él estaba delante de tus ojos, día y noche. Nunca le hablaste como me has hablado ahora a mí. No le dijiste nada. Como tanta gente en este Marruecos del miedo. Tú también eres una criminal.

Hice lo que pude. Francia me robó a Allal, mi primer marido. Lo

mataron en Indochina. Francia no tiene ningún derecho a llevarse a mi hijo ahora.

Francia solo es un lugar donde hay mucho dinero. En vez de dejarse maltratar a diario en Marruecos sin que nadie lo defienda, Ahmed se fue allí para conseguir ese dinero. En el fondo, el dinero es suyo, de antemano. No me cabe la menor duda de que el arte de la supervivencia que perfeccionó en Salé le va a servir muchísimo allí. Y tus historias, tu pasado, tus sacrificios, tus desgracias…, francamente, no me parecen nada excitantes. Todo ese pasado, no lo conocí. No lo veo. Yo estoy aquí, ahora. Ahora. Acabo de salir de la cárcel. Y necesito dinero. Tu dinero. Tú eres vieja. Ya viviste tu vida. No necesitas dinero. Yo tengo veintisiete años. Tengo más necesidad de dinero que tú. Dame el dinero. Y me da igual si vuelvo a la cárcel. De todas maneras, en un futuro, ir a la cárcel ya no se considerará una vergüenza en Marruecos. Al contrario. ¿Ves? Soy un precursor.

Hassan II… Hassan II va a morir. Hassan II está en el hospital. El hospital Avicena de Rabat. Vive sus últimos días. Después de él, todo será diferente.

Eso no me importa. Nadie ha hecho nunca nada por mí, para salvarme. Ni Hassan II, ni ningún otro. Desvarías de nuevo, Malika. Se diría que no conoces Marruecos. Que no sabes cómo funciona Marruecos. La realidad de Marruecos. La crueldad de Marruecos.

Simplemente te digo que quizá la esperanza resida ahí…

¿En la muerte de Hassan II?

Quizá.

Te creía menos ingenua.

No soy ingenua, Jafar. No conoces toda mi historia. Yo vengo de muy lejos. Del pueblo. De la pobreza. De la guerra.

Para. Para. Todo ese pasado… Ya me lo has contado.

No puedo hacer otra cosa. Contarlo. Repetirlo. Tengo que contar el pasado. Mi pasado… Yo hice la guerra. Varias guerras. Incluso si el mundo ha sido cruel contigo, Jafar, conmigo se ha portado peor, peor de lo que puedas imaginar. Y, a pesar de todo, yo, una mujer analfabeta, obré el milagro: salvarlos a todos, incluido Ahmed. A todos. A todos. Y aunque mis hijos no me lo agradezcan hoy, no me importa. Al final, acabarán por conocer mi pasado y mis batallas. Yo lo pensé todo, lo construí todo, lo realicé todo.

Hablas como la gente de la televisión. ¿Quieres una medalla, Malika? ¿Quieres el reconocimiento del Estado? ¿De Hassan II antes de que se muera?

¿Y por qué no? ¿No crees que yo también me merezco cierto reconocimiento?

Me la suda… El dinero. Levántate y dime dónde tienes escondido el dinero.

Pero es que aún no hemos terminado de comer el tayín, Jafar. No está bien. Hay que comérselo todo, y no dejarle nada al diablo. El diablo… Ayúdame a terminar el plato, por favor. Suelta ese cuchillo y vuelve aquí a comer. Puede que sepa un poco picante, pero está bueno. Ven. Come. Come. Me hace ilusión verte comer. Eso es lo más importante. Comer. El pollo, la cebolla, las pasas van a darte fuerzas y buen humor. Ya verás. Te vas a transformar. Coge este trozo. El muslo. ¿Te gusta el muslo?

Prefiero la pechuga.

Muy bien. Toma la pechuga. Yo me comeré el muslo… ¿No me das las gracias, Jafar? No importa. Come. Come. ¿Has visto una película francesa que se titula Adiós, muchachos?

No.

La vi con Ahmed, hace mucho tiempo, en la televisión. Y desde que se fue, desde que ya no está en casa, la película me viene a menudo a la cabeza. Hay dos muchachos en esa película, dos adolescentes, en un internado. Es invierno. Hay nieve. Hace frío. Todo el mundo tiene frío. Todo el mundo tiene miedo. Hay alemanes, soldados alemanes. Se les ve a veces, no todo el tiempo. A los que se ve, en realidad, es a los chicos, muchos adolescentes… Ahmed está allí, ahora, y cuando intento imaginar la realidad en la que vive, por dónde camina, dónde duerme y de qué tipo de gente se rodea, me viene a la mente la película.

¿Es una película de la guerra?

No exactamente. Eso creo…, pero no estoy segura… Esconden a unos niños, a dos o tres, entre todos los demás. Están en peligro. Son judíos.

¿Francia mata a los judíos?

Hay una cama vacía al lado de la del protagonista. Se la dejan a uno de los tres niños judíos. Está triste y es valiente, el pequeño judío, se ve enseguida. Y tiene el pelo rizado. No sé cómo se llama. Tampoco me acuerdo del nombre del protagonista.

¿Qué quieres decirme con todo eso?

Nada. Hablamos. Te hablo. Establezco otra relación entre Ahmed y tú. Es lo que veo… Adiós, muchachos… Ahmed, que vive en una película francesa… Al final, alguien denuncia a los tres chicos judíos. Los soldados alemanes entran en la escuela. Los detienen, a ellos y al cura que los ha protegido. Todos los niños están en el gran patio de la escuela. Todo el mundo tiene frío y miedo. Justo antes de salir, de desaparecer completamente, el cura se vuelve hacia los alumnos y dice, tranquilamente: Adiós, muchachos… Ellos contestan, todos: Adiós, padre. Yo no entiendo el francés. Me lo explicó Ahmed. Y después… Después…, nada… El protagonista dice que es la última vez que los vio. A los tres chicos judíos. El cura era muy bueno. Murieron.

Los cuatro. Muertos. Jafar, tienes que ir allí y volver con Ahmed. ¿Cuántos años de vida me quedan? ¿Cinco años? ¿Diez años? ¿Quince años? Los demás están aquí, a mi lado. Pero él, Ahmed, vive en Adiós, muchachos. Debo hacer algo, ¿no crees? Tengo que traer a Ahmed. Es mi deber de madre. Soy su madre. Por fin me despierto. El pasado es el pasado, Jafar. Importa el presente. Y te he dicho que pido perdón. Quiero corregir mis errores. Ahmed escogió Francia. No estoy de acuerdo con esa elección.

Ahmed sabe mejor que tú lo que debe hacer. No necesita tu bendición, tu apoyo, tu opinión. Si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo. Exiliarse. Partir lejos. Es lo único que funciona. Poner tierra de por medio. Vivir entre los extranjeros. Consolidar la soledad en lugar de intentar evitarla. Es la única solución. Ahmed no volverá. Y no iré a buscarlo. Métete eso en la cabeza, Malika.

Un día, Ahmed se despertará y será demasiado tarde. Yo ya no estaré aquí, en este mundo. Un día, caminará solo por las calles de Francia y lo comprenderá. Lo verá. Recordará cuánto le he dado, a pesar de todo. Cuánto he hecho por él. Lo verá todo. Todo. Y no podrá llorar de lo avergonzado que estará por haber cortado con su madre y haberla dejado morir sin decirle: Perdón, mamá. Un día, los años caerán sobre sus espaldas, pesados, agotadores, despiadados. Y no habrá nadie a su lado. Cogerá el teléfono, marcará mi número y, en el último segundo, se dará cuenta de que ya no estoy aquí. Muerta, Malika. Entonces, pasará el resto de su vida en un océano de remordimientos. En un camino lento, lento, vacío, hasta la muerte… ¿Es verdad o no esto que digo? Sabes que tengo razón, Jafar. Le tiendo la mano a Ahmed.

Ha cambiado de número. No iré a Francia, Malika.

Por favor, Jafar. Mira… Acabas de comer mi comida. Ahora estoy dentro de ti. Estoy dispuesta a todo… Pero que me perdone y que vuelva… Ahmed…

El futuro está allí, en Francia. No volverá.

El futuro… ¿Qué futuro? ¿El dinero? No solo cuenta el dinero en este mundo. Hay que vivir la vida, y juntos.

Para las personas como Ahmed y como yo, el porvenir está en Francia. Y deja de gritarme, Malika. No eres mi madre. Juegas a la madre sensible que quiere lo mejor para sus hijos, pero es demasiado tarde. Es demasiado tarde para ti y para Ahmed. Desde hace mucho. No solo desde que se fue. Y, además, no quieres reconocer el daño que le has hecho tú a él.

¿Qué daño? Lo llevé en mi vientre. Lo parí. Lo alimenté. Lo cuidé. Lo crie. Lo mandé a la escuela, al instituto, a la universidad. ¿Es que eso no cuenta? Eso es amar, invertir, dar fuerzas. Nunca le ha faltado un plato de comida en la mesa. ¿Es que eso no vale nada? Una madre

que madruga, que hace el pan, que lava la ropa sucia, que limpia la casa, que, durante años, cocina cuatro veces al día para once personas, ¿no vale nada? ¿Quieres que le pida perdón a Ahmed? Pero ¿de qué estás hablando, Jafar? ¡Qué perdón ni qué perdón! Esto es el mundo al revés. Me dices que no chille. ¡No me da la gana! Voy a chillar. ¡Sí, a chillar! Ahmed sufrió, de acuerdo. Pero yo sufrí más. ¡Lo mío fue peor, peor! A Ahmed lo violaron. A mí me mataron al marido en Indochina. Y me pusieron de patitas en la calle. En la calle. En el pueblo. ¿Entiendes? La calle. El campo. ¿Y ahora queréis que pida perdón…? ¡Nunca! ¡Jamás! Ahmed, me di cuenta de cómo era desde el principio. De cuál era su naturaleza. Pero no lo eché de casa. No hice eso. No hice lo que hacen los otros padres en Marruecos. Dejé que se quedara aquí y le di su oportunidad, como a los demás. Le di de comer como a los demás. Lo mandé a la escuela. Hice todo eso por él. Y ahora que tiene veintisiete años escoge irse a Francia, corta la línea telefónica y hace como si yo, su madre, fuera una pueblerina, una ignorante que no sabe nada de la vida, ni de la cultura, ni de las luchas… ¡Qué decepción! ¡Qué vergüenza! Mi hijo ya no es mi hijo. Corta todas las vías de comunicación entre nosotros. Esa es su respuesta. ¿Es eso ser moderno hoy? ¿Renegar de la madre? ¿Matar a la madre? Y si no se acuerda de lo que le di, si no se acuerda de mi comida, que le pregunte a su vientre. El vientre de Ahmed seguro que se compadece de mí más que él. Pero Ahmed se ha olvidado hasta de su vientre agradecido. Qué tristeza… Ya no es mi hijo. Ya no es mi hijo… No vale la pena ir a buscarlo a Francia, Jafar. Tienes razón. No se lo merece. Se acabó. Se acabó. Que viva esa libertad fría y egoísta allá, sin nosotros, sin mí. Ya no es mi hijo… ¿Quieres mi dinero del banco? ¿Es eso? ¿Cuánto necesitas? Responde. ¿Tienes dónde vivir? ¿Quieres quedarte aquí conmigo? Puedes, Jafar. Puedes… No dices nada… Habla…

Yo no soy Ahmed, Malika. Yo no busco otra madre.

Eres un ladrón, ya lo sé.

Exactamente. Un ladrón.

Y por eso has ido a la cárcel. ¿A quién robaste?

Me metí en un chalé cerca del centro de Salé. Solo estaba el hombre. Era muy fuerte. No llegué a robarle. Pero nos peleamos. Le clavé la navaja en el muslo. Y a pesar de eso, me venció. Me ató y estuvo golpeándome durante una hora. Luego llamó a la policía… El resto ya lo sabes. Cinco años de trena. Tentativa de robo y tentativa de asesinato, dijeron… Tengo veintisiete años y la vida ya se ha acabado para mí. No puedo hacer otra cosa más que seguir robando. Mi vida se reducirá a eso. Robar. Robar.

Es muy peligroso, Jafar.

Acabo de salir de la cárcel, y aquello no era solo muy peligroso.

Cada día me arriesgaba a que me mataran. Cada día había que negociar con los leones, los tigres y los cocodrilos. Les di mi trasero. Siempre que querían. Eso me salvó. Me he salvado. ¿Qué puedo hacer ahora, aparte de robar? Robar. Seguir robando. Es simple. Robar. Robar. Y sé que pronto volveré a la cárcel. De hecho, lo estoy deseando. Los echo de menos… A los leones, a los tigres, a los cocodrilos… La prisión de Zaki… Al menos detrás de esos muros no hay que justificarse por nada. Allí se autoriza, se fomenta, se incita el amor entre hombres. No se castiga. No pueden hacerlo, no pueden castigar ese amor. Saben que sin ese amor la prisión no aguantaría en pie ni un día. Habría una revuelta, una revolución, un incendio, ardería todo. Desde que salí de la prisión de Zaki no pienso en otra cosa: en reincidir, volver allí, con mis compañeros, mis parejas, mis violadores, mis amantes; volver a comer esa bazofia, a vivir en medio de ese ruido, del silencio…

Volver a ver de vez en cuando al director, a Tihami. No espero que algún día me llame de nuevo. Pero urdiré una estrategia para vengarme un poco de él, que alguien me regale un día esos mangos que él me prometió.

Los mangos. No se te han olvidado. ¿Hablas en serio, Jafar? ¡Has perdido la cabeza!

Echo de menos todo aquello. En mi cabeza, día y noche, vivo, viajo y avanzo por las alas, por los corredores, por las celdas de esa prisión. He estado allí de los veintidós a los veintisiete años. Casi cinco años. Allí aprendí a olvidarme del exterior, a no proyectar nada con vistas a mi vida en el exterior, a no prever nada. Me acostumbré a la violencia carcelaria. Me acostumbré a las reglas y al espacio reducido. Estaba en la sección D. Echo de menos hasta el ahogo y los ataques de pánico que sufría de vez en cuando. Éramos sesenta en la misma celda. Sesenta personas en sesenta metros cuadrados. Sueño con volver a encontrarme en esa celda, rodeado de esos hombres hermanos, rodeado de esos cuerpos fuera de la ley. Ahí ya no hay nada que perder: somos todos criminales. ¿El futuro? ¿Qué futuro? Nosotros ya hemos encontrado nuestro lugar, nuestro centro. La prisión de Zaki. No hay nada más que soñar. Somos el mal, hemos sido designados oficialmente como el mal. Lo llevamos escrito en la frente. Desde que salí, todo el mundo en las calles de Hay Salam me reconoce como un expresidiario. Todo el mundo me rechaza de nuevo. Me cierran todos los accesos. Todas las puertas. No puedo esperar nada. Solo quiero volver tras esos muros. Estar con mis amigos, mis hermanos, mis hombres. Allí es la guerra y es la paz. Es la paz y es la guerra. La una en la otra, constantemente. Sin tregua. La paz en la cárcel tiene otro sabor. La guerra en la cárcel merece la pena. Se hace todo sin esconderse. Eso es lo que más echo de menos: no tener que

esconderme. Desde que salí, tengo que esconderme de nuevo, interpretar distintos personajes a la vez: ser hipócrita, ser calculador, ser falso todo el tiempo. Tener mil y un rostros. Esto ya no es para mí. Ya no controlo los códigos de aquí. Ya no entiendo nada de cómo funcionan las cosas aquí. Mi madre ya no es mi madre. Ha vuelto a casarse. Se ha ido a otra parte, muy lejos. Y no quiero ir a buscarla, quiero regresar con los hombres de la prisión. Ellos sí son libres. Sé que es difícil de creer, pero en la cárcel se es libre. Tu hijo Ahmed se fue a Francia. Yo quiero volver allí, detrás del sol, detrás de la vida, detrás de la pantalla del locutorio, detrás de las estrellas. Y tú, Malika, vas a ayudarme. Te he seguido por la calle, he entrado en tu casa. No quiero robarte, en realidad. No. No. Solo tienes que ayudarme. Vas a llamar a la policía y vas a acusarme de algo grave. Debes hacerlo, Malika. Quiero volver a la prisión de Zaki. Por favor. Por favor… Si no lo haces, me veré obligado a… El cuchillo en el muslo, como con aquel otro, el del chalé… Por favor…

No, Jafar. No.

Pues no me dejas alternativa.

Haz lo que creas que debes hacer.

¿No tienes miedo, Malika? ¿No…? No quiero ir al banco. Dame solo el dinero que tengas aquí, en la casa.

No tengo gran cosa aquí.

¿Quieres que me eche a llorar, Malika? ¿No te han enternecido todas las tragedias que acabo de contarte? ¿Quieres que siga con más historias tristes de mi pobre vida? ¿Cuánto dinero tienes…? ¡Contesta! Mira. Mira bien el cuchillo. Está muy afilado. No me obligues a hacerte daño. Por favor. Por favor.

No.

Entonces voy a robarte y a clavarte el cuchillo en el muslo para que me condenen otra vez, a ocho o nueve años por lo menos. Es mi única oportunidad. Solo así me mandarán exactamente a la misma ala de la prisión de Zaki… Ahí donde están mis amigos, mis amantes. Me esperan. Los echo de menos… No, no estoy loco. ¡Vamos, Malika! El dinero. ¿Cuánto dinero tienes en casa? ¿Cuánto?

Cinco mil dírhams… Seis mil.

Seis mil dírhams no son nada. Seis mil dírhams… ¿Y qué hago yo con eso? Lo mejor es que se los mandes por giro postal a Marwán, a la cárcel. Me los guardará hasta que yo vuelva. Seis mil… ¿Lo juras, Malika? ¿No tienes más? Dios te guarde, Malika. No me mientas. ¿Lo juras?

Te lo juro, Jafar.

Vendrás a verme a la cárcel. De vez en cuando. No muy seguido. Solo de vez en cuando. Voy a quitarte el dinero. Voy a clavarte el cuchillo en el muslo. Y quiero que vengas a veces a visitarme a la

cárcel. Ahora nos conocemos, Malika. Y he comido tu comida, el plato que has preparado con tus propias manos. Eso cuenta, ¿no? No vengas muy seguido. Ven una vez al año, con eso bastará… Aunque solo sea para contarme si Ahmed se ha puesto en contacto contigo o no… Es una buena razón.

Estás solo en el mundo.

No más que tú, Malika.

La cárcel no es vida. Un día te harás viejo. Saldrás de la cárcel viejo y será demasiado tarde. Nunca podrás adaptarte a la vida del exterior.

No has entendido nada de lo que llevo diciéndote desde hace una hora, Malika.

Y tú, Jafar, no has escuchado nada de lo que te he contado sobre Ahmed.

Esto es el final. Ha llegado el momento de irse. Dame los seis mil dírhams. ¿Dónde los escondes? ¿Dónde? ¿En el sostén? ¿Ahí? ¿Ahí…? Sácalos… Sácalos.

Aquí los tienes. Seis mil. Algo más, incluso. Seis mil doscientos dírhams.

Gracias. Gracias. Hablaré de ti a mis colegas de la trena. No bromeo. No tengo nada en contra de ti, Malika.

Gracias, Jafar.

De nada. Y ahora, el cuchillo. Voy a clavártelo en el muslo. Será rápido. No te dolerá mucho. Ya verás. Cierra los ojos si quieres. O mira hacia arriba. ¿Qué prefieres?

Espera, espera. ¿Sabes escribir en francés?

Un poco.

Vas a ayudarme a escribirle una carta a Monique.

¿Quién es Monique?

Cuando volvió a verme en los años ochenta, con sus dos hijos, me dejó un sobre. Había algo de dinero dentro. También había una dirección postal. La suya. Vive en París. Ahmed está ahora en París. ¿Entiendes?

No entiendo. ¿Quién es Monique?

Es una francesa que, hace ya mucho tiempo, quiso quitarme a mi hija Jadiya para llevársela de criada a su chalé de Rabat. Pero yo no quise. Hice todo lo posible para alejar a Monique de nosotros, de nuestra vida y de nuestros proyectos. Yo tenía grandes ambiciones para Jadiya. Un buen matrimonio con uno de esos hombres importantes de los ministerios o del Palacio Real de Rabat. Nada de aquello se cumplió. Me equivoqué de medio a medio. Jadiya se enamoró de Said, un albañil pobre que trabajaba a veces en la Biblioteca General. Said era muy guapo. Era todo cuanto poseía: su belleza. Y, por supuesto, la belleza atrae y reclama más belleza.

También él se enamoró de Jadiya. Quería casarse con ella. Jadiya solo tenía diecisiete años. Todavía había esperanzas de que diera con el hombre rico de Rabat que nos salvara a todos de la pobreza. Pero ya nadie quería escucharme en casa. Ni siquiera Mohamed, mi marido, me hacía caso: Impediste que Jadiya se fuera a Francia con Monique y que tuviera un bello porvenir, no irás a impedirle ahora que viva dichosa, ¿no? Jadiya ha encontrado el amor. Ese Said es pobre, pero la quiere.

¿Se casó con ese Said?

Sí. Me equivoqué. Quizá debería haberla dejado marchar con Monique.

Habría sido una criada el resto de su vida. La vida es mucho más que eso. Hiciste bien en no aceptar.

A veces me arrepiento.

Te equivocas, Malika.

Nadie me ayudó. Yo creía que con el hombre rico de Rabat nuestra vida sería más fácil. Que por fin tendríamos un poco más de holgura. Jadiya escogió el amor con un pobre. Said. Y yo tenía que seguir luchando. Ocuparme de todos, alimentarlos, vestirlos. Y ahorrar céntimo a céntimo para construir la casa de Salé. No me ayudaron. No me facilitaron la tarea.

¿Y qué quieres que haga yo?

Vas a ayudarme, Jafar. Vamos a escribirle una carta a Monique. Le hablaremos de Ahmed. Le contaremos la historia, solo una parte, no toda. Le diremos que no conseguimos dar con él. Y le pediremos que nos ayude a encontrarlo. Los dos viven en París. No debe de ser tan grande, París, ¿no? Monique. Monique. ¿Por qué no habré pensado antes en ella? Tiene que ayudarme. Va a ayudarme.

Pero tú te negaste a que se llevara a tu hija de criada…

Precisamente por eso. A Monique le gustó que me resistiera. Y seguramente sigue recordando lo que pasó entre nosotras en las ruinas de Chella. Por supuesto que se acuerda.

¿Qué pasó?

Te lo contaré otro día. Cuando Monique volvió a verme a mediados de los ochenta, hizo bien las cosas. Fue a ver a mi marido al trabajo, a la Biblioteca General, y le dijo que me avisara de que iba a venir a visitarme a Salé tres días después. No llegó a casa así, sin avisar, como si mi casa fuera la suya, su territorio y su ley. No. Ahora sabía que había que tenerme respeto. Me dejó tres días antes de venir. Tiempo de sobra para preparar bien la casa, para limpiarla y para recibirla como Dios manda.

¿Y vino?

No solo vino, sino que, además, trajo con ella a sus dos hijos. Unos adolescentes. De catorce y doce años. Muy limpios. Guapos. Muy bien

educados. Pierre y Emmanuel. Creo que Monique quería honrarme así. Me enseñaba a sus hijos. Lo más importante para ella. Quería decirme también que no había tenido hijas, y que no tendría. Ya había cumplido los cuarenta años, por entonces. Demasiado tarde para tener más hijos. Ese era el mensaje.

¿Qué mensaje? No entiendo.

Tu hija Jadiya habría podido ser mi hija. La hija que no he tenido. Pero fuiste más fuerte que yo, Malika. Lo reconozco. Y no te guardo rencor. Es lo que dijo.

¿Habla árabe?

Sí, un poco, no muy bien. Pero las pocas palabras árabes que llevaba dentro le bastaron para transmitir ese mensaje.

Demasiado directo. ¿Y qué le respondiste tú?

Monique estaba en mi casa, no podía atacarla. Decidí ignorar su mensaje. Y dije para tranquilizarla: A cada uno su maktub. Jadiya se casó con un hombre al que ama. Es lo que quería. Jadiya dice que es feliz. No sé si hay que creerla. Escogió el amor. Y su padre apoyó su elección. Yo no dije nada. Cumplí con mi deber. Y pasé a otra cosa… Monique pareció satisfecha con mi respuesta. Me pidió que le enseñara la casa. No había mucho que enseñar. Una casa sin terminar donde faltaba casi todo… Pero una casa limpia, refulgente de tan limpia. Que olía bien, a benjuí, que quemé antes de que llegara Monique. Dijo que era la primera vez que volvía a Marruecos desde lo que sucedió en las ruinas de Chella. La tumba de su padre Georges en el cementerio cristiano de Rabat la había llamado de nuevo. Tenía que responder a la llamada. Ir a visitar la tumba y presentarle a su padre sus dos chicos.

Pero ¿está muerto?

Los muertos no son solo muertos. Hay que seguir pensando en ellos, seguir viviendo con ellos, contándoles lo que nos sucede. Mantener el vínculo hasta el final. No dejar que se mueran del todo. Monique dijo literalmente que quería que su padre viera a los dos chicos. Que los amara desde su tumba, que los abrazara, que les infundiera su aliento. Me gustó esa forma suya de hablar, de tener fe. Me levanté. Fui a la cocina. Preparé una gran tetera de té con menta. La puse delante de Monique y de sus dos hijos, con tres paquetes de galletas Henry's. A Pierre y a Emmanuel les encantó aquello. Se comieron todas las galletas y se tomaron la tetera entera. El té con menta tan dulce los excitaba, se volvieron vivos y alegres. Monique y yo estábamos encantadas. Dijo: Les gusta Marruecos, ya lo ves, Malika. Contesté: Son bienvenidos en Marruecos. Monique sonreía. Ya no era aquella burguesa francesa que nos miraba por encima del hombro. Era solo una mamá enternecida al ver que sus hijos aprecian algo sencillo y al mismo tiempo intenso del país donde ella nació.

Estaba como agradecida. A pesar del pasado, que no había pasado realmente, yo los acogía en mi casa, y bien, muy bien, a ella y a sus hijos. Los acogía sin poner pegas. Té con menta demasiado dulce y tres paquetes de galletas Henry's. Era todo lo que podía ofrecerles. Y bastaba. Justo antes de marcharse, me hizo un regalo: un fular. Un fular de París. Muy rojo, con motivos florales. Eran flores que aquí se ven por todas partes, en Rabat, en Salé. El hibisco rojo. Un fular de hibiscos, muy rojo. Un fular de París, de hibiscos, muy rojo. Prácticamente no había otro color en el fular. También había, creo, en medio de las flores, un tallo igual de rojo con unos capullos muy pequeños, de color amarillo claro.

¿Sigues conservando el fular? ¿Dónde está?

En el armario. ¿Quieres verlo, Jafar? ¿Sí…? Entonces, sígueme. Este es el armario. ¿Dónde habré puesto el fular…? Aquí no. Aquí tampoco. ¿Dónde…? Aaah, ¡aquí! Toma, mira, mira, toca, toca. Es muy rojo. Póntelo alrededor del cuello, Jafar. Así… Mírame.

No dices nada. ¿Me queda bien o no me queda bien?

Ese fular te queda precioso, Jafar. Te lo doy. Ese fular te sienta de maravilla. Resulta raro y a la vez tan bonito, vértelo puesto. Te lo doy. Te lo doy si me ayudas a escribir la carta a Monique.

Y tú, ¿tú le regalaste algo a esa Monique?

Doscientos cincuenta gramos de benjuí. Le dije que solo quemara un poquito cada vez. Un trocito muy pequeño de benjuí basta para transformar toda la casa: el estado de ánimo, los cuerpos, los corazones, la cabeza, la sangre. De uno mismo y de los demás. No exagero. Es lo que sucede cuando se hace con un corazón puro. Puede que aún le quede, a Monique, un poco del benjuí que le di hace tanto tiempo ya. Cuanto más viejo es el benjuí, mejor.

Ese benjuí era el símbolo de algo entre ella y tú, ¿no?

¿Te refieres a una reconciliación? Tampoco hay que exagerar. Nos comportamos como mujeres bien educadas. Con buenos modales. Disfrutamos de una paz momentánea. Eso es todo. Pero el pasado no se olvida. No se olvida nunca. ¿Entiendes? Quédate con el fular. Es para ti. De regalo. Con la condición de que me escribas la carta para Monique. Sigo conservando la que me envió después de aquella segunda visita. Y viene su dirección de París.

Acepto, Malika. De acuerdo. Me llevaré el fular a la cárcel y se lo regalaré a Marwán. Estará encantado. Le gustan los colores vivos. Le contaré toda la historia del fular. Por fin confiará en mí.

¿Y quién es ese Marwán?

Te lo diré más tarde. Dame una cuartilla y un bolígrafo. Y también un sobre. ¿Tienes?

Sí. Seguro que hay entre las cosas de Ahmed. Está todo aquí, en este armario. Aquí. Mira… Sí, busca por ahí… ¿Has encontrado?

Sí. He encontrado de todo. Dime qué quieres decirle a Monique y yo lo escribiré en francés. Vamos.

Querida Monique, buenos días. Soy Malika. Malika de Rabat y de Salé. La madre de Jadiya. Espero que la vida esté siendo dulce para ti y para los tuyos. Que Dios te abra todas las puertas a ti y a tu familia. Te necesito, Monique. Necesito tu ayuda. Solo tú podrás ayudarme. Solo tú. Y si me atrevo a escribirte esta carta es por los momentos intensos que hemos vivido juntas. Aquellos momentos intensos también fueron momentos complicados, duros, no lo olvido, pero te revelaron mi verdad más íntima y me revelaron tu verdad más íntima. Mi rostro en tu rostro. Tu rostro en mi rostro. Escribo hoy sin hacer como si el combate que tuvo lugar entre nosotras no hubiera existido. Solo cumplí con mi deber, ya lo sabes: asumir mi responsabilidad hasta el final. No te entregué a Jadiya por las razones que ahora conoces muy bien. Cuando viniste a verme a Salé con tus chicos, Pierre y Emmanuel, entendí que me había ganado tu respeto. Tú también cuentas con el mío. Fui testaruda contigo. Pero te respeto. Y por eso te escribo. Te respeto. Sé que entenderás lo que te pido y mi desesperación. Se trata de Ahmed, de mi hijo Ahmed. Ahmed Kebir. Tiene veintisiete años. Lleva casi un año en París. Y desde hace tres meses no consigo ponerme en contacto con él. Ha cambiado de número de teléfono y no me ha llamado para darme el nuevo. No quiere hablarme. Quiere cortar con todo el mundo, conmigo, con la familia, con Marruecos entero. Tiene sus motivos, que entiendo y no entiendo. Creo que se venga de nosotros, de su país, de mí, sobre todo, porque no hicimos nada para protegerlo, de pequeño, de las numerosas agresiones sexuales que tuvo que soportar en Salé. Ahora que está en París, quiere olvidar el antiguo mundo, hacer borrón y cuenta nueva con nosotros. Se venga. Se venga. Se ha vuelto duro, como yo. Se ha convertido en un tigre. Un tigre solitario. Pero yo soy su madre. Su madre, pase lo que pase…

Malika, creo que debes contárselo todo a Monique, explicarle con qué palabra se refieren a tu hijo aquí, en Marruecos.

Pero es que no hay una palabra. Solo son insultos, Jafar.

Está la palabra zamel.

No digas esa palabra delante de mí.

No hay otra. Solo esa, Malika. Zamel. Debes decírselo a Monique, y explicárselo. Ahmed es zamel. Por eso huyó de Marruecos. Cree que puede vivir libre en París.

No hay libertad, Jafar. La libertad no existe. Ni aquí ni en ningún otro lugar.

Bueno, Malika, vamos a dejar de filosofar porque no sirve de nada. Pero debes utilizar la palabra. Zamel. Solo existe esa palabra. Tu hijo vive con esa palabra. Yo también. Deseas que vuelva y ni siquiera

quieres que se pronuncie la palabra que lo designa.

Es una palabra sucia.

La palabra en sí no es sucia.

Es sucia, Jafar, muy sucia.

Si la pronuncias tú, Malika, dejará de ser sucia. Al menos, entre nosotros cuatro: Ahmed, Monique, tú y yo, en esta carta… Dila… Dila… A mí también me vendrá bien oírla de tu boca. Créeme… Vamos, haz algo que tu hijo Ahmed lleva años esperando y que nunca has tenido la generosidad de hacer.

Ya te he dicho que no iba a pedir disculpas. Les di todo. ¿Qué más quieren?

No le diste todo a Ahmed.

Soy su madre.

Di la palabra. Dila. Solo es una palabra. Zamel. Zamel.

Cállate, Jafar. Cállate. Vamos a seguir con la carta.

Te escucho, Malika.

Querida Monique, este es el antiguo número de Ahmed: 00 33 1 45 82 20 35. Puede que ese número te ayude a encontrarlo. París no puede ser tan grande, me imagino, como para no poder encontrarlo. Y, además, si se quiere, se puede. Así que, por favor, encuéntralo y dile que solo espero una cosa: que vuelva a ponerse en contacto conmigo. Dile también que madre solo hay una. Y esa madre, que soy yo, ya es vieja. Pronto se irá, definitivamente. No me queda mucho tiempo de vida. ¿Cuánto? Ya conoces mi dirección de Salé. Este es mi número de teléfono: 00 212 3 75 83 36 72. Cuento contigo, Monique. Encuéntralo. He cometido errores con Ahmed, lo reconozco. Pero no lo eché a la calle. No le impedí que estudiara…

Te repites, Malika, y no concretas nada.

No diré la palabra sucia. ¿Me oyes?

Sí, Malika, te oigo.

Muy bien, Jafar.

Ahmed no debe volver nunca a Marruecos.

¿Por qué dices eso?

Quieres que vuelva, pero ni siquiera eres capaz de nombrarlo con una palabra. Una pequeña palabra de cinco letras. Nada. No quieres poner nada de tu parte. Puede que tengas tus razones. Puede, también, que ni siquiera allí exista la libertad, como dices. Pero Ahmed debe quedarse allí, lejos, lejos. Lejos, en Francia. Lejos, consigo mismo. Y yo, yo voy a quedarme aquí, lejos y justo al lado: en la prisión de Zaki. A cada cual su cárcel.

La vida es más complicada de lo que dices.

Solo hablas de ti, Malika, y de tu sufrimiento.

Pero es mi hijo.

No tengo nada más que decir, Malika. Nos estamos dando de

golpes contra una pared. Acabamos la carta con un saludo cordial, ¿de acuerdo? Igual quieres añadir algo más…

Sí.

¿Qué?

Monique, mi hijo Ahmed es un poco especial. Ya lo entenderás. Sé buena con él. Cuando era pequeño se ponía enfermo muy a menudo. Su salud sigue siendo muy frágil y no sé ni siquiera cómo se las arregla para aguantar el frío de Francia. Sé buena con él. Y, si lo consigues, haz que te hable. Que te cuente a ti todo lo que yo ignoro de él. Quizá se sienta más cómodo contigo. Dile que has nacido en Marruecos. Cuéntale tu relación con este país. Dile lo que yo nunca pude decirle. Las palabras que espera. Muéstrale otra ternura, distinta de la mía. Cuida de él, de lejos, si es posible. Invítalo a comer a tu casa en las fiestas cristianas. Haz con él lo que te impedí hacer con Jadiya. Puede que con esto estemos reparando algo, por fin. Si la soledad está en todas partes, pues que mi hijo Ahmed encuentre de vez en cuando, contigo, una puerta abierta, aunque sea solo por un momento. Un recuerdo de su país. Otro rostro de su país. Sé que estoy pidiéndote un gran favor. Pero solo te tengo a ti, allá, en esa tierra extranjera, para ayudar a Ahmed. Una tierra desconocida y a la vez familiar para mí. El pasado entre nosotras no se olvida, por supuesto. Pero a Ahmed no parece interesarle el pasado. Solo piensa en él, en él, en él. Me ha olvidado. Está haciendo algo que parece imposible: olvidar a su propia madre. Te escribo y me atrevo a esperar que esta carta y estas palabras lleguen no solo hasta tus manos, sino también a tu corazón. Gracias. De antemano, gracias, mil gracias. La tumba de tu padre en Rabat no está lejos de nuestra casa, iré a visitarla de vez en cuando. La limpiaré. La lavaré. Y Jadiya me acompañará. Puedes contar con nosotras. Rezaremos por tu padre, por su alma, en nuestra lengua y con nuestra sensibilidad. Salam de Rabat, salam de Salé, para ti y para tu familia…

Malika Kebir.

¿Es todo? ¿Te releo la carta?

No, Jafar. No hace falta. Este es el sobre. Aquí está la dirección de Monique. Y aquí tienes el fular, como te he prometido.

Marwán se pondrá muy contento. El rojo es su color preferido. Se va a emocionar. Lo sé. Eso espero. Mi corazón ya no me pertenece. Late allí. Sigue allí. Por los corredores y entre los muros de la prisión de Zaki. Marwán. No tengo ningún motivo para quedarme aquí. Marwán está detrás de esos muros. Le quedan diez años. Voy a reunirme con él. Yo solo puedo vivir allí. Junto a Marwán. Y para eso tengo que llegar hasta el final. Tengo el dinero, el pañuelo. Solo me falta clavarte el cuchillo en el muslo. Robo, tentativa de asesinato, reincidente. Con un poco de suerte me condenarán a unos diez años.

Como a Marwán. Ya está… He escrito la dirección de Monique en el sobre y tu dirección en el reverso. Ya mando yo la carta. Tú, Malika, no podrás.

Tendré el cuchillo clavado en el muslo, lo sé.

No mientas a la policía, Malika. Díselo todo. Acúsame de todo. Échame la culpa. No lo dudes. Dales mi nombre y mi apellido: Jafar Malki. Acuérdate bien de mi apellido, es importante. Malki. Malki. Dilo… Jafar Malki. Malki. Y otra cosa… He estado pensando. No quiero que vayas al juzgado cuando salga el juicio. ¿Prometido, Malika?

Prometido, Ahmed.

No soy Ahmed, soy Jafar.

Eres como Ahmed. Eres igualito que Ahmed.

Y también he cambiado de opinión: no vengas a visitarme a la cárcel nunca, te lo ruego.

Eres como él. Ya no quieres volver a verme.

No quiero tener ningún vínculo con alguien del exterior. No quiero tener madre. Corto. Corto de nuevo. Definitivamente. Solo así funciona. La vida, mi vida, está ahí, en la cárcel. No quiero albergar ninguna esperanza.

Ya sabes mi número de teléfono. Guárdalo. O apréndetelo de memoria. Nunca se sabe.

Más vale matar la esperanza cuanto antes, inmediatamente. La esperanza lo complica todo en la cárcel. Ya se me ha olvidado tu número de teléfono, Malika. No vengas a verme nunca. Es una orden.

¿Quién es Marwán?

Trabaja en la cocina de la prisión.

Un cocinero.

Sí. De Meknés.

De Meknés. Los de Meknés están locos. ¿Qué edad tiene?

Veintidós años.

Más joven que tú. Pasará toda su juventud en prisión.

Conmigo. Junto a mí.

¡Qué triste! Los jóvenes de este país o se van o mueren en las cárceles del Reino.

Este ya no es mi mundo, Malika. Estamos en 1999. Y es solo el principio. Formo parte de los precursores, como te he dicho hace un rato. Estamos lanzando una nueva moda en Marruecos. Ya verás, ir a la cárcel será lo más in. Lo más in y lo más triste. Nos van a encerrar a todos. Y no le sorprenderá a nadie. Ahmed también podría haber estado con nosotros, en la prisión de Zaki. Pero su inteligencia dura, fría, lo ha salvado. Se fue a conquistar Francia. ¡Francia es mía! ¡Francia es mía!

¿«Salvado», dices?

Marwán es alto, gordo y negro. Muy negro. Tiene unas manos enormes. Antes de que llegara él, la comida en la cárcel era bazofia, repugnante. Luego llegó él y todo cambió. Con los mismos ingredientes hizo milagros. Hasta las lentejas, de las que estábamos hasta la coronilla, se volvieron de repente un plato delicioso. Así fue como me enamoré de él, de Marwán. Comiendo lo que cocinaba. Lentejas con un poco de ajo, un poco de aceite de oliva y pimientos verdes. Me lo acabé todo. No solo yo: todos los presos lamieron literalmente el plato aquel día. Y reímos. Y cantamos, bailamos. Llamamos a Marwán para que viniera con nosotros. Lo llevamos a hombros. Le hicimos una fiesta. Era el rey. Gordo y sonriente. Triste y sonriente. Roto y sonriente. En aquel preciso instante, me enamoré de él. De Marwán, el rey de la prisión de Zaki. Él no me hacía caso. Entonces urdí un plan para que se fijara en mí, para que me viera y viera en mi mirada lo que sentía por él. Pedí trabajar en la trascocina. Lavar los utensilios tres veces al día. Así estaba cerca de él y de su luz. Robaba lo que podía de su persona. Me nutría de lo que se desprendía de él. Me habitaba. Cada vez más intensamente. Marwán. Un cuerpo grueso, todo él grueso. Con la cabeza grande, grande. Y unas manos mágicas. Por la noche, soñaba con sus manos, con mi cara en sus manos, con la baraka de las manos de Marwán. Al principio, de hecho, todo el mundo lo llamaba Marwán la Baraka. Al llegar a la cárcel, trajo consigo el calor humano y las recetas de cocina que había aprendido con su madre, El-Hajja Jamila. No soy yo quien cocino para vosotros, no, es El-Hajja Jamila: decía eso muy a menudo. Al cabo de un mes, todo el mundo lo llamaba así, por el nombre de su madre. El-Hajja Jamila. Y él no se enfadaba. Al revés. Eso lo protegía en toda la prisión. Marwán trajo consigo el amor y el sol a una cárcel triste y sórdida. Sus manos y sus platos introdujeron un poco de dulzura por todas partes, por todas partes. Y yo seguía sin saber cómo llamar su atención… Yo… Yo…

¿Es todo?

Lo siento. Sí, es todo. Salí de la cárcel dos meses después de la llegada de Marwán. Lo echo de menos. Muchísimo. Lo he pensado bien. Vuelvo a la prisión. Y pediré que me pongan a trabajar lo antes posible en la cocina. Estoy seguro de que me dirán que sí. Es un trabajo durísimo y pocos presos aceptan hacerlo. Me presentaré voluntario. No tienen elección. Aceptarán. Penetraré en los dominios de Marwán, de El-Hajja Jamila, en las horas de Marwán, en los días y las noches de Marwán. Y tendré una cama en la misma celda que él. Haré todo lo posible para conseguirlo. Para realizar mi sueño. Mi sueño. El cuerpo redondo y negro de Meknés, de Marwán. No tengo ningún motivo para quedarme aquí, Malika, en este lado de la vida. Les regalo este Marruecos despiadado que no hace nada por sus hijos.

Les regalo sus proyectos de porvenir y sus perspectivas económicas para el Marruecos del mañana. El desarrollo y toda la parafernalia de costumbre. Sé que no es para gente como yo. A mí ya me han matado aquí, varias veces. Ahora quiero vivir en el cuerpo y en la dulzura de Marwán. Ha ocurrido el milagro. La vida es tan corta… Mi oportunidad está tras esos muros. Los muros de la prisión de Zaki, y ahora ya me he acostumbrado a sus guerras. La cárcel y sus infiernos, eso es lo que me apetece. Oscuridad por todas partes. Desconfianza por todas partes. Trapicheos por todas partes. Ajustes de cuentas. Golpes. Amenazas. Prostitución gratuita. Cuerpos por todas partes, por todas partes, unos encima de otros. Todos con el mismo olor, con los mismos sueños rotos. Presos íntegros, en guerra unos contra otros. Y, a pesar de ello, solidarios. Tiernos, duros, despiadados. Fieras con los ojos llenos de lágrimas. Ladrones, asesinos, antiguos burgueses corruptos. Exministros caídos en desgracia, islamistas sentimentales, izquierdistas perdidos, transgénero que cantan y barones de la droga que bailan. Todos juntos. Todos bajo tierra. En sótanos. En el alejamiento aceptado. En el secreto mejor guardado del mundo. En otro amor que no necesita de las leyes del mundo exterior. Otro porvenir, breve e intenso. Todos, todos, adorando a Marwán. Nuestro rey. Nuestra reina. El-Hajja Jamila.

Gracias, Jafar.

Jafar y Marwán. Es bonito.

Sí, es bonito.

Gracias, Malika.

Gracias a ti, Jafar. Nadie me dirá jamás lo que tú acabas de decirme. Sin avergonzarte. Sin bajar la cabeza ni la vista.

Lo siento, Malika.

No te preocupes. El cuchillo en mi muslo. Lo sé… Hazlo rápido… Y vete rápido… Rápido.

Yo le mandaré la carta a Monique. No me olvidaré. Te lo prometo. Tengo dinero para comprar los sellos.

No, no, Jafar. No hagas eso. No mandes esa carta.

¿Estás de broma?

En absoluto. Rómpela. Rómpela. No sé cómo se me ha podido ocurrir. No debería habértela dictado jamás. No es una carta, es un acto de sumisión, de abjuración. Nunca me arrodillaré ante nadie. Ni ante Monique ni ante nadie.

Esa carta es realmente inteligente, Malika. Matas dos pájaros de un tiro. Transformas todo en beneficio tuyo. Ayudas a tu hijo Ahmed a conquistar Francia y cubres a Monique de palabras tan melosas y sinceras que no le quedará más remedio que aceptar tu petición. Tú eres la más fuerte, Malika.

Ahmed ha escogido Francia. Que se las arregle allí solo. Rompe la

carta. Tengo ya sesenta y cinco años y no voy a empezar ahora a besar las manos de los poderosos. Lo he dado todo. Lo he construido todo. Durante años les he abierto a mis hijos el camino de sus vidas. Pero, hasta hoy, ninguno de ellos ha sabido mostrarse a la altura de mis sacrificios. Ese Ahmed se cree que la vida consiste en perseguir la libertad. ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? Yo no. Yo no. La libertad es algo ilusorio, programático, ficcional. Falso. Un día, abrirá los ojos. Un día, comprenderá. Por sí mismo. Y entonces se encontrará completamente solo en la Francia esa que ha escogido y que nunca acabará de aceptarlo. Un día, se echará a llorar y no podrá parar, y no encontrará ninguna mano suave que le acaricie la cabeza, ninguna voz comprensiva que rece por él en árabe. No habrá nadie. Y no le quedarán más que los recuerdos, todos teñidos de tristeza, llenos de amargura. Solo tendrá un pasado lejano. Y los remordimientos. Para siempre. Él es quien ha cortado, es él quien ha cortado. Tú, tú, Ahmed, eres quien ha cortado. Tú te has cambiado de número de teléfono. Tú has salido de mi vida porque te ha dado la gana. Es fácil mirar a los demás por encima del hombro y hacerles entender que no han comprendido nada, ni de ti, Ahmed, ni de tu homosexualidad, ni del resto del mundo. Ahmed, tú has escogido. Tú has escogido. Francia me robó a mi primer marido. Y, cincuenta años más tarde, me roba a mi hijo. Rómpela, rómpela, Jafar. Esa carta es una vergüenza. Es una traición, una sumisión. Prefiero morir antes que hacer un gesto que anularía todas las luchas de mi vida. Rómpela, rómpela. Ahmed sufrió, sí. A Ahmed lo violaron, sí. A Ahmed lo maltrataron, sí. Lo vi y no hice nada, sí. Lo siento. Y pido perdón. Perdón. Ya está. Ya lo he dicho. Es mi hijo y siempre será mi hijo. Mi hijo tal como es. Pero no puedo renegar de mí misma solo para darle gusto y para legitimar su supuesta emancipación. No puedo olvidar el pasado. Mi pasado. Un pasado que él ni siquiera conoce. Ha estado ahí, a mi lado, durante años, y nunca tuvo la generosidad de preguntarme sobre mi vida, sobre lo que viví, sobre mis tragedias y mis noches negras. Y un día se despierta, viene a verme y me dice que se va a Francia. Me mira como si yo fuera un bicho al que se puede aplastar, una mujer ignorante, analfabeta, a la que hay que apartar del camino hacia el éxito… Puede que esté exagerando. Quizá. Pero es que estoy enfadada. Enfadada con él. Sé que voy a morir sin volver a verlo, sin que me dé la oportunidad de reparar los errores que cometí con él. Francia es más importante que yo, es lo que me dice. Ha escogido, repito. Ha cortado. Pues mejor. O peor. Rompe la carta, mi querido Jafar. Rómpela. Rómpela. Volverá cuando yo me muera y tendrá su parte de la herencia. Tendrá derecho a una parte de esta casa cuya construcción me ha costado la vida entera. Volverá en ese momento. Solo entonces. Por el dinero. Cuatrocientos mil dírhams. No vendrá por mí. No. ¡Eso no! Tomará el

avión para volver únicamente cuando yo ya no esté aquí. Cuando todo se haya terminado para mí. Cuando sea un fantasma. Una tumba. Ahmed es mi hijo. ¡Se me parece tanto en esa dureza suya! Pero no puedo postrarme ante él. Soy quien soy. Malika. Existo. Respiro. Como. Pienso. Construyo. Ahmed, estoy viéndote. Pero tú, Ahmed, tú no me ves. Así es la vida: nadie ve a nadie. No importa. No importa nada. He cumplido con mi papel de madre. Perfectamente. Me reconozco en ese papel cumplido. Y aunque mis hijos no lo consideran importante, yo sé lo que me ha costado cumplir con ese papel. He sido la madre de todos ellos. También de él, de Ahmed. Incluso de ti, Ahmed. Un día te darás cuenta, lo verás claramente, muy claramente. Ya está. Vamos, saca ese cuchillo tuyo bien afilado, Jafar. Clávamelo en el muslo.

Después de que me vaya, espera cinco minutos y luego empieza a gritar. Dale mi nombre completo a la policía.

Lo he retenido bien, no te preocupes. Jafar Malki.

Perdón.

Vamos. Hazlo, Jafar. Ha llegado la hora. El cuchillo. El cuchillo. No esperes demasiado. No te lo pienses más. Clávamelo en el muslo. Y no te olvides del fular.

El fular que va a abrirme el corazón de Marwán. Amar junto a Marwán. Vivir en la cárcel con Marwán. Respirar en prisión junto a Marwán.

Cierro los ojos. Vamos. Con fuerza. No tengas miedo de tu cuchillo. Hoy no voy a morir.

Buena suerte, Malika.

Buena suerte, Jafar, hijo mío.

TÍTULOS CABARET VOLTAIRE

1. JEAN COCTEAU Thomas el impostor
2. JEAN LORRAIN Monsieur de Bougrelon
3. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS El niño pan
4. FRANCIS CARCO Jesús el Palomo
5. ROBERT DESNOS ¡La libertad o el amor!
6. RENÉ CREVEL ¿Estáis locos?
7. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS El cordero carnívoro
8. ÉMILE ZOLA París
9. ANDRÉ GIDE Ferdinand (il. Ricardo Fumanal)
10. STENDHAL Recuerdos de egotismo
11. MARGUERITE DURAS El marinero de Gibraltar
12. KLAUS MANN La danza piadosa
13. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS Ana no
14. HENRI DE RÉGNIER Venecia
15. ROBIN MAUGHAM El sirviente
16. JEAN COCTEAU La gran separación (il. Jean Cocteau)
17. ABDELÁ TAIA Mi Marruecos
18. ÉMILE ZOLA Roma
19. JOE ORTON Diarios
20. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS La enmilagrada
21. NICHOLAS MOSLEY Accidente

22. STEPHEN SPENDER El templo

23. GUSTAVE FLAUBERT Egipto. Viaje a Oriente

24. BRUCE ROBINSON Las peculiares memorias de Thomas Penman

—. Hors Série JEAN COCTEAU El libro blanco (il. Jean Cocteau)

25. ÉMILE ZOLA Lourdes

26. LAURE CHARPENTIER Gigolá

—. Hors Série HONORÉ DE BALZAC Cuentos droláticos (il. G. Doré)

27. RENÉ DAUMAL La gran borrachera

28. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS Poesía

29. LUIS ANTONIO DE VILLENA Mártires de la belleza

30. LUIS ANTONIO DE VILLENA Fuera del mundo

31. GUSTAVE FLAUBERT Líbano-Palestina. Viaje a Oriente

32. JEAN-BAPTISTE DEL AMO Una educación libertina

33. HENRI DE RÉGNIER La altana o La vida veneciana

34. RACHID BOUDJEDRA El caracol obstinado

35. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS Escena de caza (furtiva)

36. MOHAMED CHUKRI Paul Bowles, el recluso de Tánger

37. GUSTAVE FLAUBERT Grecia-Italia. Viaje a Oriente

38. PATRICK MODIANO Barrio perdido

39. MOHAMED CHUKRI El pan a secas

—. Hors Série JEAN COCTEAU El Potomak (il. Jean Cocteau)

40. PATRICK MODIANO Un circo pasa

41. LUIS ANTONIO DE VILLENA André Gide

42. MOHAMED CHUKRI Jean Genet en Tánger

43. JEAN-BAPTISTE DEL AMO La sal

44. MOHAMED CHUKRI Tiempo de errores

45. CRÉBILLON La noche y el momento

46. ABDELÁ TAIA Infieles

47. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS María República

48. LUIS ANTONIO DE VILLENA Caravaggio

49. LAURENT MAUVIGNIER Lejos de ellos

50. MOHAMED CHUKRI Rostros, amores, maldiciones

51. JEAN-BAPTISTE DEL AMO / ANTOINE D'AGATA Pornographia

52. FELICIDAD BLANC Espejo de sombras

53. MOHAMED CHUKRI El loco de las rosas

54. MAURICE SACHS El sabbat

55. MOHAMED MRABET Amor por un puñado de pelos

56. ANNIE ERNAUX La mujer helada

57. JEANNE RUCAR DE BUÑUEL Memorias de una mujer sin piano

58. MOHAMED CHUKRI Zoco Chico

59. FRANÇOIS-HENRI DÉSÉRABLE Muestra mi cabeza al pueblo

60. ANNIE ERNAUX Memoria de chica

61. MAURICE SACHS La cacería

62. LEILA SLIMANI Canción dulce

63. ANNIE ERNAUX No he salido de mi noche

64. MOHAMED CHUKRI Tennessee Williams en Tánger

65. FRANÇOIS-HENRI DÉSÉRABLE Évariste

66. JEAN-BAPTISTE DEL AMO Reino animal

67. LEILA SLIMANI Sexo y mentiras

68. ABDELÁ TAIA El que es digno de ser amado

69. LUIS ANTONIO DE VILLENA Mamá

70. ANNIE ERNAUX El uso de la foto

71. MOHAMED CHUKRI La jaima

72. ANNIE LE BRUN Lo que no tiene precio

73. TAHAR BEN JELLOUN El castigo

74. LEILA SLIMANI En el jardín del ogro

75. LUIS ANTONIO DE VILLENA El exilio del rey

76. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS Un pájaro quemado vivo

77. ANNIE ERNAUX Los años

78. MOHAMED MRABET/PAUL BOWLES El limón

79. MARIE MODIANO Distante

80. HERVÉ GUIBERT Mis padres

81. MOHAMED CHUKRI La seducción del mirlo blanco

82. ABDELÁ TAIA La vida lenta

83. ANNIE ERNAUX Una mujer

84. MOHAMED MRABET/PAUL BOWLES El gran espejo

—. Hors Série JEAN-BAPTISTE DEL AMO Yukio (il. K. Daisay)

85. GABRIELLE WITTKOP Cada día es un árbol que cae

86. LEILA SLIMANI El país de los otros

87. FRANÇOIS-HENRI DÉSÉRABLE Un tal Sr. Piekielny

88. ANNIE ERNAUX Mira las luces, amor mío

89. FATIMA DAAS La hija pequeña

90. ANNIE ERNAUX Perderse

91. ABDELÁ TAIA Un país para morir

92. GABRIELLE WITTKOP El necrófilo

93. LEILA SLIMANI El perfume de las flores de noche

94. TAHAR BEN JELLOUN El insomnio

95. ANNIE ERNAUX Los armarios vacíos

96. MERYEM ALAOUI De la boca del caballo sale la verdad

97. FRANÇOIS-HENRI DÉSÉRABLE Mi dueño y mi señor

98. ANNIE ERNAUX La ocupación

99. ANNIE ERNAUX El hombre joven

100. LEILA SLIMANI Miradnos bailar

101. JEAN GENET Diario del ladrón

102. XAVIER LE CLERC Un hombre sin título

VIVIR A TU LUZ
DE ABDELÁ TAIA

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE
ESTA PRIMERA EDICIÓN SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
SEPTIEMBRE 2023 EN MADRID
POR COFÁS ARTES GRÁFICAS